

170

ENTOS

IS

CAL

79

11309



Faint handwritten text, possibly a signature or name, written vertically.

11309

G73002

171903



LOC.1379

Martín-Granizo, Isaac
Obras completas de D. Isaac Martín-Grani:
LOC.1379 V.I



171903

SLO

Prosa.—Cuentos
y Artículos humorísticos



Isaac M. Granizo.

OBRAS COMPLETAS

DE

D. Isaac Martín-Granizo

Tomo I

PROSA.==CUENTOS

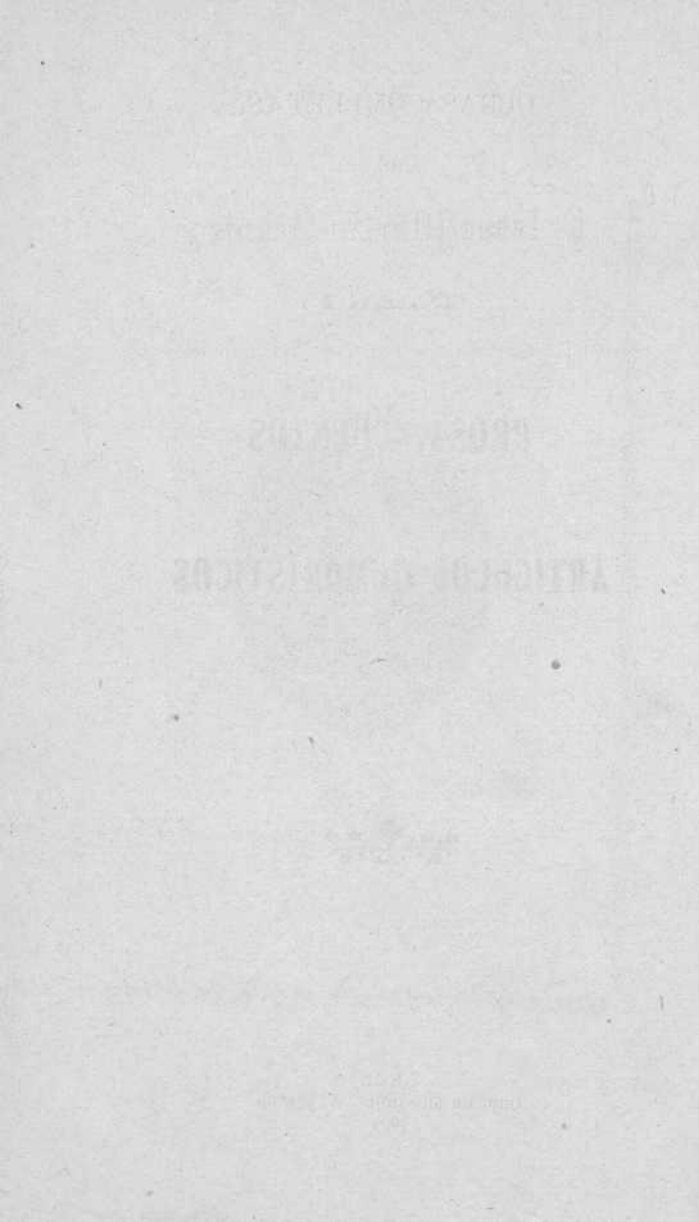
Y

ARTÍCULOS HUMORÍSTICOS



— LEON —

Imp. de Maximino A. Miñón
1909





PRÓLOGO

CUANDO recibí la última carta del autor de este libro, como él alegre, franca y risueña, bien lejos estaba yo de sospechar que las primeras veces que mi pluma volviera á escribir el nombre de Isaac Martín-Granizo, había de ser para llorar la muerte prematura del poeta y del amigo inolvidable. Así fué, sin embargo, y mi pluma humilde, respondiendo á un orden natural de sensaciones, dió su adiós al amigo de la infancia, al querido compañero de alegrías y tristezas, y sólo más tarde, cuando en mi alma tendieron á buscar nuevamente el equilibrio los recuerdos y las sensaciones, tan violentamente removidos al primer golpe de la nueva dolorosa, recordó que el amigo era un poeta, y que su muerte no llevaba sólo el desconsuelo á un hogar honrado y hasta entonces

feliz, sino también al campo de las letras leonesas, que vieron á la vez malograda tristemente su más legítima esperanza.

Era labor necesaria y urgente recojer las mejores producciones de Isaac Martín-Granizo, que, ya inéditas, ya esparcidas en revistas y diarios, muchos de ellos de escasa circulación, corrían riesgo de perderse ó de quedar oscurecidas y olvidadas. La tarea había de acometerse en León y requería, en quien de ella se encargase, no comunes dotes de discreción, perseverancia y entusiasmo por la obra del querido poeta; dotes que, por fortuna, diéronse reunidas, á prueba de exigencias, en un brillante escritor leonés, ingenio sagaz y cultísimo y alma abierta á todas las vibraciones de la belleza y del Arte. La tarea está terminada y es á la vez, justo homenaje al vate malogrado, honroso timbre para el entusiasta recopilador, y gala y decoro de las letras leonesas.

Los renglones que van á seguir no han de llorar al pobre amigo que se fué, ni han de evocar recuerdos dolorosos. Van á versar sobre la obra del poeta y sobran por tanto estériles gemidos; porque el poeta no muere. ¡Alta y gloriosa supremacía de las almas buenas, augusta maravilla del poder de Dios! Murió el hombre, y el poeta..... aun canta.

La sinceridad es el alma del Arte. Esto se ha dicho y repetido en cien sitios diferentes, con escasa utilidad, pues, genios á un lado, nuestros modernos escritores rara vez son sinceros. Y es el caso que, como ha escrito no sé quien, creo que D. Juan Valera, el alma humana, como hija de Dios, es tan hermosa, que, sólo con dejarla entrever por cualquier resquicio, el escritor y el artista cautivan y arrastran la general admiración. Los pseudo-poetas y los vulgares imitadores hacen lo contrario: esconder el sentimiento propio y personal y calcar sus escritos en la forma de visión artística de tal ó cual poeta preferido; con lo cual, gracias si la galanura de la flamante ornamentación es suficiente estímulo para que se pueda terminar la lectura. Por aquí se comprende bien toda la profundidad del consejo humorístico de Wagner á su discípula Augusta Holmes: «Ante todo, no imite V. á nadie, y mucho menos á mí».

Isaac M. Granizo era sobre todo un sincero. No es cosa fácil, aun para los que le tratábamos con toda intimidad, encasillarle en ninguna escuela conocida, ni deducir de sus versos la preferencia del poeta por tal ó cual mecanismo interno de composición. Jamás se preocupó de semejantes cuestiones y hubiera podido hacer suyos aquellos versos de *Antón el de los Cantares* en el prólogo de unos de sus libros más bellos:

—¿Quién te ha enseñado á cantar?
me preguntan todos.—Nadie;
yo canto porque Dios quiere,
yo canto como las aves.....

Nunca le oí clasificar á los poetas más que en dos grandes grupos: «los que me gustan y los que no me gustan». Los primeros eran escasos, como tenía que suceder tratándose de un espíritu culto que juzgaba al Arte verdadero como cosa excelsa y patrimonio de pocos; los segundos eran, en primer término, las víctimas de la moderna extravagancia reinante, y, en general, todos los de forma artificial y aparatosa. Pero allí donde asomaban la sencillez y la verdad, donde un poeta rimaba sus cantares sintiendo hondo y escribiendo claro, la simpatía y el entusiasmo del nuestro se rendían ante él en el más sincero tributo de admiración. Yo le ví tomar la pluma al acabar de leer *El Cristo de Velázquez* de Gabriel y Galán y escribir una crónica bellísima para *La Gaceta del Norte* saludando la brillante aparición del cantor salmantino, quien en carta fraternal y expresiva, acompañada de un ejemplar de *Extremeñas*, saludaba á su vez al poeta leonés, cuyos escritos conocía y admiraba. «Cada vez estoy más convencido,—escribía Galán,—de que en cada pueblo hay, por lo menos, un poeta. Dos hay en el mío: mi criado y yo...»

He comenzado diciendo que Isaac era un sincero y tengo que insistir en este punto, porque pudiera salirme al paso

una contradicción aparente, que es, en realidad, la más rotunda prueba de mi afirmación. El poeta leonés cultivaba con preferencia dos géneros diametralmente opuestos: los versos festivos, en los que solía lucir ingenio agudísimo y que son probablemente lo más importante de su labor y la poesía triste y sentimental. ¿Es posible que un escritor ingénuo, que escribe *ex abundantia cordis*, pueda ser sencillo y veraz al hacer alarde de tan opuestos sentimientos? ¿Uno de los dos géneros favoritos no será hipócrita y falso, encubridor de la verdadera personalidad del poeta? Tales son las preguntas que un analista superficial de los versos de Granizo pudiera formular no sin ciertos visos de oportunidad y de acierto.

Sin embargo, para nosotros, carece en absoluto el argumento de fuerza y de valor. Por el contrario, como antes decíamos, es más bien categórica prueba de la candorosa ingenuidad con que Granizo escribía sus versos. Viejo es, y olvidado por sabido, que en el alma del hombre alternan en sucesión continua noches oscuras y mañanas de sol, tardes sombrías y risueñas auroras. Aun á veces, en loca transición, el paso del dolor á la alegría, ó al contrario, se efectúa sin crepúsculos ni tonos indecisos: extraño salto de la cumbre al abismo ó del abismo á la cumbre que en los temperamentos poéticos suele ser un fenómeno de la más vulgar psicología. ¿Qué tiene de extraño,

por consiguiente que los escritos del poeta, — de un poeta que no tuerce ni violenta sus espontáneos sentimientos, — reflejen el estado afectivo del autor en el momento en que se concibieron? Retratan unos un alma en equilibrio, una risueña serenidad de conciencia tranquila, un alma enamorada de la santa prosa del vivir honrado y un olvido generoso de penas que se fueron. La alegría resbala sobre los versos fáciles y armoniosos y el lector sonríe ante la inesperada agudeza que les interrumpe ó les remata. Pero esto fué ayer: hoy, una nube melancólica se ha cernido sobre la frente del poeta, y los versos de hoy son tristes: llaman á una esperanza que se aleja ó presienten los pasos del dolor en acecho... ¿Ha mentido el poeta de ayer á hoy? No: ha llorado tan sólo.

Yo no sé si Granizo, que aun no había encontrado, como poeta, su orientación definitiva, habría terminado por escoger una de sus dos tendencias. Por mi parte le prefiero siguiendo las dos. Riendo y llorando ha dejado su alma en sus versos: si sólo hubiera reído, ó llorado tan solo, hubiera dejado en ellos la mitad.

He apuntado antes que el mérito mayor de sus versos, debe buscarse, á mi juicio, en sus escritos amenos y jocosos, en los que fué peritísimo maestro. Mas del análisis de estos últimos se ha encargado pluma más docta y entendida que la mía humilde y solo debo hablar aquí del género *sério* por el vate leonés tam-

bién con discretísimo acierto cultivado. Lo peor para mí es que en esta materia todo está dicho por una autoridad de las letras, el eximio crítico D. Antonio de Valbuena, autor de un hermoso prólogo escrito al frente de *Cantos y Cuentos*, primera obra de Granizo. Hablando de los versos de este dice el ilustre autor de los *Ripios Académicos*: «No se vé en ellos al autor... buscando con afanes y sudores una palabra extravagante que se acomode á la medida: sin buscarla le sale al encuentro la más propia: el lenguaje responde aquí docilmente á la idea, resultando una forma de expresión tan adecuada y tan natural que al que va leyendo se le figura que para expresar el mismo pensamiento hubiera él empleado las mismas palabras». Cita después, en confirmación de lo expuesto unos fragmentos de la bellísima poesía *La Cruz de la Ribera* y elogia otras varias composiciones del libro que analiza.

Si en lugar de Sinesio Delgado, unos versos del cual autorizan otro de los libros de Granizo, — *Desde mi aldea*, — hubiera sido Valbuena también el autor de las primeras páginas de la obra, tengo la orgullosa pretensión de creer que no se hubiera quedado sin citar, como verdadero modelo de sencillez y de belleza, estrofas como la que sigue de *La caravana del hambre*:

Un carrucho mugriento
tirado por escuálido jumento
con débil marcha caminaba al frente,
y chillaban sus ruedas tristemente
al saltar en el duro pavimento...

¡Cuánta verdad y cuánta belleza hay en estos solos cinco versos, verdadero primor descriptivo del Arte más puro y delicado!.. Pasa la caravana del hambre, aquella que todos los aguaceros azotan y todos los cierzos abofetean, arrastrando su dolor haraposo y mendigo. El poeta la mira cruzar y tal vez aguarda á que se la oscurezca el polvo amarillento de la tolvanera del camino. Mas en su corazón ha quedado un eco doloroso:

La ví pasar. Cumpliendo su destino
huía resignada aquella gente
y solo protestando de su sino
se quejaba el carrucho amargamente
al saltar en las piedras del camino.

Ante la caravana pordiosera no son escuálidos semblantes, ni vestidos andrajosos los que hacen vibrar el alma del poeta. Es el eje rechinante de la carreta yagabunda que chilla con extraño quejumbre. Quien no vea un poeta detrás de esta admirable composición, es más digno de lástima que de censura.

Abundan entre las poesías de Granizo modelos semejantes. ¡Qué hermosa es la titulada *El Veterano!* El viejo soldado enseña á los chiquillos la táctica militar, paseándose orgulloso ante el bravo escuadrón de sus granaderos infantiles. Premia con una almendra las gloriosas hazañas

de los minúsculos héroes, y acaso castiga con un tirón de orejas á los rezagados é indecisos. Es un alma buena y bulliciosa que no se resigna con la forzosa paz de la tranquila aldea. Más...

Murió una tarde; y aquella tarde
no fué á la escuela ningún muchacho,
¡que en el regazo de las abuelas
sus granaderos por él lloraron!

Voy á terminar y á condensar todo lo que he dicho en las únicas palabras que pueden hacerlo. Era un poeta. Una crítica despiadada y exigente pudiera echarle en cara tal cual prosaísmo deslizado en la rápida factura de unos versos y algún defecto gramatical ó retórico, de que ningún poeta grande ni chico se vió jamás enteramente libre. Pero la frescura y lozanía de la mayor parte de sus bellísimas estrofas, su temperamento esencialmente poético, la dignidad y el decoro de todos sus escritos, nunca manchados ni prostituidos por la bajeza ó la impiedad, como tenía que ser tratándose de un católico ferviente que en todas partes se manifestaba como tal, con franca y cristiana entereza, son méritos más que suficientes para que se le conceda sin regateos el título de cantor inspiradísimo.

La historia de León guardará con orgullo su nombre entre los de los hijos que la han enaltecido y honrado, y los versos del poeta leonés serán admirados

siempre por los hijos de su tierra; de su tierra querida, cuyo ambiente castizo y tradicional supo darle sus más lozanas inspiraciones, y á la que él, en reciprocidad entrañable, legó una bellísima colección de cantos inspirados y un alto ejemplo de cristianas y caballerosas virtudes.

Alberto L. Argüello

Santander 20 de Mayo de 1909.





LA CENICIENTA



... Y apareció en un rincón de la cocina tiznada por el hollín y manchada por el trabajo. El príncipe se arrodilló para calzarse el zapatito y al ver que encajaba su fino y diminuto pie dentro del cuero, exclamó gozoso y estremecido: «ESTA ES LA QUE YO BUSCABA. ESTA SERÁ LA PRINCESA, MI MUJER». Y las hermanas al oírlo, rabiaron de envidia.

(CUENTO INFANTIL)

I

Las campanas de la Real Colegiata tocaban al rosario. Su tintineo alegre, movido y juguetón, se extendió rápidamente por los aires, repercutió en los rincones de las plazuelas, llamó á los cristales de las casas y apagado y humilde ya penetró en los hogares donde el frío primerizo de Noviembre hacía reunir en torno de la clásica y modesta camilla á las personas caseras y amantes del hogar, mujeres y niños principalmente.

Doña Trinidad y sus hijas oyeron aquel toque que venía á poner el punto final deseado á las faenas del día. La costurera dió un salto nervioso y se puso de pie para guardar la labor enseguida y salir á dar una vuelta en compañía del estudiante de veterinaria que la ponía los puntos y la ofrecía un risueño porvenir en un lugarejo tranquilo. Encarna, la bella Encarnación, la hija mayor de doña Trinidad, la estatua de *Lancia*, según frase de un Ingeniero amante del arte escultórico y recién destinado á la Jefatura de aquella ciudad, hizo un mohín de disgusto y dijo á su madre mientras ésta recogía la media y buscaba el ovillo debajo del asiento en donde jugueteaba nervioso con él el *Muzifuz* de la casa:

— Ahora al rosario, luego al paseo de la plaza; ¡qué aburrimiento más grande!

Doña Trinidad no hizo caso de la protesta filial, sin duda por estar muy acostumbrada á oír diariamente esas rebeldías desplicentes, y después de haber clavado en el ovillo, desenredado ya, las agujas calceteras, se colocó sobre la cabeza la modesta mantilla española y salió de la habitación para dar en la cocina las últimas órdenes á la servidumbre de la casa: una criada y una doncella.

Dolores, la hija menor de Doña Trinidad, seguía con la cabeza inclinada sobre su labor, unos prosáicos calzoncillos del papá, á quienes hacía (á los calzoncillos, es claro) unos zurcidos curiosos con la aguja de coser habilidosamente manejada.

Colocada así, cerca de la bombilla que caía sobre el costurero sin levantar la cabeza, sin apartar los ojos de aquel pedazo de tela desgastado por el uso y por los polvos de gas que le daba la lavandera, no se podía decir si era guapa ó fea, si su rostro era bonito y perfecto ó era todo él una imperfección, una fealdad, un rostro antiartístico.

Solo se veía una mata de pelo negra y abundosa, mata cogida con unas peinas de conchas, modestas como su traje, como todo su aspecto.

Encarna se había retirado á su habitación para ponerse el sombrero y mudarse la falda.

Allí se colocó delante del espejo de luna, sacó de su encierro de cartón un sombrero monumental y elegante rematado por plumas airosas, negras, ondulantes y finas, y el espejo sumiso devolvió al momento la figura interesante que se había fijado en su superficie tersa y limpia, un rostro ovalado, moreno, unos ojos negros, húmedos, relucientes, de mirar intenso, un tronco robusto, una cintura flexible, unas manos pequeñas y finas que se agitaban impacientes colocando con rapidez los agujones del sombrero. La falda corta y el abrigo de piel negra encerraron aquella figura simpática y sana de mujer fornida y Encarna volvió al comedor, buscó los guantes, arregló ante el espejo que llenaba uno de los ángulos los últimos detalles de su traje de diario, y con un tono que fingía suavidad y dulzu-

ra preguntó á su hermana que seguía inclinada sobre los retazos de tela sobre la mesa del costurero:

—¿Te vas á quedar en casa?

Dolores levantó entonces la cabeza y dejó al descubierto su rostro, rostro simpático, expresivo, menos bello que el de su hermana pero más blanco, más suave, más apacible. Los ojos eran azules, pero no con ese azul intenso que da á las pupilas reflejos felinos, sino de un azul bajo, pálido, discreto. Su boca era pequeña, más que pequeña diminuta, y en ella rezoza una sonrisa que parecía estereotipada en los labios, sonrisa bondadosa que revelaba la tranquilidad de su vivir, deseos de agradar y obedecer, de pasar por el camino del mundo sin hacer ruido, haciendo bien, humilde, obscura y desapercibida.

Y al levantar su cabeza contestó á su hermana, ²acentuando más aquella sonrisa encantadora:

—Ya sabes que me quedo con gusto siempre y sobre todo hoy que tengo tanto que hacer

Doña Trinidad volvió guardando la llave de la despensa en la faltriquera que ocultaba debajo de la falda. Había dado á la cocinera las chuletas para la cena, había medido con escrupuloso tino las jícaras de garbanzos para el puchero del día siguiente y ya se podían marchar tranquilas á corretear por las calles, á fisgar los escaparates, á dar vueltas de noria en aquellos portales de la Plaza Mayor, de

donde doña Trinidad volvía mareada y maltrecha, con muchos mareos y ganas feroces de sentarse, de acomodar sus posaderas en un sitio mullido y cómodo, saludable.

Y salieron las dos, la hija tiesa, garbosa, dominante, con el sombrero bien colocado; la madre inclinada, algo vacilante en el andar, con la mantilla torcida. Tomaron las calles más directas y entraron en la Colegiata.

Una vez en el templo, se arrodillaron delante de la verja que guardaba el altar, en cuyo trono macizo, levantado sobre un fondo de terciopelo rojo, se destacaba resplandeciente y triunfante el viril con la Hostia consagrada, con el cuerpo de Dios...

El sacerdote desde el púlpito dirigía el rosario.

Al concluirse éste Encarna se unió á las dos chicas de Pérez, á las parlanchinas de Pérez que, dándole un beso muy apretado y al parecer muy afectuoso, la digeron sonrientes:

—¿Vendrás á la Plaza, ricona?

Encarna dijo que sí, y charloteando las hijas delante y hablando pausadas las madres detrás, atravesaron la calle Mayor iluminada por los arcos voltáicos de los cafés y la luz de los escaparates. Pasaron después por una calleja oscura, luego por otra y al fin desembocaron en la Plaza é hicieron su entrada triunfal en aquellos portales de donde ya se agitaba paseando alegre y decidora la juventud de *Lancia*, de la vieja *Lancia*.

*la ciudad triste, la ciudad yerta
la ciudad pobre, la ciudad muerta*

según versos que juzgaba felices é inspirados un redactor de *El Radical*, el diario anticlerical de Lancia, que en la primera plana proclamaba como sagrado é inviolable el principio de libertad y en la plana segunda se dedicaba á censurar el modo de pensar y vivir de los frailes y monjas... —la plaga clerical que asolaba á los pueblos...

El Ingeniero helénico demostró una vez más que el perfil de Encarnación pertenecía al arte griego, exclusivamente al griego, basado en la esbeltez, en la pureza de la línea.

II

Las dos hermanas se habían desayunado juntas. Encarna envuelta en un *matinee* largo, albo, con encajes y puntillas que semejaban rizos de espuma. Lola con una blusa casera de tela barata, una lanilla modesta. Ambas alegres, dicharacheras, respirando juventud, alegrías, humor bueno y sano.

—¿Qué vas á hacer hoy?—había preguntado Lola á su hermana.

Y ésta la estaba planeando un día bueno, bien aprovechado, divertido, la modista á las once, el Roperó á las doce, la vueltecita por la calle Mayor de mantilla, sabrosa escurribanda con sus compañeras y amigas husmeando novedades,

criticando á las turistas forasteras, á esas madamas que con el *Bedeke* en una mano recorren la población, parándose ante la ojiva de cualquiera ventana, ante el fuste de una sencilla columna, ante la fealdad de una piedra con inscripciones borrosas, feas ¡indescifrables! ¡Qué caras más coloradas las de las inglesas! ¡Qué pelo más rubio el de las alemanas! ¡Qué *chic* más espiritual el de las francesas! Y Encarna explicaba á Lola cómo pasaban al lado de ellas humildes provincianas, riéndose de sus vestidos cursis, de sus sombreros *demodés*, levantando la falda mucho, haciendo rugir el *fru fru* de sus faldas forradas de seda, de un color verde, suave, muy parisino.

Los aspavientos que hacían ante la Catedral, los explicaba Encarnación con gracejo inimitable.

Primero se calaban el impertinente, luego abrían la boca mucho, pero mucho, luego la cerraban, luego la volvían á abrir exclamando á voces para que todo el mundo las oyera:

—¡Encantador! ¡*Admigable! Magnifique!*

Los sacristanes y monaguillos, pícaros de la calle, cubiertos con los ropones eclesiásticos, explotaban aquellos entusiasmos al mismo tiempo que se burlaban de aquellas señoronas que entraban en la ciudad atronándola con la bocina del automóvil.

Y Encarna se reía recordando la pregunta de aquella extranjera, que al leer sobre una puerta del claustro la vulgar y común palabra de «retrete» abrió la guía,

la repasó con mucha atención, y no encontrando ni el nombre ni la explicación de aquello en sus páginas, se volvió al sacristán que la acompañaba y le preguntó trabajosamente:

—¿Se puede admigar eso?

El sacristán se echó á reir y la extranjería comprendiendo que la había *colado*, siguió por el claustro encarnada la faz como una cereza.

Aquel paseo matutino por las calles de la ciudad la encantaba y seducía.

Lola habló después y también fijó el programa para la mañana aquella.

La cuenta de lavandera, la recepción de aquellos montones de ropa blanca húmeda y oliendo á polvos de gas todavía. Después de contada la iría á tender en las cuerdas del jardín aprovechando el sol de aquel día que lucía brillante y majestuoso.

Después daría de cera al piso de su cuarto, mudaría las ropas de las camas y guardaría en el baul las mantas de abrigo que estaban tendidas en el desván espantando la polilla.

Y después de comer, por la tarde, ya trataría de ir á ver al hijo de la lechera, á llevarle aquellas camisinas que le había hecho y entre ellas la pesetilla, su ahorro de la semana.

Por la noche seguiría repasando su ropa interior que estaba toda deshecha. Y apropósito, ¿sabía Encarna dónde andaba aquel alfabeto para bordar con unas iniciales muy sencillas, para ponerlas en el

camisón de dormir que estaba acabando de hacer?

Encarna se encogía de hombros ¡Hacía tanto tiempo que no cosía! La verdad que aquello era una holgazanería insoportable; pero la culpa no era suya, era de mamá y de ella, su hermana. Sí, de las dos.

La habían relevado cariñosamente de labor tan enojosa hacía muchos años, y claro, ahora se la hacía muy cuesta arriba el cojer la aguja y repasar descosidos.

¿Para qué eres tú así?—dijo á su hermana, fijando en ella sus ojos húmedos y negros.

Lola bajó los suyos y contestó con suavidad, con cariño, como la que no da importancia á lo que se contesta:

—¿Y qué voy á hacer? Nací así y así moriré. El trabajar es para mí una satisfacción, y créeme, Encarna, cuando no tengo qué hacer, me fastidio, me aburro, me muero de tedio.

Encarna se rió y levantándose de la silla se fué á su cuarto cantando entre dientes un vals cursi y ramplón, pero que entonces hacía furor entre las señoritas de Lancia.

III

Lancia no es una ciudad muerta, una población levítica, digan lo que quieran los que la ponen en verso en *El Radical* y dicen que como republicanos que son, media un abismo entre sus familias y la real familia. Lancia tiene vida y vida

intensa por cierto Lancia tiene gentes que creen y gentes que no creen, ó mejor dicho, no practican. Porque en eso del creer hay opiniones. Pero las primeras se limitan á practicar su religión sin meterse con nadie, y las segundas se contentan con *volterianizar* en sus paseos por la calle Mayor, pero no pasan de ahí; ni se meten con el vecino tampoco.

Industrialmente va despertando *Lancia*. Por encima de aquellas murallas pesadas y macizas que denotan su nacimiento romano, alzan sus chimeneas rojizas como telescopios gigantescos las fábricas de la ciudad. Del taller industrial salen al mediodía y al atardecer numerosos obreros, se oyen los resoplidos del vapor que brota de la caldera y el ferrocarril del Norte deja numerosos vagones en su estación para que carguen en ellos sus productos y trabajos los industrioses lancieneses. Sobre las ruinas muertas de la ciudad romana circula la civilización, el progreso, la ciudad moderna, la ciudad viva.

Artísticamente vale mucho *Lancia*.

Los mismos que combaten en el café la invasión frailuna y el poder teocrático, no pueden contener una sonrisa de satisfacción cuando algún pariente ó amigo que visita la ciudad les dice dentro de la Catedral ó delante del convento de Santiago á donde le llevarán haciendo de *cicerones*:

— ¡Vaya una Catedral, amigo mío, ¡Vaya una fachada la de ese edificio! ¡Qué bonita! ¡Qué grandiosa!

Entre la Catedral y *ellos* no existe ese abismo que media entre ellos y la familia real. La Catedral de Lancia es *solidaria*, los unos la quieren porque en ella está su Dios, los otros porque en ella hizo primores el arte medioeval, porque está llena de luz, porque es airosa, sutil, *hermosa entre las más hermosas*.

Aquella mañana discurría por las naves del templo una comisión numerosa compuesta de señores graves con levitas y sombreros relucientes. Iba detrás el inspector de policía. Iba delante de todos un joven elegante, apuesto, de barba rizada, joven que preguntaba con interés señalando las principales bellezas de la joya lanciaense.

Era el señor Gobernador de la provincia, recién llegado.

Don Joaquín, el padre de Encarna, como presidente de la Diputación y jefe de aquel partido que empezaba á gustar de las dulzuras del poder, iba á su lado.

Seguíanle los demás diputados de la provincia, amigos políticos suyos, Rodríguez, aquella *lumbera* que al empezar la votación guiñaba el ojo á don Joaquín, diciéndole por lo bajo: *¿pa dónde tiramos?* Y tirar llamaba él á decir sí ó nó, á votar en pro ó á votar en contra. Detras de Rodríguez iba Mendaña, aquel Mendaña que se había hecho rico con la política, que admitía jamones y chorizos de los electores, que ponía á precio las exenciones de quintos, las concesiones de la comisión, aquel Mendaña que al entrar algún elector

rural en su despacho alzaba la voz y dictaba á un joven hético y chupado, que le servía de escribiente: «Querido Maura». El palurdo quedaba pasmado de la intimidad que unía á Mendaña con el jefe del Gobierno y su poder se agrandaba y el gran ladino hacía subir el papel y aumentar la calidad de la oferta, de la donación, del presente rico y sustancioso. Detrás de Mendaña iba Luján, otro *vivo* que colocaba en la Diputación á todos los parientes. Y detrás de Luján otros diputados de menos nombradía, de menos fama, pero que cumplían su misión política, con rectitud, con conciencia.

El Gobernador se paraba delante de todos los sepulcros, de todas las columnas, de todos los altares. Rodríguez decía á Luján que el jefe civil le parecía un latoso. Y en un momento que el Gobernador se quedó á su lado preguntándole de qué siglo era el ventanal que dejaba pasar una luz suave en lo alto del templo, Rodríguez salió del apuro, dando al Gobernador la contestación científica siguiente:

—Cuando yo era *chiquitín* ya existían esos *cristales*. Rodríguez llamaba así á las vidrieras policromadas.

El Gobernador dió por terminada la visita, pero todavía fuera, en el atrio, se quedó admirando los adornos del tímpano, las estatuas de la portada, las feligranas de los arcos abocinados mientras que Rodríguez más nervioso y más impaciente aun, volvía á decirle á Luján que se sonreía picarescamente:

—Lo dicho, un latoso, este no sirve *pa* elecciones. Debe de ser periodista.

Para Rodríguez ser periodista era entender de escultura, de música, de arte, de todo lo que él no entendía.

En la calle Mayor, el paso del Gobernador fué un triunfo verdadero. Apretones de manos, presentaciones de todos los paniaguados de Luján, saludos ceremoniosos, sonrisas y bienvenidas. El Gobernador acogía discretamente á todo el mundo, se ofrecía galante, estrechaba afectuosamente las manos que le tendían.

Don Joaquín reventaba de satisfacción. El *otro* Gobernador, el dimitido, era un antipático, un viejo bilioso, estrafalario, que hacía pagar á los ayuntamientos las desazones que le proporcionaba su hígado averiado. Este, *el nuevo*, el que él acompañaba, era jóven, fuerte, sano, decidor, elegante. Hasta las muchachas le habían de recibir con los brazos abiertos—y perdón por el simil.—

Le acompañaron hasta el Gobierno civil, allí se despidió cortés y afectuoso de sus *queridos amigos*—frase que repitió muchas veces.—Y al despedirse ensalzó la ciudad, sus afueras, su Catedral, aquellos ventanales, aquellos prodigios del arte gótico, aquellos nervieillos atrevidos y largos que escalaban sus bóvedas, fundiéndose allí en ojivas caprichosas.

Todos salieron muy contentos. Solo Rodríguez volvió á rezongar al verse libre de la compañía del Gobernador:

—Señores, lo dicho. Muy cortés, muy

simpático, pero muy periodista. ¡Este nos pierde las elecciones!

IV

El Boletín Oficial había ya participado á la provincia para los *efectos oportunos* la llegada del Gobernador, la toma de posesión del nuevo Poncio como decía con tono burlón y voz gangosa don Pedro Lobera abogado sin pleitos, envidioso de todo compañero que alcanzaba algún triunfo, compraba una casa ó traía de París un automóvil. La paz era octaviana. Es verdad que en el tranquilo horizonte de la política local empezaba á aparecer la nube de las elecciones, pero aquel nubarrón electoral estaba aún tan indefinido, tan borroso, tan distante, que el nuevo Gobernador vivía en una placidez hermosa, admirando nuevamente las bellezas de la Catedral, las afueras bonitas y pintorescas de la población regadas por dos ríos de caudal algo ennegrecido por los lavaderos del carbón de las minas de la montaña, pero acariciador, pacífico, rumoroso al lamer los cimientos del soto y de la barbacana.

Una pequeña contrariedad surgió de improviso.

El partido triunfante que había permanecido unido y compacto en la oposición, en la desgracia, en la privación de toda clase de honores y prebendas, al advenimiento del Poder, del sustancioso presupuesto se había descompuesto en

términos algo alarmantes. Mendaña y Luján, dos columnas del partido, quisieron barrer para sí las migajas que el partido anterior había dejado en los centros y rincones administrativos. La Secretaría de la Diputación, la plaza de Inspector de policía y la oficialía primera del Gobierno civil. Don Joaquín había querido poner la paz entre aquellos ruines. A tí la plaza de Inspector, para tu sobrino—decía á Luján á quien, como más joven tuteaba.—A usted—decía á Mendaña á quien tenía cierta y explicable aversión—la plaza de oficial del Gobierno para el abogado que usted me recomendó tantas veces.

Pero al hombre le quedaba el rabo por desollar. Y el rabo, era la Secretaría, plaza sustanciosa y apetecida, con buen sueldo, buena casa y todos los cabos de vela que quedaran en los candelabros del salón al concluirse las sesiones ordinarias. ¡Una canongía!, como decía Luján, ¡Una mitra!, como repetía Mendaña que creía aun en las fortunas episcopales.

Don Joaquín quiso unir las huestes conservadoras— así decía él— y dar el golpe decisivo al partido liberal que había caído del pináculo.

Y el hombre no dormía buscando la fórmula de unión, el modo de reunir y atraer otra vez á aquellos futuros disidentes que amenazaban dar al traste con la vitalidad del partido.

Doña Trinidad— que conservaba un excelente humor á pesar de sus correrías

y andanzas molestas por los portales—le sacó del apuro una tarde.

—¿Se trata de cosas del presupuesto, de cargos que dan de comer, de asegurar á alguno el garbanzo? Pues atacar en el mismo terreno, ir directamente á la herida. ¡Dales una comida! Y verás como á los postres las fieras se ablandan ó se reconcilian y se abrazan. El estómago lleno hace milagros, marido del alma.

Don Joaquín vió los cielos abiertos ante aquella idea felicísima de su mujer.

El proyecto era fácil y realizable. La casa era amplia, el comedor grande y regularmente adornado, Dolores, una alhaja para preparar platos apetitosos. A convidarles, pues, y á convidar con ellos al Gobernador para que les *apretase* en los postres, para que sirviese de intermediario en aquella transacción tan necesaria.

Y *El Pueblo*—el órgano del partido conservador de Lancia—trajo la víspera del acontecimiento culinario la gacetilla siguiente, gacetilla que como es natural cayó como una bomba en *las huestes* liberales, envidiosas de los sustitutos que iban á apurar la colilla del presupuesto.

—«Mañana obsequiará con un banquete nuestro querido jefe Excmo. señor don Joaquín Pérez de Prado á los señores Gobernador, Diputados provinciales, Mendaña y Luján. La unión en nuestras filas es perfecta digan lo que quieran los elementos envidiosos del vigoroso y pujante partido conservador de *Lancia*».

Y amaneció el día del banquete. Dolores se levantó muy temprano, á las seis de la mañana, procurando no hacer ruido, procurando no despertar á su hermana que en aquel momento roncaba vulgar y estrechitosamente. Sumergió á tientas su rostro en la palangana llena de agua fría, que recibió con fruición aquella carne caliente y virgen, sin afeites ni esencias. A tientas también desprendió su rica mata de pelo negro y sedoso, la partió en dos crenchas, las entretegió rápidamente y poniéndose sobre el cubrecorsé sencillo y sin adornos, una blusa de diario limpia y repasada, salió de la habitación y se encaminó á la cocina, en donde las domésticas, adormiladas aún y con el pelo desgredado, ponían fuego en el hogar y paseaban la escoba sobre los ladrillos del pavimento.

María de los Dolores estaba en aquellos momentos muy guapa. Elegante y airosa se movía con rapidez buscando las parrillas para el asado, el perol limpio y bruñido para el almíbar, la flanera, el helador, la harina para los pasteles de jamón, su plato favorito. Su rostro, algo encendido por la pasada ablución, revelaba el bienestar que reinaba en su alma, y recogiendo sus mangas y dejando al descubierto sus brazos bien torneados y macizos, se dispuso á empezar su misión alegre y sonriente, sin apurar á las criadas, sin reñir por lo que no encontraba, dando las órdenes en voz baja, con palabras de consideración y de cariño.

A las ocho se desayunó en la misma cocina sobre la misma mesa de la servidumbre, después siguió su faena algo más cansada ya, sofocada por el calor del hogar y por la temperatura del día que amanecía cálido y bochornoso

A las diez dadas Encarnación abrió los ojos y se dispuso á vestirse con más cuidado que el de costumbre. Tocó el timbre y pidió el agua caliente, luego el vestido de casa, luego el alcohol para calentar las tenacillas y luego las cuarenta mil cosas que la hacían falta para completar su *toilette* ajustada al último figurín de París, que el dueño de no sé cual almacén remitía al papá á principio de cada temporada.

Y al fin salió de su tocador la belleza de *Lancia*. Y salió guapa, muy guapa también, más brillantes sus ojos, más rizado su pelo, más blancos sus dientes, más dominador el gesto estereotipado en sus labios. No se dignó pasar á la cocina porque el olor al aceite de los fritos la atacaba á la garganta, y dirigió sus pasos al comedor, severo y elegante donde doña Trinidad repasaba la vajilla mejor y preparaba los platos para los entremeses y aperitivos de la mesa.

Lolita poco antes de la hora de comer se sintió indispuesta. El calor la había rendido, el humo la había trastornado, el madrugar la había producido una jaqueca intensa é insoportable. Todo estaba en punto y ella se iba á retirar á ver si la pasaba con el silencio y el descanso aquel dolor violento.

Doña Trinidad trató de convencer á su hija, de hacerla ver que no era cortés abandonar aquel día la mesa, y cuando iba á continuar el sermón que adquiría ya los tonos de *filípica* casera, Encarna salió á la defensa de su hermana y dijo á su madre con tono de sinceridad y de franqueza:

—Déjala, mamá; ¿no sabes que es una hurona?

La hurona, pues, se fué á descansar, á echarse vestida en su cama de palo santo, satisfecha de haber dejado todo perfectamente dispuesto, el frito preparado, el flan en el horno, la masa de los pasteles bien bregada y en punto.

A la una se presentó el Gobernador risueño y elegante. No era alto, pero no por eso dejaba de ser lo que se llama un buen mozo.

Su fisonomía era simpática, tenía buenos ojos, nariz pequeña y bien perfilada, boca algo grande, pero disimulada su largura por la barba rizada, la prenda mejor y más buena de aquel jerarca administrativo.

Saludó con cariño á don Joaquín dándole un apretón con ambas manos, hizo una cortesía reverente y algo versallesca (el Gobernador había leído la historia de Francia) á doña Trinidad é inclinó con elegancia su cabeza ante Encarnación que le recibió benévola, haciendo desaparecer por un instante el gesto imperativo y habitual en su boca.

A los dos minutos llegó Mendaña sa-

tisfecho al parecer y al parecer tranquilo. No había acabado de saludar Mendaña cuando anunciaron á Luján, que entró dando pruebas de su humor chocarrero y adocenado diciendo desde la puerta:

—Huele bien, pero muy bien esa comida.

Y empezó el banquete

El Gobernador se sentó en el sitio de preferencia, á su derecha doña Trinidad, Encarnación á su izquierda, Mendaña y Luján quedaron frente á frente y don Joaquín en medio como hada de paz, como árbitro de aquella contienda que amenazaba la destrucción del partido, el más numeroso y robusto de *Lancia*, sin duda alguna.

La fama de Dolores quedó á una altura grandísima, aunque aquellos señores creyeran de buena fe que era obra exclusiva del cocinero de la fonda cercana.

Primero se sirvió la sopa, un puré fino, delicado, imperceptible, caldo sobre el que nadaban los tropezones tostados y apetitosos. Después pechugas de gallina con yemas de huevo y rellenas de jamón. Nada de amazacotamientos pesados. El jamón y la carne de ave estaban tan diluídos y concentrados, que se apreciaba su sabor combinado y exquisito, sin que la vista pudiera descubrir los sabrosos componentes de la pasta. Detrás de este plato los pasteles, hechos con arreglo al tecnicismo de la clásica cocina española, y detrás el frito dorado, rico en glóbulos de sangre, una sangre roja que teñía los platos de los comensales.

El Gobernador durante la comida conversó con todos.

Hombre culto y corrido, sabía muy bien hacerse cargo de las situaciones difíciles y procuraba salir airoso de todas ellas. Si se dedicaba á las señoras Mendaña y Luján iban á creerse defraudados en sus intereses materiales. Si se dedicaba á éstos exclusivamente, las otras, las señoras, le iban á tomar por un político insaciable, poco galante y con ribetes de tonto ó de soso, defectos para él imperdonables. Y procuraba dividir la conversación entre unos y otras, haciendo á las damas cultas y delicadas alusiones, dedicando á los caballeros frases discretas, oportunas, pacíficas y esperanzadoras.

Al llegar el *champaña*, una marca legítima y costosa, don Joaquín hizo una seña al Gobernador que la recogió en el aire, y dirigiéndose á Mendaña y Luján les preguntó con voz amable algo velada por emoción y por los efectos de la libación espumosa:

—¿Podemos encontrar fórmula para seguir siendo todos amigos? (El *todos* lo recalcó con mucha energía).

Luján fué el primero que habló. El llevaba dos legislaturas de Diputado provincial, había sido Alcalde, había entregado cuatro mil pesetas para la fundación de *El Pueblo*, el órgano del partido, que por cierto no le habían sido devueltas. Estos eran sus méritos como *soldado*. Ahora verían si su *amigo* el amigo Mendaña tenía más. Y le invitó á exponerles.

Mendaña se limpió los labios gruesos y carnosos y dijo al Gobernador que dirigió hacia él su mirada investigadora y espectante:

—Yo solo fui Diputado una vez, pero pagué los votos á doce duros, y tengo asalariados unos cuantos agentes que á una voz sola mía ponen el pie en el distrito, que va á donde yo le mande, que me sigue á donde yo le lleve.

El Gobernador aunque preveía el aprieto, sintió que éste llegase en un momento tan poco oportuno, cuando tenía á su lado, tan cerca, la joven más bonita de *Lancia*. El político venció al hombre galante y tan bien se las arregló y tan inspirado estuvo en aquellos momentos, que Mendaña y Luján, después de una proposición presentada por don Joaquín y sancionada por el Gobernador, se dieron un apretón de manos y se sonrieron satisfechos y tranquilos, dando fin á sus odios y luchas aunque solo por el momento.

Los dos habían *pescado*. Mendaña se llevaría la Secretaría, es verdad, pero Luján, el ladino de Luján, sería nombrado por mayoría vicepresidente de la Comisión provincial. ¡Su sueño dorado! ¡Una futura colocación para otro sobrino!

El Gobernador, libre ya de los cuidados de la cosa política, pudo dedicarse con toda libertad al *flirteo* inocente y regocijado. Y habló con Encarnación, y la preguntó si tenía novio, y suspiró sinceramente al lamentar su naturalmente soledad (la del Gobernador,) su soltería,

su vida en el caserón del Gobierno, entre la prosa de los expedientes, de las conferencias, sin afectos y sin cariño, y pintó con vivos colores la felicidad que sería para él vivir en una población como aquella, pacífica, poco ruidosa, en una casa modesta, al lado de una mujer bella, cariñosa y elegante. De una así como ella.

Encarna se rió al principio de aquellos *romanticismos* del Gobernador. El sería más que Gobernador Subsecretario, Ministro tal vez. (Encarna á fuerza de oírsele á su padre, conocía perfectamente la gradación de los cargos burocráticos). Su vida estaba en Madrid, su mujer, debía de ser una madrileña ostentosa, espiritual, elegante, no una provinciana que no sabría vestirse, que cometería mil incorrecciones en la mesa del Rey, en los banquetes de etiqueta en palacio.

La conversación siguió girando sobre el mismo tema y se hubieran pasado toda la santa tarde discutiéndole si Mendaña, ansioso de comunicar á su protegido la nueva agradable, no hubiera interrumpido aquella conversación con un—Sr. Gobernador, ¿nos vamos?—que sacó al Prefecto de su diálogo arrullador y ya interesante.

El Gobernador comprendió que por primera vez aquello era un abuso, y procuró enmendarle hablando una vez más con don Joaquín y otra vez más con doña Trinidad que se había adormecido en una butaca pequeñita, y despidiéndose de todos y sobre todo de Encarna, á quien

estrechó ya con correcta familiaridad la mano, salió con sus acompañantes y descendió por la anchurosa escalera.

En el portal vió caído en un rincón un guante, un guante de color plumizo, limpio y diminuto, hecho sin duda alguna para una mano femenina.

Y como Luján y Mendaña salían delante, el Gobernador sintiendo una corazonada miró hacia arriba y viendo que nadie le veía se inclinó con disimulo, recogió la prenda, la guardó en el bolsillo y siguió su camino pensando que aquel guante podía ser de *ella*, de *Encarna*, la hija de su amigo, la mujer que por primera vez había conmovido su corazón con el poder de su belleza, una belleza esplendorosa, arrogante, fascinadora.

V

¡Dichoso guante! En mal hora se le había ocurrido cogerle, robarle del portal aquella tarde memorable del banquete.

Aquel guante era para él un martirio constante, una pesadilla continua, un desasosiego incurable. El guante le traía continuamente á la memoria las perfecciones de su dueña, su voz sonora y viril de contralto, sus ojos, aquellos ojos negros que estaban pidiendo á voces madrigales (el Gobernador era algo literato) su boca, aquella boca roja y fina que revelaba dulzuras hondas de un alma apasionada, presa en un cuerpo robusto, sano,

pletórico de vida. Toda la suya entera daría él por poder ser dueño y señor legítimo de la mano diminuta que gimió aprisionada en aquel pedazo de piel curtida, fina, delicada.

Pero el olor no era el de ella, no era aquel olor de esencia fina, y penetrante que aspiró estando á su lado aquella tarde. Era un olor más ordinario, menos aristócrata, menos escogido, pero más simpático; olor á romero, á flor de romero no esprimida en la prensa y extraído su jugo, sino al natural, como si estuviera abierta la flor, entre los pliegues del guante.

Y el Gobernador creyó llegado el momento crítico de su vida, el momento de enamorarse con ilusión, de dar el paso definitivo, de casarse legalmente. Su vivir le pedía ese descanso, su tranquilidad le pedía el oasis halagüeño de los brazos de una mujer, para descansar en ellos de los azares de la política. Y esa mujer sería ella, porque ella—no cabía duda—era la dueña del guante aquel que llevaba siempre consigo...

Y el Gobernador se decidió á acompañarla en el paseo, en aquel paseo á orillas del río que pasa lamiendo su falda, refrescando la atmósfera, trayendo entre sus ondas las brisas de arriba, de las montañas coronadas de nieve.

—¿Usted ha perdido un guante de color plomizo?—preguntó el Gobernador á Encarna á las poquísimas vueltas.—

Y la joven contestó que no, que tenía sus pares completos, que el color plo-

mizo la era sumamente antipático, porque era vulgar, porque se parecía á la ceniza del brasero, del prosáico brasero.

El Gobernador se convenció de la sinceridad de la contestación y murmurando una disculpa, una reunión de partido, se despidió de su pareja y siguió paseando solo por las soledades del jardín agostado por el estío. Sin saber por qué, se había desilusionado. Su amor no era tal amor, era un capricho de joven treintenteno.

El amaba el guante y solo quería averiguar el paradero de su dueña, no para rendirla su corazón ni pedirla su mano, sino por pura curiosidad, por mero capricho, por pura fantasía. Por otra parte la vida provinciana le aburría y aquel episodio podía distraerle. ¡Si llega á decir que sí Encarnación, le divierte! Sabida la dueña, adiós guante, adiós ilusión, adiós fantasías deliciosas, adiós entretenimiento inocente y adiós leyenda curiosa!

Y decidió lo más natural, lo más lógico, una vez puesto en este terreno: seguir la aventura, buscar á la dueña y entregárselo cortésmente. Y ya estaba por jurar que el guante pertenecía á una solterona, á algún estafermo, á alguna vieja pulcra sí, pero vieja, revieja.

VI

El nubarrón electoral crecía y crecía avanzando raudo y obscuro por los ba-

rrios de la urbe. La lucha se planteaba con tesón, reñida y sangrienta. De un lado los candidatos conservadores, los clericales—como decía *El Radical* sin saber que alguno de ellos ni siquiera iba á misa. — Del otro los republicanos, los anticlericales, los enemigos del clero— como les apellidaba también el mismo diario ignorando que casi todos ellos iban á misa, cumplían con Pascua y hasta de tapadillo algunas veces rezaban la estación en San Isidoro, en la Colegiata, detrás de una columna, entre las sombras del bajo coro.

Lancia salía de su mutismo en aquella época de elecciones. En las tiendas, en la galería del Casino, en las boticas de Losa y Pérez del Rincón se congrega todo el elemento masculino influyente, desocupado, todos los electores en activo.

—¿Qué se sabe del asunto? ¿Cómo va la elección?— Estas eran las preguntas de moda. Y las contestaciones venían luego. Que éste la lleva bien, que el otro la lleva mal, que el de más allá se decide á abrir la gaveta y á soltar unos duros, que el distrito de arriba se niega á votar y el de abajo cotiza el voto á cinco y á seis y hasta diez pesetas.

En las elecciones presentes los ánimos estaban más excitados, más inquietos, más anhelantes.

Los *negros* y *rojos* iban á luchar, á reñir, á disputarse los escaños del Consejo. Y los *rojos* ya habían dado en *El Radical* un programa salvador é infalible,

algo así como los salicilatos de Vivas Pérez para la diarrea: impuesto sobre las campanas, supresión de las 50 pesetas anuales que daba el Ayuntamiento á las Siervas de Jesús, demolición de un convento para emplear la piedra en una fuente pública, grande, suntuosa, con los leones de la ciudad en las esquinas, con la estatua de la libertad (con L grande) arriba, en lo más alto, en el remate del monumento.

Justo es consignar que los electores de la *cuerda* habían encontrado aquel programa piramidal, estupendo, regenerador, inimitable.

El Gobernador se había olvidado unos días de la obsesión aquella que le atormentaba. Las visitas de los candidatos, el reparto de candidaturas, la invitación oficial á votar á los ministeriales que se hacía diariamente, á los empleados públicos, desde el Delegado de Hacienda hasta el último sereno, le ocupaban por completo las horas del día.

Rodríguez le apretaba con sus exigencias. Era preciso forzar la máquina, dar palos sin duelo, hacer votar á todo bicho viviente.

Y el Gobernador se volvía loco para complacer á aquel *pelma* machacón que solo le dejaba libre y descuidado las horas de comer... á excepción de los días que se quedaba en el Gobierno á comer con él, á hacerle compañía ¡Maldita compañía!

Y llegó el día y empezó el magnífico funcionamiento del sufragio universal con un escándalo mayúsculo.

El tío Paradilla, el tío José Sánchez—esta era su gracia bautismal—muerto hacía seis años, se había presentado á votar en uno de los colegios del distrito de arriba.

El Presidente de la mesa hacía la vista gorda porque aquel elector iba á empujar sin duda alguna á los candidatos suyos, pero un interventor avisado se dió cuenta de ello, negándose á admitirle, saliendo á relucir las protestas y tras las protestas los palos, alcanzando uno á la urna electoral que rodó por el suelo haciéndose mil añicos su panza transparente y rechoncha.

Por la tarde, una tarde fría, muy fría, de Abril, se agolpaba la multitud á las puertas de los colegios.

Rodríguez había dado los últimos duros. El Gobernador se había retirado al Gobierno civil para forzar los últimos llamamientos y empujar á los rezagados, y en los semblantes de todos se notaban los efectos de la impaciencia, de la duda, de la incertidumbre, del deseo de acabar de una vez y saber los resultados de la lucha.

Los anticlericales estaban dispuestos á hacerla *sonada*.

A las cuatro se cerraron las puertas y empezó el escrutinio.—Concejal para el distrito de arriba: D. Fulano de Tal.—Y siguió el presidente leyendo candidaturas, repitiendo nombres. Nombres que iban á convertirse en rayas negras y delgadas, sobre las cuartillas de los interventores y espectadores que seguían con un

interés ya imposible de reprimir las oscilaciones de aquella alza y baja, de aquel avance de números y votos.

A las cuatro y veinte minutos se sabía el resultado. Los republicanos doscientos votos, los monárquicos cincuenta y ocho. Y un cohete *anticlerical* disparado desde un balcón, rasgó los aires y estalló en las alturas. Y al desvanecerse el humo de la pólvora y el eco del estallido, un estruendo más formidable resonó allá muy allá, en una calleja extraviada. Era la banda municipal que preludiaba *La Marsellesa*.

Llegó la noche y la manifestación vencedora recorría las calles. Era preciso ostentar el triunfo, pasear la victoria, dar á conocer el vigor y poderío de los *anticlericales* de Lancia. Y la manifestación seguía ruidosa, dando vivas, atronando con sus gritos los aires siguiendo á la banda municipal que había condensado el repertorio en dos piezas populares: *La Marsellesa* y el *Himno de Riego*.

Y la banda desembocó en la plazuela, frente, precisamente, del colegio de los jesuitas.

—¡Muera la reacción!—gritó una voz enronquecida.

¡¡Mueraa!!—contestaron otras mil á pesar de que no habían podido entender á quién era el muera.

Una piedra hábilmente lanzada cayó sobre el rosetón de la capilla, otras piedras lanzadas también con brío, hicieron rodar por el suelo los vidrios de los ventanales.

La pedrea se generalizó entonces.

Caían los cristales sonando estrepitosamente, las llamas del incendio destruían al pie del edificio la cruz de madera que remataba el arco de la puerta, la confusión era horrible, el destrozo incalificable.

Y entre el zumbar de las piedras y el chasquido de los vidrios y el crepitar de la pira encendida resonaban roncós, robustos y vibrantes, los vivas calurosos.

El contraste no podía ser más grande. Ni un cristal quedaba en su sitio, ni un santo en su peana, ni una cruz en el pórtico.

Y la multitud celebraba aquel triunfo con gritos que parecían blasfemias, con voces que revelaban su cultura, su atraso moral, sus sumisiones de rebaño conducido al matadero:

*¡Viva la libertad! ¡Viva la tolerancia!
¡Viva la fraternidad entre los hombres!*

.....

.....

¿Qué decían de aquella derrota descomunal, inverosímil, aquellos trescientos señores católicos sinceros, sin duda alguna, pero que se encerraron en sus casas el día de la elección y metidos por las faldas de la camilla oyeron pasear por las calles las músicas y charangas, las banderas y estandartes seguidas de una muchedumbre de rapaces y adultos que armados de pitos cantaban un *trágala* ronco y viril á los candidatos vencidos?

Pues no digeron nada. El que más dijo fué un señor devoto, socio de todas las cofradías religiosas de la ciudad, que con la cara muy compungida dijo á su mujer que presenciaba con él detrás de los visillos del balcón el paseo triunfal de los manifestantes:

—¿Verdad, Olarita, que estos republicanos son terribles?

Y el buen señor al acostarse aquella noche pidió á Dios por los que le ultrajaron. Y Dios no le escuchó aquella noche. Y no le escuchó porque en aquella plegaria iba envuelta una cobardía. La cobardía del que huye de la lucha y hace votos por el triunfo de los suyos y la derrota de los ajenos. Papel que ha encomendado la naturaleza á los seres débiles, á las mujeres, y niños.

VII

Encarna tenía un novio, el hijo de Lobera, aquel rapaz larguirucho que se acababa de licenciar en Filosofía y Letras con la nota de sobresaliente. Lobera al saber la noticia con el telegrama en la mano recorrió las redacciones de los periódicos, dió á conocer á los redactores de guardia el triunfo de su hijo, y claro está, aquella noche en *El Radical* y en *El Pueblo* y en todos los diarios de la ciudad vetusta salió la noticia vibrante, entusiástica, ensalzadora. Y Lobera con los periódicos en la mano entró en los cafés, pasó por la botica de Losa repitiendo sin

cesar con aquellas gangosidades que la emoción acentuaba entonces:

—Ramales (Ramales era un amigo, un compañero suyo). Ramales tiene automóvil, tiene gabán de pieles, pero no tiene un hijo como el mío, un sobresaliente de la Facultad de Filosofía y Letras

Y aquel hijo de Lobera era el que se entendía con Encarnación.

Las relaciones aquellas habían sufrido un eclipse con la interposición del Gobernador, astro de primera magnitud entre aquellos otros dos astros más modestos.

Encarna se sentía halagada por la impresión favorable que había producido en el ánimo de la primera autoridad el día del banquete. Y éste siguió mirándola, comiéndosela con los ojos, pero desde el acompañamiento del paseo, á orillas del río rumoroso, la admiración se había enfriado, la miraba, sí, pero distraído, no con la atención, devoción y entusiasmo de antes. Y Encarna tuvo que hacer una maniobra habilidosa para no dejar escapar á su novio primitivo. Este ante el rival, había observado una actitud discreta, se había retirado silencioso y expectante, pensando filosóficamente (por algo era licenciado en Filosofía) que si ella se rendía á su rival no faltaría otra beldad lanciense á quien explicar su tratado amoroso.

Porque el retoño primitivo del árbol de Lobera tenía sus ideas en materia de amor y quería que la voluntad interviniera en él libérrima y espontáneamente.

El amor forzado es una tiranía. La tiranía es siempre odiosa. *Ergo...* el amor forzado es odioso. Y prefería que se le llevasen á la mano, que Encarnación fuese á él, sufriendo resignado y amable aquellas intermitencias raras, anómalas, inexplicables.

Encarna comprendió que la cosa no era para bromas. La edad crítica estaba expirando. El Gobernador pasaba de largo, quería sin duda alguna *flictear* un poco, pasar el rato, olvidar en los escarceos del palique con ella, los disgustos que, según su padre, le daba Rodríguez. Rodríguez que quería le eximiesen de pagar la contribución por territorial, de pagar por consumos, de contribuir con un céntimo á las cargas del Estado.

¡Recontra! Por algo somos poder. Por algo tenemos la sartén por el mango —decía al presentar las instancias pidiendo inexplicables exenciones contributivas.— Y el Gobernador se desesperaba no sabiendo qué hacer, no encontrando razón para convencer aquel práctico con aquel vividor de la política.

Encarna se convenció de que el señor Gobernador ni siquiera buscaba pasar el rato.

Sin saber por qué hacía más escasas y rápidas las visitas á sus progenitores. Y estando en ellas se le notaba inquietud, preocupación, y miraba sin cesar para las manos de todas, de sus amigas, de cualquiera mujer que entraba en el gabinete donde se le recibía afectuosamente todavía.

¡Esos señoritos de Madrid tienen tantas rarezas!

Y la rareza del Gobernador se empezaba á comentar dentro del recinto de Lancia, en el Casino, por aquellos señores graves que se sentaban á charlar en la galería soleada, en el Cabildo por aquel beneficiado curiosón que sabía las horas de comer de cada casa, en las boticas de Losa y Pérez del Corral, en la primera por los solterones que se reunían á las primeras horas de la noche, un médico, un diputado provincial, un comerciante. En la segunda por señores casados ya y condiscípulos del boticario, por Buendía, un médico muy gracioso, radical, muy radical, sí, *pero* honrado (según él mismo decía), por Ramales, el abogado vistoso, elegante, el dueño del automóvil, el enemigo de Lobera, y allá de tarde, en tarde, por Pedrosa, el crítico temible que vivía en Madrid y al pasar por Lancia con dirección á su pueblo frecuentaba la botica, único lugar donde le oían la voz y se enteraba al por menor de la crónica lancienense que luego le servía para salpicar de alusiones sus zurriagazos literarios.

En estos centros se murmuraba de la conducta del Gobernador que parecía la de un desequilibrado. Aquella manía de mirar las manos á todo bicho viviente picaba ya en historia.

—¿Era tonto? No—decía rápidamente el abogado Ramales que era concejal y por lo tanto le trataba políticamente.—Resuelve con acierto los asuntos. En Co-

ruña (el Gobernador era gallego) tiene un bufete acreditadísimo, el mejor de aquella ciudad.

—¿Estará enamorado? Puede ser que influya en eso el amor pero no lo sostengo— decía en la botica juvenil el diputado provincial que en materias de amor era pesimista.—Al Gobernador le gusta Encarna, pero ésta vuelve al hijo de Lobera que será profesor antes de un año y es notorio que se casará con ella. El beneficiado curiosón sabía algo más. Sabía por uno de los porteros pariente suyo ó natural de su pueblo, que el Gobernador andaba por casa con un guante en la mano. ¿Será de alguna ..? Y el canónigo que hizo la pregunta en aquellos cinco minutos de paseo por el claustro no pudo terminar la frase. El beneficiado lo negó rotundamente. Sabía que el Gobernador era *clerical*, que gastaba escapulario, regalo de su madre, que oía misa en la parroquia diariamente, que su habitación del Gobierno civil era celda de un cenobita.

—¿No ha leído usted lo que dice *El Radical*? Pues dice que el Gobierno civil es una sacristía, que allí huele á incienso, á óleo, á función religiosa. Vea usted si un Gobernador así puede tener eso .. eso que usted dice.

El canónigo se convenció no pudiéndose descifrar el misterio.

Y francamente el asunto ya picaba en historia.

Y Lancia, como todos los pueblos

pequeños, seguía pendiente de la *morriña*, de las distracciones, de las veleidades incomprensibles de su dignísimo Gobernador civil.

VIII

Mayo, el mes poético de las flores, ese mes tan desacreditado por las liras de los poetas, los pinceles de los pintores y el pentágrama de los músicos, había entrado en Lancia suave y benigno. Con la última nevada se fueron los frios, las lluvias abrilneas frías, desapacibles. Y las afueras de Lancia se vistieron de pompa. los álamos y chopos de hojas, de verde la fresca pradera, de lilas y campanillas tempraneras los árboles y los macizos de los jardines del paseo.

Las boás y los abrigos de pieles fueron colocados entre bolas de naftalina en el fondo de los baules, los sombreros de plumas airosas descomunales parecidos á los plumeros de la infantería italiana, pasaron á las obscuridades de las sombrereras de cartón arrinconadas en los cuartos oscuros y armarios roperos, y las modistas y sastres se apresuraron á entregar las prendas de vestir, los trajes de temporada, de colores claros, las americanas de telas finísimas, faldas de alpaca violeta, el color *chic*, el tono de moda en aquel entonces

El domingo segundo del mes se celebraba la romería de la Virgen del Monte, la patrona de Lancia, la Virgen conocida

no solo en todo León y Castilla, sino más lejos, más lejos.

Y los buenos, los lancieneses, ellos y ellas, se preparaban á celebrarla con todo regocijo, con toda alegría.

De las elecciones ya nadie hablaba. Los anticlericales se habían posesionado del Ayuntamiento, pero lejos de poner en ejecución el proyecto famoso, el redentor programa publicado en *El Radical*, habían votado un crédito para el próximo viaje del Rey, y asistían á los actos religiosos del Concejo con timbales, clarín y tambor, y los heráldicos *maceros*.

El santuario de la Virgen del Monte, no estaba en un monte precisamente. Estaba, sí, en una loma, en un altozano, accesible suavemente por una carretera general amplia y bien cuidada.

Allá, *in illo tempore*, cuando la divina Señora se apareció al pastorcillo que guardaba el rebaño de ovejas apacibles, aquello era, sin duda alguna, un monte. Y en aquel monte se hizo el milagro, y en aquel monte vió el zagalillo impuber el resplandor vivísimo que parecía del sol, y entre los nimbos de luz una Señora blanca, muy blanca, que con una voz dulce y cariñosa le dijo varias veces:

—Allí donde llegue la piedra de tu honda, se alzaré mi altar, desde donde protegeré á estos pueblos.

Y el templo se alzó y los pueblos eran protegidos por la Madre de Dios con protección constante y valiosa.

Díganlo aquellas lluvias benéficas que

caían sobre los campos agostados y amarillos por la continua sequía. Díganlo aquellos testimonios irrecusables colgados en las paredes del templo, las muletas de los lisiados, las trenzas de las mujeres, los exvotos consignados en unos cuadros hechos por la mano y pincel de un *Apeles* rural, de un zapatero de un pueblo cercano, que pintaba las casas más pequeñas que los hombres, y los hombres más pequeños que los animales, y los animales más pequeños que las flores, unas flores rabiosas de color con pétalos como las aspas de molino de viento, azules, descomunales y asombrosas.

La romería se verificaba en torno del templo, un templo achaparrado, macizo, barroco, sin arte ninguno. Y era la romería como todas las de su clase con todas sus vulgaridades y todas sus diversiones; los puestos de golosinas, las tiendas de baratijas y el baile, el pudemente baile agarrado sostenido por los metálicos y agrios sonidos del pianillo callejero.

Y allí se trasladaba toda Lancia, los pobres en los carros de bueyes entoldados con la colcha de la cama, adornada de rameados y colorines de tonos vivos, chillones, llamativos, los empleados y estudiantes en el coche de alquiler que iba dando tumbos y bamboleos por las cuestas aquellas y los ricos—en Lancia hay gente rica—en sus coches privados, algo raidas las libreas, algo desgastadas las guarniciones de los troncos y caballos, pero flamantes y buenos al lado de los alquilones.

Don Joaquín convidó al Gobernador á ir en su coche y el Gobernador aceptó con regocijo, no solo por ver aquello, por hacer un estudio *apres nature*, un bosquejo rápido de las costumbres y trajes del país que gobernaba, sino también por reanudar el palique con Encarna, por sentir la influencia de sus ojos, por volver á reconquistar su gracia y amistad, ya que la aventura del guante se iba pasando y la chifladura aquella iba cayendo en un racional olvido, en un desuso prudente é indicado.

Al detenerse el coche ante el Gobierno civil, el Gobernador vió al lado de Encarna, otra mujer linda y bonita. ¿Sería una amiga? ¿Sería su hermana, aquella segunda hija de don Joaquín, de la que oyó hablar algunas veces tachándola de rara, de extravagante, de hurona, de poco comunicativa?

Don Joaquín confirmó cumplidamente sus sospechas.

—Mi hija—dijo al Gobernador cuando estuvo cerca del coche.

—El señor Gobernador dijo á su hija cuando éste ya había iniciado un saludo ceremonioso y reverente.

Y la hurona le contestó con una sonrisa amable, elegante, sin pizca de afectación, encogimiento, de frialdad.

La conversación se hizo general mientras el tronco del coche de don Joaquín á trote ligero corría hacia el santuario, que asomaba su torre allá en lo más alto de la cuesta, y que por una ilusión de

pura óptica, parecía estar tocando con los mismos límites del cielo.

Allá, más abajo, quedaba la ciudad, y en medio de la ciudad unas agujas de piedra, airosas, sutiles y elegantes: las torres de la Catedral, la perla de Lancia.

Se bajaron en la misma puerta del santuario y después de rezar breves momentos ante el altar de la Virgen que relucía como ascua de plata ante las luces innúmeras que iban encendiendo y depositando á sus piés las manos devotas, salieron á la esplanada.

Un hormigueo de gente rebullía sobre la pradera. Los gritos de los vendedores atronaban los aires, el humo de los puestos de comidas hacía irrespirable aquella atmósfera cargada de emanaciones fuertes, acres y ahogadoras. Y echaron á andar las dos chicas y el Gobernador delante y detrás doña Trinidad y don Joaquín, aquélla tropezando en todos los cantos, éste recibiendo los apretones de manos de todos sus electores, que le saludaban al paso.

Encarna se puso sus guantes de piel fina y amarilla, su color favorito, y dijo á Lola que la ayudaba á darse un botón refractario á meterse por el ojal á donde los dedos le llevaban:

—Y tú no te pones los tuyos?

Lola se puso colorada y con toda la ingenuidad de su alma confesó lo que la ocurría.

Tenía el par descabalado. Había perdido uno hace ya meses sin duda al salir

con ellos en la mano un día que bajó al comercio de enfrente á comprar dos madejas de hilo. Parecía que el demonio le había enterrado. Dió mil vueltas buscánle y nada, sin parecer, sin poder completar aquel par que era nuevo y la costó tres pesetas. Tres pesetas con las que tenía para llevar tres veces algo al hijo de la lechera.

El Gobernador sintió que el corazón le daba un vuelco y le obligaba imperiosamente á meter la mano entre los botones del chaleco, para contener aquellos golpeteos que nerviosamente le daba.

Pero se contuvo, procurando dominar la emoción que en aquellos momentos le producía confusión invencible.

El guante era de aquella, de aquella mujer que estaba á su lado guapa, arrebolada por el calor, riéndose aún inocentemente de aquella pérdida misteriosa.

Y por un secreto impulso del lado de Encarna se pasó al de Lola y empezó á sondear su alma ingenua, apacible, serena como el mirar de sus ojos azules y el reir de sus labios de cereza. De cereza, no, de carne, y de una carne roja y virgen, suave y aterciopelada.

Encarna notó algo anómalo, algo raro, pero lo echó á lo de siempre, á las rarezas de aquel carácter voluble é incomprensible.

Aquel hombre le parecía un caprichoso, un veleta, un adorador de lo nuevo, de lo último, de lo momentáneo.

Y sin darse cuenta, sin querer, inocentemente, sin duda alguna, sintió envidia, envidia de su hermana que se le llevaba, que charlaba con él como si siempre se hubieran conocido.

El hijo de Lobera sonrió satisfecho al ver que los tiros iban contra la otra.

Volvió el coche cuando el sol besaba con sus últimos rayos la cruz de la torre y volvían hacia la ciudad los romeros alegres y cantadores.

Al bajar el Gobernador dió las manos á todos, pero al despedirse de Lola la dijo bajo, muy bajo, para que nadie pudiera oírle:

—He ahí el guante. Pero ya no va solo, va con él mi simpatía, mi cariño, mi corazón entero.

La frase era algo *cursi*, no cabe duda, pero á Lola la supo tan bien, que desde el fondo de su alma dió gracias á la Virgen, á aquella Virgen del Monte que guardaría para ella recuerdos vivos, imborrables, eternos.

Porque nada la había pedido y sin embargo la abría en aquellos momentos el camino de la ventura y de la felicidad, compañeras inseparables del amor.



IX

—¿Se casará con ella? preguntó á la parlanchina de Pérez su amiga la de Correa.—

¡Cá! ¡no lo creas! contestó la primera rápidamente.—Ya sabes lo que la pasó á Juanita León y á Felisa Losada. Dos gobernadores solteros las hicieron el amor. El de Felisa hasta la hizo preparar la ropa, bordar las sábanas, comprar la cama de matrimonio. Pues bien, las dos se quedaron á pie en el apogeo de su enamoramiento. Uno pidió el traslado á Huesca, el otro á Jaén. ¡Cualquiera les iba á buscar á aquellas tierras! Lo mismo que Juanita y Felisa quedará Lolita ¡vaya si quedará!

—¿Qué hay, monísima?—dijo la de Pérez á la mismísima Lolita, que en aquel momento pasó por su lado.—De tí estábamos hablando precisamente y decíamos que no tardarás en casarte y serás Gobernadora y muy feliz con tu marido.

La hurona bajó los ojos y contestó rápidamente:

—Sí, acaso, pero la cosa no está aún tan adelantada

Y pretextando tener prisa se despidió de las dos amigas con un beso sincero

—¿No te lo dije yo?—exclamó la de Pérez guiñando un ojo á la de Correa.— ¡Ese no cae! ¡Ese sigue la misma senda que sus antecesores!

X

Cronistas lancienses, jóvenes elegantes, que en vuestros ratos de ocio empuñais la péñola y describís con estilo carameloso aquellos rigodones del Casino á los que acude «toda la buena sociedad», la bella señorita de A, la monísima señorita de B, la simpática de C, que es fea y os veis perplejos para adjetivarla, afilad hoy la pluma, mojadla en esa tinta almibarada que destila dulcedumbre y reseñad esa brillante comitiva que sale del Palacio Episcopal y se dirige al hotel á celebrar las nupcias del Gobernador con Lolita la hurona.

Aquí de las frases de cajón, de los epítetos indicados, de los moldes en que se vacían esas revistas de sociedad que con tanto agrado leen nuestras buenísimas co-terráneas.

Mirad: esa primera pareja está compuesta por los novios, en cuyos semblantes (empecemos á abusar de las frases manidas) «se pinta radiante y hermosa la felicidad.»

Pero ¿es esa la hurona?

Sí, esa misma que cuelga su brazo derecho del izquierdo del que ya es su marido y viste el uniforme de Gobernador con dorados galones, fagín de seda y espadín elegante. La hurona marcha ligeramente arrebolada, con los ojos húmedos aún por el llanto que la asaltó en lo más culminante de la ceremonia, al dar

el *sí* que salió algo velado por la emoción, pero expresivo, enérgico, dado con entereza. Viste traje de crespón de la China, sin más adornos que un ramo pequeño de azahar sujeto en el pecho por un prendedor de brillantes, á diferencia de aquellas otras novias de la ciudad que se espetan el azahar en el pecho, en la falda, en la cabeza para que sea bien visto por todos.

Aquellos que les siguen son los padrinos. Luján con el *frac* que huele á recién cortado, con la cruz de no sé que orden colgada del pecho y llevando del brazo á Encarna, algo pálida, algo ojerosa, con las huellas de reciente llanto. La escultura de la ciudad va vestida de negro, con traje modesto, ajustado, pero elegante, divinamente cortado. Sobre la cabeza lleva una airosa mantilla, digno marco que hace resaltar más intensos el negro de sus ojos, las rojizas carnosidades de sus labios, el suave blancor de sus dientes menudos.

Aquellos otros son los padres de la novia, vacilante como siempre la madre, orgulloso y triunfante don Joaquín. Los que vienen detrás son convidadas y convidados, con sombreros de paja y trajes blancos ellas, con levitas y *smokings* ellos, luciendo los más elegantes chisteras de moda, gimiendo los menos bajo el peso de aquellos tubos largos, despeluzados, con alas como canalones, que les avergüenzan y ponen colorados.

En fin, «toda la buena sociedad, lanciente» ha acudido á la boda.

Las calles por donde pasan hierven de curiosos, de desocupados, de señoritas principalmente que van á presenciar «aquella apoteosis de amor», «aquella procesión nupcial que pasa debajo de los balcones repletos de gente.

¡Qué mona va!—dicen unos.—¡Qué acalorada va!—dicen otros.—¡Cómo se fija ya en el brazo de él!—exclama una pollita precoz que se relame de envidia.

Y así van hasta el Hotel, y en el comedor del Hotel almuerzan opíparamente los convidados. Los novios comistrajean, pican en todo, pero principalmente se dedican á mirarse con toda la ilusión, con todo el regocijo del que ve logrados sus deseos.

El ómnibus de la fonda lleva á los convidados á la estación, y el coche de don Joaquín á los novios.

El tren llegó jadeante y estrepitoso; un mozo de andén busca un coche, y en el coche un departamento que está solo. ¡El hombre ha acomodado á tantos recién casados, que ya, sin decírselo, tiene esa buena ocurrencia!

En él entra Lolita llorando, llorando por aquel abrazo que ha recibido de su madre tan apretado, tan cariñoso, tan maternal. El Gobernador entra detrás, algo emocionado también por la despedida, por aquella frase que al oído le dijo don Joaquín al despedirle cariñosamente entre sus brazos:

—Quiérela mucho, que es una santa.
El pito del jefe corta la despedida, la

locomotora silba dejando escapar un sonido agudo y penetrante y echa á andar pausada y majestuosamente. Primero es un vagón el que la sigue, luego otro, luego otro, luego el coche en que se acomodaron los novios.

El inspector y la pareja de policía se descubre reverente. Encarna aprieta otra vez la mano que su hermana la tiende y las amigas, las convidadas, sacan sus pañuelos para despedirles cuando salgan á plena vía.

Y desde una ventanilla se vió agitar una cosa blanca. Después la cosa blanca se hizo pequeña, muy pequeña, después sólo se vió una masa negra que entre nubes de humo corría, corría y se alejaba llevando en su seno una pareja feliz que empezaba á preludiar en aquellos instantes el dúo suave y universal, el eterno dúo del amor.

FIN DE «LA CENICIENTA»





¡Ministro!



YA estaba realizado el ideal de toda mi vida, ya había llegado á la meta, á la cumbre de mis aspiraciones. El mismo presidente del Consejo, Maura, en persona, se había dignado venir á mi casa, subir los noventa y cuatro escalones, entrar en mi cuarto de pupilo, y poner ante mis ojos, cerrados aún por el sueño, la codiciada cartera. Quise tirarme de la cama, besar sus piés, estrujarle entre mis brazos, pero él, citándome para el próximo Consejo de ministros, contuvo mis ímpetus cariñosos, y salió de mi habitación con el mismo gesto grave y elocuente que había traído.

Me quedé sólo. Encima de mi manta de viaje, manta que me libraba de morir helado en aquel Polo Norte, mal llamado casa de huéspedes, extendía sus dos hojas blancas é inmaculadas el Real decreto. Le desdoblé con rapidez nerviosa, pasé mis ojos por sus renglones, y poco faltó para que mi pobre humanidad no rodara por el suelo, víctima de un ataque de espanto. El caso no era para menos. Yo

esperaba el Ministerio de Instrucción pública, ese departamento, desde el cual podía asestar tiros certeros al profesor de Civil, que todos los días me preguntaba; tiros que en forma de traslados, reprensiones y aún cesantía, estaba dispuesto á disparar contra él, para pagarle *el afecto* que me profesaba. Esperaba también ese Ministerio para realizar unas cuantas venganzas que tenía en *cartera*, trasladar á Canarias al de Internacional, joven relamido, que se limpiaba las uñas en clase, jubilar al de Procedimientos que tenía la pretensión ridícula de que el alumno debe dejar la cama por la clase, etc., etc... Pero en aquel decreto, firmado por el Rey, y refrendado por su Presidente, se me nombraba, á mí, al hombre que sólo había visto el mar en las marinas de Abades, ministro de Marina. Mi fracaso era, pues, evidente, no tardarían en *echarme á pique* las ilustres minorías.

El coche oficial, el coche del Ministerio, con lacayo de librea reluciente y sombrero galoneado, se detuvo á la puerta. Empezaba el calvario, era preciso cobrar energías, recuperar fuerzas, levantar el ánimo. Me sumergí en un *frac* de un comisionista catalán, huesped también, y que pesaba algunas arrobas más que yo, me lavé, cosa que tan sólo realizaba en las grandes solemnidades, y dirigiendo un compasivo «os protegeré» á los demás huéspedes que quedaban bajo el poder de la patrona (peor mil veces que el de Poncio Pilato) me lancé á la escalera. En

el primer descansillo, convertido entonces en lujosa antesala, me esperaban los redactores políticos de los diarios de Madrid que venían á escuchar mis primeras impresiones.

Con poca aprensión y mucha desvergüenza les manifesté que yo no traía al Ministerio más títulos que mi actividad (sin decirles que aún no había abierto los libros y estábamos en Abril) que era preciso desarrollar la Marina (no sé sin aceite de hígado de bacalao ó con qué) que el mar era:... salado y que en el mar estaba hoy el porvenir de las naciones, que habría acorazados, torpederos, y sobre todo *fragatas* (en la casa de juego de enfrente me había ensayado algunas) y en fin que mi lema era el de «*En con por sin, sobre y tras la Marina.*»

Quedaron con la boca abierta y yo, aprovechando aquel momento de estupor, monté en el coche y dí al cochero orden de dirigirse al Congreso.

¡Con qué sonrisas acogieron mi entrada! Mi *frac* anticuado, la emoción que coloreaba las mejillas, la fiebre que hacía estremecer mi cuerpo, excitaron las burlas de las oposiciones. El banco azul danzaba con los consejeros responsables, los maceros daban caprichosas vueltas en torno del Presidente, y todo el salón me parecía víctima de un desequilibrio pertinaz y constante.

Al fin una voz que no me era desconocida pidió la palabra. Le fué concedida y ¿cuál no sería mi terror, al ver alzarse en los

bancos de las oposiciones al catedrático de Civil, que se dirigía á nosotros en actitud agresiva y amenazadora.

Empezó su discurso. Calificó al Gobierno de incapaz y de estéril, fué haciendo polvo la gestión, méritos y servicios de cada uno de mis compañeros, hasta que por último, clavando en mí su mirada de basilisco, exclamó con aquel vozarrón que nos aterrorizaba:

—¿Y el señor Ministro de Marina me podía decir la lección?

...Desperté sobresaltado. Mis compañeros de clase me miraban sin poder contener la risa, y el profesor de Civil, que minutos antes había llenado de terror el Congreso, declaró solemnemente que el alumno que se duerme en la clase es muy difícil que salga bien en los exámenes de Junio.

Aquella declaración tan sencilla me obligó á *dimitir*.





La marcha del estudiante



—Ayer—

—¡Hoy marcha el señor estudiante!
¡Hoy sale para Alcalá el hijo de los señores!...—

Esta es la noticia que, transmitida por una comadre oficiosa con ribetes de holgazana, ha circulado aquella tarde por todas las calles del pueblo. Y á los pocos minutos ya se sabía en todas ellas que el Señor y la Señora asistieron á una misa en la ermita de la Virgen, misa en la que había comulgado con edificante compostura el estudiante, su hijo mayor.

Efectivamente, la noticia era cierta. A la puerta del honorable caserón coronado de escudo de granito, está la galera del ordinario, el carro descomunal que arrastra siete mulas grandes y lustrosas, mulas que cada seis ó siete meses ponen en movimiento aquella mole ambulante, estableciendo la comunicación más rápida posible entre el pueblo y la capital.

Dentro de la casa el barullo y la confusión han llegado á su apogeo. Las criadas abren cómodas y desocupan arcones, corriendo de un lado á otro, doblando camisas, preparando pañuelos, cosiendo los puntos de las calcetas, dando, en fin, los últimos toques al equipaje del hijo del señor..

En el anchuroso salón, decorado severamente con papel rameado, y adornado de grandes cortinones, descomunales candelabros y doradas cornucopias, está la flor, lo mejorcito del pueblo. El físico da á oler á la señora un pañuelo empapado en vinagre para hacerla volver de un desmayo que la ha acometido. Sus amigos procuran consolarla, mientras que el cura y el licenciado desempeñan igual cometido junto al señor que no quiere soltar de sus brazos al estudiante.

—Todo está preparado— dice desde la puerta el viejo mayordomo. La madre sufre un nuevo desmayo, el padre, reprimiendo sus deseos de retener al hijo entre sus brazos, le dá su bendición y le amonesta para que nunca abandone el estudio, y los amigos de la casa, dando muestras de su exquisita educación, se llevan el pañuelo á los ojos aunque malditas las ganas que tienen de llorar.

La galera se queja tristemente al ponerse en movimiento, se repiten los adioses, aumentan los desmayos y después desaparece en el fondo de la calle, los señores de la casa, recobrando su gravedad acostumbrada, invitan á todos los presentes

á que pasen á otro salón donde sirven los criados un delicado *refresco* de dulces, rosquillas y chocolate.

A los dos meses y medio recibe el padre una carta concebida en estos términos:

(Hay una cruz)

«Mi muy venerado padre: Llegué sin novedad á esta noble villa, donde su merced tuvo á bien enviarme para continuar mis estudios, y sin novedad continúo hasta la fecha—Ayer pasé la tarde en la biblioteca preparando mis argumentos para la disertación de mañana—Hoy estuvo el maestro Lobera á una envidiable altura probando la existencia de Dios.

Nada más ocurre por aquí. Con los trescientos maravedises que su merced me dió al salir, tengo bastante para mis gastos.

Le besa respetuosamente la mano su muy devoto hijo»

—Hoy—

Vá á salir el trén. En una de las salas de descanso están la familia y amigos del estudiante (hoy alumno de facultad). La madre sonríe pensando que á los quince días de llegar á la Universidad, se armará cualquier alboroto, se adelantarán las vacaciones y su hijo volverá sano y salvo al seno de la familia. Los amigos le dan cariñosas bromas sobre ciertos suspirillos femeninos que se escaparan con motivo de su partida, y el padre le hace la prudente advertencia de que vele por su salud y no la estropee con el estudio constante y excesivo.

El jefe de la estación da la señal de partida. El estudiante da un beso á sus padres, un apretón de manos á los amigos, y monta en el vagón...

A las veinticuatro horas el padre recibe la carta siguiente:

(Hay un sello que dice: Sport-Club.)

«Querido papá: Llegué bien y hasta la fecha sigo perfectamente. Ayer pasé la tarde en los toros. Fuentes colosal con la muleta. Las quinientas pesetas que me diste han sufrido un bajón considerable. ¿No podías remitirme otras tantas?»

Un beso á mamá y sabes te quiere tu hijo.»



CELOSA



(Cuento.)

EL se había casado con ella por amor. Viéndola todos los días en su estudio Federico se fué poco á poco aficionando á la modelo, y antes de dar el último toque al cuadro que tan grande éxito había de alcanzar en la última Exposición, ya tenía concertado su matrimonio.

La muchacha se resistió algo al principio.

El procuró convencerla, y tan dulces debieron ser sus palabras y tan amorosos sus argumentos que, á los pocos días se unían en estrecho lazo ante el altar de una de las principales parroquias de Madrid.

De que fueron felices en los primeros meses, no tendré necesidad de probarlo. Por Suiza é Italia hicieron su excursión de recién casados y cuando ya, en pleno Invierno, dieron vista á la Corte les pareció que ésta había cambiado por completo.

El desempolvó los pinceles. ¡Hacía tanto tiempo que dormían sobre la paleta! Al principio sólo dedicaría á sus cuadros escasos minutos. Insensiblemente les iría concediendo algún tiempo más.

Ella no se separaba de su lado. Llevaba su labor al estudio, y allí, con la vista clavada en el lienzo, seguía paso á paso los movimientos de la mano del pintor.

Uno de los cuadros avanzaba. En él quería representar Federico una de aquellas vírgenes romanas que confesando su fé delante de los Emperadores paganos, eran condenadas á morir entre las garras de las fieras del circo.

El boceto estaba terminado. Al principio empezó el cuadro con cierto temor, tal vez con alguna desconfianza, pero á medida que las líneas iban adquiriendo forma y la silueta de la mártir se empezaba á destacar sobre el fondo blanuzco del lienzo, su imaginación de artista le impedía apartarse de allí, y allí pasaba casi todas las horas del día combinando colores, borrando, sin levantarse del asiento, y sin dedicar la más leve sonrisa á su gentil espectadora.

Ella se quejó dulcemente de aquel involuntario desvío. El la despidió con una excusa, y al verse ella herida en lo más recóndito de su alma, sintió que el agujón de los celos mordía su pecho y paulatinamente empezó á sentir vivir repulsión hacia aquella figura que siendo intangible y careciendo de vida,

le venía á robar las más dulces de sus caricias.

.....
.....

Federico se levantó con la aurora aquella mañana, un rayo ténue de luz traspasaba los cristales del estudio. En un ángulo de éste sostenía un caballete el cuadro terminado.

Su vanidad de artista le acercó á él. Quería ver el último efecto. Una exclamación de sorpresa y de rabia salió de sus labios. Burlándose de su trabajo, un pincel aleve había emborronado el rostro de la mártir.

Al mismo tiempo la puerta del estudio se abrió y su lívida mujer cayó ante él de rodillas implorándole perdón con una mueca risueña y amorosa...





EL BESO DE LA CONDESA



(Cuento.)

TERMINÓ la representación. Aún resonaban en las espaciosas bóvedas los últimos ruidos (perdóneseme la blasfemia musical) de una ópera de Wagner, cuando la Condesa, haciendo una mueca de disgusto, una mueca de niña mimada y fastidiosa, dejó caer sobre sus casi desnudas espaldas el abrigo de pieles y salió del palco con el aire indiferente y desdénoso de una reina destronada.

Pasó revista en su memoria á los salones donde el baile estaría en su apogeo; á las tertulias, donde la murmuración y el chismorreo aristocrático, rayarían á mayor altura, y no encontrando su espíritu inquieto, ávido de la novedad, atractivo en ninguno de ellos, determinó volverse á su casa y buscar en las blanduras del lecho, remedio eficaz á la jaqueca imper-

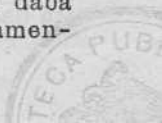
tinente que la asaltaba en todos los periodos de aburrimiento y de fastidio.

La diminuta berlina, tapizada de raso, la condujo hasta los mismos peldaños de la espaciosa escalera. La subió dando saltos menudos, de pajarita nerviosa, y cuando una vez arriba, se disponía á entrar en sus habitaciones, oyó la voz de la institutriz inglesa, que la llamaba con cierto misterio. El caso no era para menos; Pipí, la hija mayor de la Condesa, había venido del colegio con calentura. Tal vez algún descuido de las madres, una corriente de aire, al tenerlas al sol. Ahora la fiebre se había acentuado, la niña deliraba, sus mejillas estaban más vivas que el carmín...

La Condesa oyó aquella relación con cierto interés, con cierta impaciencia, pero su jaqueca iba en aumento, sus nervios bailoteaban dentro de su cuerpo y su mal humor estaba á punto de estallar. Se despojó de su abrigo, hizo sonar el timbre, y al lacayo, que acudió frotándose los ojos, adormilado aún, le dió orden de llamar al médico, al doctor de la casa.

Poco después descansaba en el lecho y soñaba..., soñaba con el figurín que la había presentado su modista y que había de lucir en los bailes del próximo Carnaval.

... Despertó sobresaltada. Su doncella la anunció que la niña seguía peor, que el doctor era de parecer que se celebrase consulta; en una palabra, que la daba pocas horas de vida. Se vistió rápidamente



te, y temblorosa, agitada aún por aquel despertar cruel, se dirigió á las habitaciones de la institutriz, que eran á la vez habitaciones de sus dos hijas. Allí, en una cama pequeña, de barrotes dorados y finísimos, se encontraba Pipí, la niña mayor, encendida la cara, con la respiración fatigosa. Abrazada á ella estaba Lulú, la niña menor, que lloraba, lloraba con desconsuelo amargo, con desgarrador sentimiento.

Aquella escena la conmovió. Era frívola, pero en el fondo era buena. Recorrió rápidamente su pasado, reconoció su falta, y arrepentida, con un arrepentimiento sincero, por lo mismo de ser espontáneo, se arrodilló ante aquel lecho diminuto, ante aquella camita de muñecas, y dió á su hija moribunda, un beso sonoro, fuerte; pero que llevaba encerrado en sus pliegues un millón de caricias y ternezas; beso que pedía perdón humillada y arrepentida.

.....
Murió la niña. La Condesa vive retirada. Sus rezos y la educación de su hija menor, de su pequeña Lulú, son sus dos únicas ocupaciones.

El gran mundo comentó su retirada, y hoy, cuando allá, de tarde en tarde, suena su nombre en algún salón aristocrático, no falta algún pollo mordaz ó alguna jamona desabrida, que diga, refiriéndose á su vida actual, á su vida presente: ¡«Está hecha una insociable!»



Sonatas de Primavera

La vuelta del rebaño

... **E**L pastor lanza un silbido agudo y penetrante que hace saltar los perros que dormitan sobre el mullido de las matas de los surcos.

Y los perros acorralan á las ovejas y las invitan á formar, á unirse para emprender pasito á pasito el camino del pueblo, de la tenada, del abrigo confortable y caliente.

El pastor se coloca delante del rebaño, detrás del pastor ocupa su puesto el guía, el carnero veterano que mueve gallardo y animoso el cencerro de metal que con él orienta á todo el hato, y detrás del guía, sigue el rebaño, graves las ovejas, saltarines los corderos, balando quejumbrosos jóvenes y viejos, machos y hembras.

La luz del crepúsculo vespertino dá á los campos una tonalidad más llena, más

cargada. El verde alegre y ligero del mediodía se ha convertido en un verde de esmeralda mate oscuro, á lo lejos el canto monótono de una codorniz prematura interrumpe el silencio aquel que acompaña solemnemente á la agonía de la tarde, la lucha aquella que entablan en el confín del horizonte la luz que se marcha con las sombras que vienen.

Sobre las techumbres pajizas y terrosas de las casas del pueblo humean los chupones, las chimeneas de arcilla. Y el rebaño avanza escoltado por los perros que ventean por el camino algún rastro de carne.

Las tenadas se abren de par en par para recibir el rebaño.

Los corderillos que pasaron el día en lóbrego encierro, al sentir á sus madres, se agolpan junto á la puerta, pateándola con furia.

El pastor les abre y aquel rebaño minúsculo, blanco, lechoso, espoleado por el hambre se lanza en busca de la ubre que le sacie con creces.

La confusión es horrible. El instinto maternal se manifiesta espléndido y vigoroso.

Esta oveja rechaza á un mamoncillo que con avidez se ha colgado de su ubre que revienta de jugo. Ha presentido que aquel hijo no es suyo, que el corderillo aquel pertenece á otra madre. Y cuando le vá á despachar, y pugna por desasirse de aquella boca que la oprime y la daña, la madre verdadera que ha buscado

á su recental se acerca á él y poniéndose á su lado le llama con balido amoroso.

Y el silencio reina pronto. Cada hijo ha encontrado su madre, cada corderillo á su oveja, y unos echados y otros de pie sacian su hambre con aquella leche blanca y caliente que desciende vivificante de la ubre plétórica de las madres.

Y juntos madres é hijos, muy pegados estos á aquellas, se tumban á dormir sobre la paja caliente, mientras el viejo mastin pasea delante de la puerta como guardián animoso que está poseído de su papel y sabe la estrecha responsabilidad que lleva aneja á su cargo.

EN LA ESPADAÑA

BENITÍN, aquel arrapiezo indomable y holgazán, no vá á la escuela. Y mientras los demás rapaces del pueblo ponen á prueba la paciencia del Mentor rural, destrozando silabarios, emborronando planas y pintando jabeques á los bancos con la acerada punta del cortaplumas, Benitín, con los calzones á medio caer y la culera abierta de par en par, se planta delante de la torre y sin quitar ojo á su espadaña esbelta y sutil, espera, espera...

Pero lo que espera ni vino ayer, ni viene hoy, ni vendrá mañana. Vendrá sin avisar, un día azul diáfano, trasparente. Vendrá—hacia las doce, hacia esa hora plácida y solemne en que tañe la campana y el puchero campesino se posa, sabroso y humeante, sobre el escaño de nogal pulido y acepillado. Y vendrá seguida del macho, culebreando en los aires, describiendo círculos rápidos, abriendo las alas en las que borda el sol reflejos irisados...

Benitín pega un respingo nervioso é involuntario, se echa las manos á los calzones y echa á correr por las calles de la aldea.

—¡Madre, la cigüeña!—¡Tío Vicente, tío Nicolás, tía Ana María, que acaban de llegar los cigüeños!

Sobre la espadaña de la torre está el nido y sobre el nido de la torre se yerguen altivas y lucráticas las aves del verano. Su silueta airosa y gentil se destaca sobre el fondo azul y bruñido de un cielo primaveral. Mueven sus picos arreglando los desperfectos del nido aquel que sufrió á la intemperie las inclemencias del invierno y parece que sus ojos menudos y saltones exploran el horizonte, reconociendo aquella vega, las márgenes del río, el nacimiento de aquel regato silencioso donde apagaron su sed en los calores del estiaje.

La plaza de la Iglesia se ha llenado de gente, las dulzuras del yantar se han interrumpido ante la gravedad de la no-

ticia y el tío Vicente, el tío Antonio y todos los vecinos, capitaneados por Benitín, han ido á dar su bien venida cariñosa á los huéspedes recién llegados. Hasta el Párroco mismo, cubierto con el balandrán, ha descendido á la plaza.

Y Benitín, orgulloso, como el *muezin* que anunció desde el alminar más alto el clarear del día, dice á voces á los vecinos que le rodean:—

—Este año no vinieron por el valle como el año pasao, vinieron de acullá, de la cimera del monte La hembra venía delante volando de prisa, muy de prisa. El macho sin duda tenía hambre y se posaba en el suelo para picotear los gusanos...

Y el concurso escucha arrobado la voz de aquel mentiroso que sólo había visto á las cigüeñas cuando estaban posadas ya graves y lucráticas sobre la espadaña de la torre.





NOTAS DE VERANO

Joyas que se van

... EN la mesa del trabajo de la redacción blanquean unas hojas fotográficas. Son unas *vistas* de un palacio, son el recuerdo de una mansión señorial que va á desprenderse de sus columnas hermosas, de sus alicatados artísticos, de sus nichos severos y hechos á cincel, que irán á servir de *recebo* al piso de una carretera, para que por encima de su faja blanca y polvorienta circule, pisoteándola, la civilización que marcha, la vida que no se extingue y pasa rumorosa.

Esas fotografías son reproducciones del palacio de los marqueses de Prado, de Bedmar y Escalona.

Allá, en un rincón de la montaña leonesa, en un remanso de los montes de Riaño, hay un valle pintoresco, el valle de Valdetuéjar. Montes cuajados de jara y arbustos le circundan, un riachuelo sonoro y cristalino le fertiliza y baña y un cielo azul, como cielo leonés, cubre aquella decoración de paisaje suizo, suave y verdoso, con tintes finos y delicados.

Allí levantó sus paredes artísticas y hermosas el palacio de los marqueses, gentes ricas en un día, gentes no tan ricas hoy, que allí vivían y morían, en los pasados tiempos; viviendo al lado de sus reyes, sirviendo á su patria, muriendo en la fe de sus mayores, dejando dormir sus cuerpos en el panteón de la casa, en el que se levantaron erguidas y nobles las estatuas orantes de los nobles que iban desapareciendo del escenario de la vida.

El retablo de su iglesia ostentaba las finas carnosidades del arte flamenco, pendían de los muros armas y tapices y el mismo rey—de quien eran parientes los marqueses—dió á su blasón un León rampante, símbolo de la grandeza de aquella mansión, del poderío y fortaleza de sus ricos señores.

Más pasaron aquellos tiempos de gloria. La Corte severa de los reyes de hierro fué admitiendo en su seno instituciones exóticas. Y los reyes sucesores se rodearon de cortesanos y la nueva y flamante etiqueta exigió acompañamientos vistosos y llamativos, y los grandes de España, criados ya en la ociosidad de unos tiempos de paz é inactivos, abandonaron sus mansiones solariegas, abandonaron á sus vasallos y *pecheros* y allá se fueron á la Corte á entablar pugilatos lujosos con otros grandes que servían de cortejo á los reyes, derramando en saraos y fiestas los tesoros de sus tierras de labor regadas con el sudor del villano.

Y el palacio de Renedo perdió con sus

dueños el poderío y esplendor de épocas mejores, y el tiempo y el abandono empezó su labor destructora y hoy cayó una cornisa, mañana la filigrana de un capitel y poco á poco se fueron hundiendo las paredes de su capilla y salones. Solo el León rampante quedó firme en el blasón, sin rendirse, sin entregarse, sin abatir su indomable cabeza.

Y el palacio pasó á otras manos que no pueden restaurar sus paredes ni levantar sus torres. Y caerá el palacio como se derrumba San Pedro de Eslonza, como sucumbe Sandoval, como se van cayendo todas nuestras joyas leonesas.

Y las hojas fotográficas que blanquean sobre nuestra mesa de labor, serán un recuerdo inapreciable para la mayoría de los mortales, pero recuerdo rico y precioso para el que ve en cada desaparición de esos testimonios de piedra, un desgarrón más que sufre nuestra historia pasada, nuestro glorioso poderío de ayer...



LA CASA DEL HIDALGO

Murió la nobleza, la genuina nobleza leonesa. Los palacios de aquellos grandes, los castillos de aquellos guerreros, que poblaron los valles, que se alzaron en los pueblos ostentando sobre sus portadas el

rojizo blasón donde estampó la heráldica las proezas de sus razas aventureras y briosas, se rindieron á su pesadumbre, sucumbieron á su abandono, inclinaron sus frentes heróicas ante el peso demoledor de los años que hoy arranca una teja y mañana derrumba un torreón, sin que la mano piadosa de sus dueños coloque otra piedra, rehaga ese muro, restaure esa torre, detenga el avance de la carcoma de los años que destruye hasta lo más firme, lo mejor cimentado, lo más indestructible.

Solo allá, en el tranquilo rincón de algún pueblo montañés ó de la ribera, queda en pié, con su traza peculiar, y su aspecto simpático, alguna casa hidalga.

Esta suele ser de dos pisos. Abajo el portalón ancho y oscuro, la vetusta cocina de los hombres de labor, con su trébede inmensa. Cerca de ella la *despensa* larga también y también oscura, con sus garfios enormes, como instrumentos de tormento, de donde penden los restos de la matanza, con sus tinas ventradas que contienen el aceite para los condimentos. Enfrente, la cuadra espaciosa, con pesebres alineados, con sus redes para la hierba, con el camastro del mozo de labor que cuida de las parejas de labranza. Arriba la sala tradicional adornada con mobiliario ancho y cumplido, con sillas cubiertas de rojizo damasco que el tiempo y el sol han ido descolorando, y en medio de ese salón el estrado, el antiguo sofá de honor donde se sentaba el Obispo cuando hacía la visita, donde recibía *el señor á*

sus amistades y deudos, en aquellos severos *besa manos* tradicionales que murieron ya para dejar paso á las visitas modernas, demócratas y desprovistas de cumplidos ampulosos. Y colgados en las paredes lienzos oscuros y apolillados, donde á fuerza de mirar y de desojarse, se ven las figuras de discretísimos caballeros y Obispos, aquéllos con su peluca, ancho corbatín y levitas descotadas, estos con sus vestiduras episcopales, pectorales refulgentes, y gruesos tratados de filosofía en sus manos finas y delicadas.

Pero la casa del hidalgo ya no es la preferida del pueblo, la más concurrida y la más respetada.

Enfrente de ella alza sus tres pisos de ladrillo chillón y rabioso, con miradores gigantescos, la casa de un industrial que muy pocos años antes paseó por el pueblo con una mula matalona pregonando su untosa mercancía. A ella van los notables del pueblo, en ella reciben la consignación para las elecciones, de allí parten los nombres de los que han de ocupar los primeros cargos locales.

Y mientras en la casa del hidalgo se caen á pedazos los cuarteles del rojizo blasón, y las vigas de los aleros, en la otra, en la del vecino nuevo y orondo, se congrega una legión de albañiles para levantar un nuevo piso que dé nuevas pruebas de su vitalidad, de su hegemonía, de su importancia en las sociedades modernas.

LA SALUDADORA

—¡Ay Jesús, qué desgracia!—Que se salve, Virgen del Camino! —¡Que dure siquiera hasta San Martín!—

Vosotros, que oís esas voces, pegáis un respingo involuntario. Algo grave debe de ocurrir en aquella casa. Mala debe de estar alguna persona, y raro es que en sus mismas narices pidan al cielo que sólo le conserve hasta el próximo San Martín.

La curiosidad puede más que vuestra exquisita prudencia y asomáis la cabeza á la puerta entreabierta ¡cierta es la desgracia! ¡Cierta es la enfermedad que causa tanta tristeza en el ánimo de aquellas personas!

En medio del corral veis un corrillo numeroso de gente femenina. Dentro de ese círculo apretado suponeis que debe estar el enfermo. La cabeza se os deshace pensando en la temeridad que es tener á un moribundo al aire libre, en un patio de labor, sombrío y mal ventilado.

Otro paso más y estais junto á la gente del corro. Los sollozos siguen, las lágrimas corren sueltas y abundosas. Os poneis de puntillas para ver el centro del cuadro y quedais en una sola pieza al ver tirado sobre el suelo un... —como lo diría yo—un ejemplar hermoso de los de la vista baja, magro, pletórico, exuberante, sonrosado.

La tranquilidad vuelve á vuestro corazón y la risa á vuestros labios. Pero guardaos muy bien de dejar traslucir esa satisfacción en el rostro ante aquella desgracia familiar, porque las comadres os arañarían los ojos por impásibles y descastados. El acto aquel es para estar muy compungido.

De repente las caras recobran su fisonomía natural, las lágrimas cesan y los ojos miran con alegría hacia la puerta. Por ella entra una viejuca arrugada y pequeña, pelos de bruja, con nariz corva como el pico de las aves rapaces. Es *la saludadora*, la última esperanza que viene á visitar al obeso agonizante. El corrillo se abre y la vieja se inclina ante aquel montón de carne sonrosada que respira con el ritmo de un fuelle de fragua, de locomotora cuesta arriba.

La ceremonia empieza y á fé que no puede ser más solemne y más curiosa al mismo tiempo.

La vieja saca del seno un pergamino viejo y arrugado y con el empieza á trazar sobre las orejas del enfermo signos misteriosos. Y al compás de esos signos va repitiendo, con cascada voz, este estribillo:

*Con este saludo mio
salud y vida te envío*

Al terminar la ceremonia recibe en sus manos unas monedas de cobre. Y, santi guándose con ellas, sale del corro y del corral para ir á casa del vecino de enfrente que tiene la vaca agonizando.

A la media hora sabeis que el personaje de la vista baja ha sucumbido á aquel mal que conmovió sus entrañas insondables.

Y el vecino que os da la noticia, os asegura muy serio que no podía menos de morir, por haber notado que la saludadora se olvidó de doblar las orejas al hacer los curativos saludos.

Y es que por lo visto, el estribillo de la vieja entró al animal por un oído y le salió por el otro sin dejar señales de su virtud y de su eficacia en el cuerpo del difunto.





Venganza Campesina



I

El Diputadillo aquel se la había hecho güena, pero güena. Después de recorrer con él todo el Ayuntamiento, de visitar uno por uno á todos los electores, de haberse tenido que levantar varias veces á media noche y bajar al corral, á la leñera, á buscar sarmientos para encender una fogata en la trébede adormecida y hacer en ella á Su Señoría un te para que los trozos de jamón y carnero estofado que engulló se disolvieran en su estómago sin graves y funestas consecuencias, ahora, después de tener el *aita* en el bolsillo, le encontraba en la plaza *del ganado* y volvía la cabeza al revés *pa* no toparse con él, con el tío Julián, con el que echó los bofes *pa* sacarle adelante. ¡El demonio del señoritaco! No por gastar *bimbín* y cuello

almidonado era astilla de otra madera, harina de otro costal, trigo de otro sembrado. Hijos de Dios eran *dambos* y á fe que el que se la hacía á él, se la había de pagar, aunque el mismísimo diablo se pusiera por medio.

Y tomando esta resolución tan importante el tío Julián, rumiando aquella ofensa tan grave, cogió las alforjas al hombro, bajó el arco del obispo y sacando la burra de la posada, montó en ella con aires de gran señor, y tomó el camino de su pueblo.

II

Dice el refrán que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Pasaron los años. En los papeles de la ciudad empezaron á sonar los nombres de los nuevos candidatos y los *muñidores* electorales salieron á recorrer los distritos derramando dulces promesas los más probos, y alegres y resonantes monedas de blanco metal los más frescos y despreocupados.

El Diputadillo aquel acudió al tío Julián como de costumbre. Este le recibió con los brazos abiertos, como si el tiempo que cura todos los odios, hubiera dejado caer su pesado cendal sobre la ofensa de marras.

Había en el pueblo un grupo temible, un grupo de electores exaltados que había jurado romper el mismísimo bautismo al candidato aquel por *mor* de un expe-

diente que, con justicia,—dicho sea en honor suyo—les había despachado en contra. El jefe de ese grupo tenía una pollina rebelde, tan rebelde como el amo, pollina tan avispada y tan relista por otro lado, que en cualquier punto de la tierra en que se la dejara, ella, pasito á pasito y como quien no quiere la cosa, iba á parar á casa del amo en línea recta y sin equivocarse de caminos.

El tío Julián—y volvamos al cuento—ofreció al candidato amigo todo su poder y toda su influencia. Se habló del recibimiento afectuoso que iba á tener en aquellos pueblos, de la ansiedad con que era esperado. Ni corto ni perezoso el candidato quiso conocer *de visu* la halagüeña situación de aquella parte del distrito, y pidió una cabalgadura que, cual nuevo Pegaso, llevara su respetable humanidad á las regiones de la victoria.

Y la cabalgadura llegó alegre y jactandosa. Albarda sin estrenar, cabezón flamante, ramal nuevecito y sobre la albarda la rica colcha de damasco oliendo á arca cerrada, á limpieza y aseo.

Montó el candidato en la burra, el tío Julián le advirtió que le llevaría *sin querer* al pueblo adicto, y en ese pueblo á la casa del elector agradecido, y allá partieron burra y ginete, los dos contentos y los dos alegres, la primera olfateando la casa del dueño, la cuadra caliente, el pesébre con heno. El segundo pensando en el ramo de las mozas, en los arcos de triunfo, en el alegre repiqueteo de cam-

panas que había de estallar cuando entrase en el pueblo.

III

Ni ramos, ni tamboril, ni arcos, le dieron la bienvenida. La burra llegó á su casa como una flecha. Salieron á esperarla los contrarios que en cónclave secreto se hallaban reunidos, y al ver sobre sus lomos la figura del enemigo que odiaban, quisieron vengar con sus garrotes el expediente aquel con que les dieron en los nudillos.

Al fin la buena prudencia se impuso y se limitaron á usar de la lengua solamente.

¡Y no fué poco lo que le dijeron!

Y mientras en la cocina de la 'casa le ponían verde, sometiéndole á enojoso interrogatorio, dirigiéndole cargos y pidiéndole cuentas, el tío Julián, en el escaño de la suya, se frotaba las manos de gusto al pensar que la ofensa que le hicieron en la ciudad la iba á cancelar en aquellos instantes la burra que había cogido en el pasto, y que pasito á pasito y sin consultar al ginete, metería á este en la mismísima boca del lobo.



POR LA BOCA MUERE EL PEZ

I

Guiando su pareja flacucha y hética llegó el tío Martinón á la plazuela de la Cárcel. Desunció las vacas, preparó las cobaderas, echó sobre los lomos de las reses unas mantas miserables, y se dispuso á visitar la taberna de enfrente para matar el gusanillo que le escarbajeaba y estaba pidiendo á voces la copa de aguardiente que calmase sus ansias y deseos.

Pero héte aquí que su vecina, la tía Juliana, se llega á él, llevando del ramal su burra matalona.

—Güenos días, tío Martinón— le dice cortesmente.

—Güenos días te dé Dios—le contestó el interpelado. Y á continuación repuso la tía que las posadas, estaban abarrotadas de gento, que la *perra* que llevaban por la burra, la iba á gastar mejor en un *chiflo pa* el nieto, y que por lo tanto le pedía permiso *pa* atarla á la llanta de una rueda, operación sencilla y económica que la ahorraba una molestia y cinco céntimos.

—Pero, bendita de Dios,—la objetó el tío Martinón, que conocía muy bien el terreno que pisaba—no sabes las mañas de la mi vaca roja que es encompatible con las bestias de tu clase, digo, de tu burra, y tira á sacudirlas en *cuantis* que las ve á

su lado? Y á fe que si te la acuerna me haces pagar la burra por el doble que vale.

—Paece mentira, Martinón,—replicó aquella—que me *acalumnies* de ese modo. Déjemela atar y aunque la roja la haga pedazos y me quede sin bestia, por estas cruces que no he de pedirte nada. Y la mujer hizo con las dos manos una cruz que besó respetuosamente.

Total: que el compadre se ablandó, la burra quedó atada á la rueda y que el hombre y la mujer, en grata campaña, fueron á la taberna á mojar su franca amistad en una copa sucia y desbocada de líquido corrosivo.

II

La roja no desmintió su tradición en aquella mañana. Miró á la burra con ojos recelosos, dejó que poco á poco fuera acercándose á probar el grano de la cebadera y cuando la tuvo á mano, metió la cabeza entre los pies y tirando un derrote, la dió un golpe tan fuerte en un costado, que la burra cayó redonda para volverse á levantar coja y maltrecha.

III

—La demandante puede alegar lo que tenga por conveniente--dijo el Juez municipal que entendía en el asunto.

Y la tía Juliana soltó la sin hueso afirmando descaradamente que el demanda-

do mandó atar la pollina al carro, que la cojera era incurable, que la burra aunque no tenía dientes los había perdido á fuerza de comer azúcar y era muy joven, todo para pedir cincuenta duros por aquello que los peritos habían tasado prudencialmente en... seis pesetas justas y cabales.

—Y el demandado, qué alega?—volvió á decir el Juez grave y adusto.

Y cuando la tía Juliana esperaba un mentís rotundo y expresivo, se halló con que el tío Martinón calló haciendo signos como el que no puede hablar y no puede defenderse por lo tanto.

Muchas veces intentó el Juez hacerle hablar y otras tantas encontró la misma callada por respuesta.

—¿Es mudo acaso?—preguntó la autoridad con extrañeza.

Y la tía Juliana, á quien aquél mutismo estaba comiendo viva, soltó la lengua, y condenándose á sí misma, contestó al Juez, disparada estas palabras:

—Qué ha de estar mudo, señor. Buena tenía la lengua cuando me dijo que no atara la pollina al carro, porque la vaca roja podía, á cornadas, concluir con ella...



Donde las dan...



I

El ojo más lince, la mirada más habil y repentista se hubieran estrellado antes de poder distinguir bajo aquel tocado estrambótico y antiestético, la gallarda y saleirosísima figura de Manolita Salcedo.

La cabeza menuda y artística, partida en dos *bandos* negrísimos y coquetones, desaparecía en aquel confuso revuelto de velos, gasas y encajes. Su talle de avispa se escondía entre los pliegues ligeramente encinturados, del guardapolvo de viaje y sus pies, calzados en el baile y en el paseo con botitas de tafilete delgado, gemían desahogadas en las botas de campo, recias, duras y mal curtidas.

Y allí estaba á la puerta de su hotel esperando á su señor marido que no tardaría en llegar en su *Panhard* de carrera.

Y el automóvil llegó anunciándose con la bocina, haciendo oír á larga distancia los resoplidos de su motor, dejando en pos de sí en las calles y plazas un tufillo especial agrio y mareante.

Subió Manolita y se colocó al lado de su esposo. El *chofér*—y permítasenos esa libertad de escritura—soltó los frenos, dió vuelta á la rueda, dejó obrar á la gasolina y el automóvil, dando un salto ner-

vioso, salió por la calle poniendo en grave dispersión á los chicos que le escoltaban.

II

La tía Juana se sintió también aquella tarde con aficiones *esportivas*. La cena estaba hecha, el grano recogido, el marido en el Concejo y como su hermana vivía en el pueblo cercano y podía murmurar un rato con ella, cogió la burra, aquel animal anciano que á juzgar por lo caído de las orejas y lo deslucido de su pelo, debió de tener amores con el mismísimo Rucio de Sancho. Y allá se fué también por la carretera, clavando un alfiler en la cruz de la caballería que se iba cayendo á pedazos, crugiendo sus huesos, tropezando sus patas á cada momento en los baches del camino.

III

Taf taf taf resonó muy lejos. *Taf taf taf* repitió el eco más cercano al extinguirse en el valle y antes que la tía Juana pudiera darse cuenta de lo que ocurría, sintió que un coche sin caballos se deslizaba por su lado muy de prisa. Pero no tan de prisa que no pudiera oír la chillona voz de Manolita que *pitorreándose* del paso tardo é inseguro de la borriquilla, dijo á la dueña con sonrisa maliciosa:

—¡Cómo se corre, abuela!

IV

Y lo que son las cosas de tejas abajo, de este pícaro mundo. Una tachuela, escapada de una bota campesina, cayó en el suelo punta arriba y en esa posición se sostuvo, y en esa posición estaba en el momento crítico de nuestro cuento.

Orgulloso y vencedor pasó el *artilugio*, mas el diantre del clavo se espetó en el neumático y éste que se desinfla, que pierde el aire, que busca precipitadamente el agujero para escapar presuroso y ¡pata-plum! la máquina que cojea, que se tuerce, que se para en seco

Manolita, en un arranque de malhumor, se despoja de su gabán, de su *jipi* enfundado, dejando ver nuevamente su figura salerosa y monísima. El señor y el mecánico tiran á un lado sus chaquetas y aprietan aquí un tornillo, allá un neumático, alzando la mole del coche para dejar en el aire la rueda averiada.

Y como la operación es larga y los minutos van pasando, la burra de la tía Juana se acerca, y ésta, que no es boba, ni se mama el dedo, ni deja pasar alusión ninguna, por embozada que venga, arrea la cabalgadura, pasa junto al grupo parado, y al deslizarse por su lado, imitando la voz chillona de Manolita Salcedo, la dijo en sus mismísimas narices:

—¡Cómo se corre, señorita!

Y la burra pasó adelante mientras que Manolita, desesperada por aquella parada forzosa, clavaba sus dientecillos de ratón en la suave carnosidad de sus labios rojizos y frescos como pedazos de granada.

LA HIJA DEL BOTICARIO

I

Vaya si era guapa la hija del boticario. Y como además de guapa era rica y como además de guapa y rica, tenía la fama de ser guardada y honesta, los novios acudían como moscas á la rebotica del padre y como en los cuentos fantásticos con princesas rubias venían de luengas tierras los mozos enamoriscados, no en briosos alazanes con gualdrapas de seda y damasco, sino en caballos del país, menudos, nerviosos y andarines, aparejados con sillas de cuero.

Pero ningún apuesto galán alcanzaba su mano, y lo inexplicable del caso y lo misterioso de la cosa, estába, no en que la joven les diese con la puerta en los hocicos, sino en todo lo contrario. Y lo contrario era que recibía sus homenajes, que el galán guapo y apuesto obtenía permiso para cortejarla, pero cuando la cosa se iba á formalizar, cuando las relaciones iban á adquirir el carácter serio y formal de boda á la vista, de la noche á la mañana el novio se daba media vuelta, se iba por donde había venido, sin explicar el apartamiento y sin que el amigo más íntimo pudiera obtener de él la explicación del enigma. Y ahí están, para no

mentir, Juan el hijo del mayorazgo, Pedro el hijo del alcalde, Pepito González el hijo del cacique del Ayuntamiento. Todos desfilaron por la casa del boticario, todos ellos llegaron á obtener la benevolencia de la joven guapa, honesta y recatada, pero ninguno se llegó á casar con ella sin saberse el motivo y sin poderse averiguar la clase de aquel oculto misterio.

Y en este corrillo se atribuía á caprichos de la novia, y en el otro á devaneos con un primo suyo que vivía en la ciudad, y en el de más allá á tener hecho un voto la hija por la salud del padre fuertemente atacada por un cólico de caracoles que sufrió por abusar de este manjar picante con que terminaban siempre los tresillos de la rebotica.

II

La noticia cayó como una bomba. La dama desdeñosa, la esfinge de piedra—según frase que se tenía por muy feliz, del médico del partido, uno de los pretendientes desdeñados—iba á casarse. Y el novio no era ningún ricachón del contorno, ningún Narciso rural, ningún hijo de los personajes que mangoneaban en la villa y su término.

Se casaba con Felipe el labrador, el mozo guapo y honrado, es verdad, pero con el rostro curtido por el sol, con las manazas callosas, estropeadas por el trabajo, mozo que gastaba blusa en lugar de



americana ceñida, que jamás arrolló en su garganta el incómodo corbatín de colores chillones y vivos, que era el mejor aditamento de la gente joven y señoril en los bailes de las romerías.

Y la boda se celebró con toda solemnidad, no á cencerros tapados, como suponían los chismosos de la villa, sino con música, cohetes y carne en abundancia. Y pasmaron las cabilosas comadres cuando, bella y radiante y amorosa, dió la novia su mano á un galán que se casaba— ¡oh pecado imperdonable!—sin chistera ni levita, con humilde terno negro.

III

Y el misterio se aclaró y los pretendientes pasados, quedaron corridos al saber que era pública y notoria su conducta poco noble.

La hija del boticario no era coqueta ni desdeñosa. Quería un corazón que fuera hacia el suyo impulsado por el amor, sin esperanza alguna en la herencia futura.

Y al presentar á los novios galanes un documento sencillo en el que renunciaba á favor de los pobres de la villa sus bienes cuantiosos, el invitado á firmar, discretamente se retiraba por el foro, y solo Felipe, Felipe el labrador, el más pobre y sincero, tuvo, al leer el papel, el arranque de nobleza y de amor que condensó en estas palabras:

—¿Quiéres que renuncie también á todo lo mío?

BENDICION DE DIOS

I

El caso se reproducía cada dos años con exactitud pasmosa.

La mujer de Juan el Vizco—el expañadero del pueblo—se sentía repentinamente enferma, acudía á la casa la vecina más cercana y entraba en la vida diminuto y sonrosado un nuevo vástago, niño unas veces, niña otras muchas, pero siempre despierto y viable y con un apetito digno de cualquier Heliogábalo en potencia.

El pobre Juan, noble y honrado, acogió con franca alegría á los primeros, con agrado á los siguientes, con resignación á los últimos. Y al estrechar entre sus manazas curtidas aquellos puñadillos de carne viva y apretada, miraba hacia el cielo y desde el fondo de su corazón, decía al Dios en que ciego creía:

—¡Señor, que cuesta mucho trabajo ganar el pan para estos crios!

Su mujer, su buena mujer era la que en el día de nuestro cuento le consolaba cariñosamente —Mira, Juan, que hasta ahora no puedes quejarte de tu suerte. Cuando nació el primero te tocó la lotería; cuando nació Pepín ganaste un buen puñado de pesetas con la contrata de la

tropa, y cuando vinieron á la vida los restantes siempre te mandó Dios algún *extraordinario* para equipararles decorosamente.—

—Sí—respondió Juan melancólicamente,—es verdad lo que dices, pero ya ves tú que éste ha nacido y hasta ahora no hemos visto que traiga un pan debajo del brazo, como dicen los que suelen estar de la parte de fuera.

—No desconfies, Juan, que aún no es tarde—agregó la pobre convaleciente esperanzada.

Y Juan, que como creyente tenía fé y esperaba, se convenció del argumento y salió á trabajar al huerto de la casa para sacar unas coles y venderlas en el mercado. Con el producto de las berzas, lozanas y crecidas, compraría el faldón para su recién nacido.

Y al verle ya con los ojos de la imaginación que siempre galopa, vestido de blanco, con la carita hundida en el gorro vistoso y pintoresco, sonrió alegre y dijo muy alto empuñando el azadón que cayó sobre la parcela de tierra húmeda y esponjosa.

—¡Caray! También dan buenos ratos estos hijos!

II

El bautizo fué un verdadero acontecimiento. Su madrina, la madre de Juan, quiso hacer una sonada. Compró en la confitería las peladillas más duras y coloradas, puso en la cabeza del chiquitín un

ramo matador, pero efectista, echó por delante á la comadre, vestida con sus trapitos de merino y allá se fueron camino de la iglesia, seguidos por la turba de arrapiezos que atronaban las calles con la canción tradicional aquella de

*Padrino roñoso
echa mano al bolso.*

Agua vino...

y los puntos suspensivos á fe que son en esta ocasión, muy oportunos.

III

La francachela, el *lunch*, como ahora se dice, no fué menos acabada. Se comió y se bebió en abundancia, metieron los chicos sus dedos en los platos de compota, llevándoles instantáneamente á la boca, dejando chorrear el almíbar dulce y pesado por el delantero de sus trajes dominigueros y cuando la fiesta se iba á acabar, y cada mochuelo iba á trasladarse á su olivo, el sacristán de la parroquia entró en la sala y puso en manos de Juan dos panecillos de *á ocho* y una carta firmada por el párroco.

La carta no podía ser ni más lacónica ni más expresiva:

«Un vecino, bajo secreto de confesión, me encarga le restituya dos hogazas que le llevó de más en no sé cuál fecha».

Y Juan, que no esperaba el envío, cogió los panes, les colocó encima de la mesa y dando un beso muy apretado al chiquitín, le dijo cariñosamente:

—Dí, mamonzón, ¿cómo no has entregado ese pan á tu *llegada* y me has hecho desesperar en la misericordia de Dios?



EN EL HIPODROMO

(*MONÓLOGO*)

¡Gracias á Dios que empezaron las carreras!

Mi amiga la vizcondesa de Sotohermoso me invitó á venir esta tarde. ¡Cuánto se lo agradezco! Mamá me quería llevar con ella á visitar una familia pobre. Yo no quise. ¡Cómo iba á querer! Si veo una cara triste ya he perdido el humor para todo el día. Y, además, hoy es un día de primavera hermosísimo. ¡Cuánta luz, cuánta animación! (*pausa*) . . .

Allí veo á Monteleón y á Fernandito. ¡Qué tipos más interesantes y más... repulsivos! El segundo dicen que es muy listo. Ya lo creo, como que los discursos que papá pronuncia en el Congreso siempre pasan por su mano. ¡Si no fuera tan

petulante!.... Allí está Pérez hablando con la de Bermúdez. Ella con la misma cara de siempre. Parece que nació asustada y que aun no se ha repuesto del susto.

... ¿Quién es aquél del gabán claro?

¡Ah! ya le veo... el marquesito que está mirando á Juanita Rosales. ¡Ya estará contenta su tía! Dijo una vez, que su sobrina había nacido para marquesa. Y parece ser que lo ha conseguido. (*pausa*).

¿Qué muchacho es aquel que mira hacia aquí con tanto interés? Esta sombrilla que tengo delante me impide observarle atentamente... ¡Ay! que risa... ¡si es un *isidro*! Si, un *isidro* legítimo de Alcorcón ó Torrelodones. ¿Si seré yo el objeto de sus miradas? Pues tendría gracia. ¡Qué atrevimiento! ¡Calla! y no es feo.... Ahora le veo bien.

Ya no me parece tan *grotesco* como al principio. Y debe ser rico. ¡Qué brillantes! ¡Qué cadena! ¡Se ha debido traer todas las alhajas del pueblo! (*pausa*)

Aquí viene Joaquín, mi adorador sempiterno. Hoy me parece más feo. Vendrá á darme cuenta de que ha sido nombrado embajador en Constantinopla.

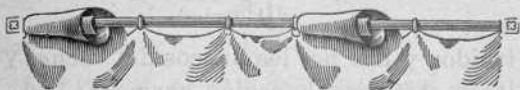
¡Que le haga buen provecho!

Mi papá me le ha recomendado muchas veces. Debe ser el candidato *oficial* á mi

mano. Le daré mi mano... de amiga. (*pau-
sa*) El muchacho me sigue mirando. Aho-
ra se ha puesto encima de una silla para
verme mejor. ¡Cada vez me es más sim-
pático!... Ya marchó Joaquín. ¡Ni aunque
se lo hubiese leído! Llegar y darme cuen-
ta de su nombramiento, fué todo uno. Ya
me iba aburriendo.

Estos de Madrid me cansan. ¡Vivir en
la aldea!. . (*pausa*) ¡Pero qué terco de chi-
co! No deja de mirar para aquí. ¿Y si se
entera la vizcondesa? Pues ya tiene mo-
tivo para decir unos chistes... (*pausa*)
Debe ser muy tranquila la vida de la
aldea. El aire es más puro. El cielo es más
azul. El campo es más bonito.... Nada.
Voy á dirigirle los gemelos. (*pausa*) ¿Y
si se aventura?... En el momento que se
aventure, aunque lleve un disgusto papá,
devuelvo las credenciales.... al embajador.





COVADONGA

Jornada 1.^a: De León á Oviedo

De León á Oviedo en un mixto es lo mismo que ir al Ecuador en un patache de un solo palo y una sola vela.

La locomotora jadeante y fatigosa va subiendo aquellas trincheras, que se alzan á un lado y otro del camino y viene La Robla y después La Pola y después Villamanín y después Busdongo, la primera, La Robla, con su tejería mecánica, la segunda recostada coquetonamente en la falda de una colina, con sus casas blancas, con su iglesia blanca, limpia, agradable y risueña. En Villamanín rinden los viajeros honesto culto á las veraneantes guapísimas que salen á ver á los del tren como se sale á ver el desfile de unas jaulas con fieras, y en Busdongo se cierran las ventanillas para disponerse á pasar la *Perruca* y evitar las caricias del gris que se cuele

traidor y frío por los huecos del coche. Y llega Asturias, la región hermosa, la legendaria tierra cuna de la reconquista española, la de los hijos con montera y *palo pintu*, la región que dá su nombre al sucesor inmediato de la corona. Y llegan Malvedo con sus minas, Pajares con su estación colgada sobre aquel precipicio que se disfraza traidoramente con el verde de su suelo aterciopelado. Un tísico saluda al tren con la tristeza en los ojos. El tren le trae un recuerdo y le lleva una esperanza. Le trae el recuerdo de los suyos, de su madre, de su mujer, de sus hijos que sin duda juegan y corren en otro lugar apartado del contagio, robados á su cariño. Y le lleva una esperanza, la esperanza de devolverle á su hogar sano y restablecido, ágil y fuerte. Y el tísico se queda allá, en un recodo de la vía.

Pasa Mieres con aquellos regueros de hierro encendido que recorren el espacio de la fábrica, se queda atrás Las Segadas, con sus hoteles ocultos en la umbría, y el tren, después de una caminata de siete horas y pico (este pico suele ser de una hora), se detiene en Oviedo, la corte de los reyes asturianos, la que tiene en su seno las reliquias más reverendas de España. La torre de la Catedral airosa y elegante os saluda desde lejos.

Contestais al saludo y os colais en el tranvía.

El *ripert* de Graciano es un modelo de comodidad al lado de los tranvías ovetenses. ...



Jornada 2.^a: De Oviedo á Arriondas

En Oviedo, y en una estación hermana gemela de las del Metropolitano de París, os zambullís en un vagón diminuto, acolchado, confortable que no se parece en nada á los sucios y mugrientos del Ferrocarril del Norte. Una locomotora chiquitina y casi de juguete se pone á la cabeza del convoy y el mismo revisor (en esta línea los jefes no *tocan pito* alguno) da la señal y el tren se empieza á escurrir por las suavidades del terreno.

¡El paisaje asturiano!

Se habla de la monotonía del suelo castellano, de esa aridez interminable, de aquellas landas calcinadas por un sol de fuego que luce espléndido y constante, pero es lo cierto que si la monotonía existe allí, también existe en estos paisajes verdes; interminables, en estas pomaradas que se suceden á lo largo de la vía, cargados los árboles de fruto, tapizado el

suelo de helechos, sin el sol que les dé calor, sin esa luz que arranque de las venas de las hojas, y de las corolas de las flores que parecen muertas, irisaciones brillantes, ricas en color y en vida.

A los maizales especie de ejércitos de pigmeos que inclinan ante la brisa los plumeros rejizos de sus morriones, suceden otros maizales. A los ríos que serpentean entre la fronda, suceden otros ríos que van lamiendo las faldas de las montañas cubiertas de verde.

A los castaños que sombrean los caminos, suceden las encinas, los hayedos, los álamos y tamarindos que ensombren más y más el paisaje. Y allá de cuando en cuando, las quintas de los indianos, hechas con ladrillos muy rojos, chillones, con pujos de castillos, con cubos y baluartes, cursis, llamativas y fastuosas como sus dueños y dueñas.

Las casas parecen enemigos irreconciliables. Aquí una, á los cien pasos otra, á los otros cien otra, distantes, enemigas sin darse la mano á la pared que las una y estreche. Y dominándolas á todas la iglesia asturiana, mitad templo y mitad fuerte, con su patio que parece una almena, con barandilla denteada, con cubos de piedra oscurecida por la acción continua del agua y de los vientos.

Y se llega á las Arriendas, que es donde termina la segunda jornada, y os levantais del asiento vacilantes y mareados.

La borrachera del color verde que llevais metido en la cabeza, os hace tambalear como la borrachera de vino.



Jornada 3.ª: En el Santuario

En Monserrat se vá subiendo, se sabe que el ferrocarril de cremallera vá ascendiendo á la montaña y os ha de llevar á su cima. En Covadonga no sucede eso. El tranvía de Arriendas al «Repelao» no es funicular, ni de cremallera, ni sube por ningún plano inclinado. Suave y á buena marcha atraviesa vegas deliciosas, campos lisos y verdes que forman la decoración eterna del suelo asturiano. Y cuando el tranvía se detiene en «Repelao», campo donde diz la leyenda que fué alzado sobre el pavés el primer rey asturiano; el primer monarca español, el godo Pelayo, el corazón os dá un vuelco, vuelco que lleva á los labios frases de admiración, palabras de sorpresa y respeto. Arriba sobre una montaña pequeña alza sus torres góticas y airosas el templo del Cabildo, la Colegiata. Y detrás de él se alza otra montaña

y detrás otra formando una gradación de picos y cumbres variada, hermosa, inco-
piable.

Y el peregrino sube lleno de fe la
carretera curva y estrecha y se encuentra
de repente dominado y empequeñecido al
lado de un peñón tajado, cortado á pico,
en cuya mitad y en una concavidad rela-
tivamente pequeña se alza el altar de la
Virgen vencedora.

*
* *

Mirándolo con atención se comprende
toda la magnitud de aquella rota agarena.

Las montañas rodean aquel valle en
donde las huestes musulmanas quedaron
destrozadas y dispersas por un puñado de
valientes que alentados por la milagrosa
aparición hicieron frente á miles de sol-
dados

Hoy no queda un solo vestigio de aquel
hecho. Arriba la imagen de la Virgen ex-
puesta á la veneración de los romeros.

Abajo el arroyo murmurador de aguas
cristalinas hoy, y de aguas rojizas y san-
grientas en aquel ayer glorioso é imbo-
rrable.

*
* *

Ante la Virgen *chiquitina y galana* que, como dice el cantar asturiano, se venera en el altar, los labios murmuran una plegaria sincera. Ante el sepulcro de Pelayo cubierto de tarjetas, la mano se posa queriendo descubrir el calor de la vida, en aquellos restos, muertos y fríos. Y ante la magnitud de aquél panorama espléndido y rico, de aquel peñón que esconde su frente en las nubes, el corazón late movido por un impulso patriótico que él golpea imperiosamente.

Sobre aquel peñón no solo triunfó Pelayo.

Sobre aquél peñón nació España, la buena, la noble, la querida España.





SILUETAS DE CALDAS DE OVIEDO

EL APRENSIVO

Su cara es lánguida, sus ojos tristes, su cuerpo larguirucho y desmadejado, extremo que encontraréis muy natural si tenéis en cuenta que el aprensivo viene á este balneario después de haberse bebido 200 vasos de agua en Cestona, después de haber tomado nueve inhalaciones en Ledesma y ocho baños en Arnedillo. Y el pobre viene aquí á tomar lo último que le falta: una docenita de chorros.

Vedle la maleta, parece una prendería. El gorro con su borlita coquetona para la cabeza, la toalla de felpa para la inhalación, la bata acolchada para la salida del baño, algodón hidrófilo para taponar los oídos y narices y cepillos en abundancia para fricciónarse, para que los poros se distiendan, se abran y aspiren con libertad y fuerza los vapores salutíferos de las aguas.

El aprensivo es un ser triste, huraño, pero no metido en sí mismo. Habla mucho, mucho, pero es para contar las tor-

turas de su cuerpo, los sinsabores de su calvario.

—En Ledesma creí morirme, señores; á los nueve días me tuvieron que sacar de la cama inhalatoria en una silla de manos. En Arnedillo el sudor fué tan grande y copioso, que calé los colchones de la cama, pero los ahogos me han pasado, los dolores pungitivos del reuma han desaparecido y aquellos amagos de parálisis, de congestión, han quedado en las aguas de aquel balneario. Con estos chorritos me acabo de arreglar, y á casa, á pasar un buen invierno.

Lo malo es que el aprensivo es víctima de las bromas de todos los bañistas.

Se constipó en el salón el otro día, y un joven que estaba sentado al lado de él, le dijo rápidamente:

—Ay, amigo, eso va muy mal, es necesario que esos constipados sean combatidos muy pronto.

El hombre alargó más la cara, torció el gesto y le replicó ceñudamente:

—¿Y á qué balneario debo de ir?

El joven no le dejó terminar:

—A donde fué el Padre Padilla.

Y nuestro hombre, cuando encuentra en los pasillos á algún bañista, le pone la mano sobre el hombro y le pregunta cariñosamente:

—Perdone usted una pregunta. ¿Sabe á qué balneario fué el P. Padilla?

Justo es decir que nadie, hasta la fecha, ha tenido la desvergüenza de contestarle.

EL CHISTOSO



Un balneario es una cosa aburrida y sosa, una reunión de personas á quien la enfermedad ó el estar lejos de los suyos, de sus libros, de sus papeles, de su mostrador, entristece las caras, frunce los ceños y da al balneario un tinte de prisión provisional donde el tedio y el mal-estar espiritual cierra los labios y se lleva las sonrisas.

Pero en todos estos establecimientos hidroterápicos hay una persona alegre, chistosa, dicharachera, una especie de pandereta andaluza que hace chocar sus discos y sonajas en medio de una funeraria ó de un cementerio de vivos (si las dos palabras son casables).

El chistoso suele ser casado, suele ser un sugeto que pasa el año entero amarrado á su labor y al despotismo de su mujer, y en cuanto llega esta época el hombre se pone en combinación con su médico y éste le manda á unos baños á los que va no para tomarlos, si no para vivir quince días libre y feliz, contento y dichoso.

El chistoso, á la media hora de llegar, ya es amigo de todo el mundo, llevándose tras sí al día siguiente una larga cola de admiradores que le van siguiendo por distracción, para reirse alguna vez, para romper la marcha de su vida anterior fúnebre y monótona.

—¡Buen jamón para la comida de hoy!— dice el chistoso al ver una señora brasileña que pasea por la galería sus carnes estrepitosas.

Y le ríen el chiste como si fuera de lo más nuevo, de lo más ático, de lo más original.

Por las noches en el salón hace el gato y el perro, se mete debajo de los divanes y araña á las señoras en las canillas haciéndolas reír furiosamente. Y hace el amor á todas las señoritas chupadas, éticas y cursis que vienen al balneario en busca de algo plástico que las haga pasaderas.

Una mañana, una señora grave y formal aparece en el salón al lado del bañista alegre. Es su mujer que, extrañada de la rebeldía de la enfermedad de su esposo, viene á cerciorarse *de visu* de si la enfermedad es ó no incurable. El gracioso con su don de imitar, imita perfectamente al reumático incurable y se queja y llora y se lleva las manos á las articulaciones de los pies donde asegura tiene metido aquel reuma tan perro.

La buena de su mujer marcha convencida de que su esposo necesita más chorros y baños.

Y el alegre, una vez que se convence de que el coche ya va lejos, tira la cachaba que le servía ya de apoyo, y en medio del salón empieza á gritar desaforadamente:

—Señores no ha sido nada.

¡Viva la libertad!

LOS CASTELLANOS



Aquí hay una colonia nutrida de paisanos nuestros, de hombres morenos y musculosos, de calzón corto y anguarina, que vienen á curar *la reuma* en estas aguas milagrosas.

Los pobres castellanos andan juntos paseando su tedio campesino hablando sin cesar de nuestra tierra, de nuestro sol espléndido y brillante, de las parvas repletas de grano que se levantan en las eras como montañas microscópicas y gigantes.

Esta exuberancia de la flora asturiana les desconcierta por completo. Los copudos castaños, las hayas gigantescas, las encinas seculares que van desde el valle al monte para formar allí un bosque intrincado y cesposo, les causa miedo, les atemoriza.

Sienten el horror á lo espeso, á lo nutrido, á lo gigante, á todo lo que corta la visual larga y magnífica en los páramos leoneses, corta y borrosa en estos valles astúricos.

Y cuando la noche llega y las mozas de la aldea *brancas* como la leche de las *vagues*, salen á bailar la danza celta por excelencia, la danza prima, los leoneses y castellanos sonrían ante los bellos romances que van desgranando aquellas voces

bien timbradas y sienten que aquella tonada de suavísimas cadencias hiere las fibras de su corazón, dejando en ellos una levadura melancólica que les hace más simpático el país, más amables sus paisajes sombríos y majestuosos.



A pesar de los pocos años que contaba Granizo, su nombre como literato y como periodista era conocido y respetado. Los periódicos y revistas católicas le dedicaron notas necrológicas sentidas, y como prueba insertamos algunas de las necrologías publicadas á raíz de su temprana muerte.



El Poeta Muerto

Los redactores de *Diario de León* me invitan á que escriba algo que pueda redundar en cariñoso obsequio á la memoria de mi amigo Isaac Granizo.

Con ello se me han anticipado; yo pensaba pedirles por favor un hueco en el periódico para que hable algo la pluma de lo que abunda el corazón.

Yo no sé hacer artículos necrológicos, mi pobre musa es festiva; después de Dios amo á la vida con el alma entera y esto de morir es cosa que en vano se empeña en explicar la inteligencia al sentimiento: pero ¿quién no sabe decir cuatro palabras todo sinceridad, todo nobleza, todo leal y honrada expresión de una elegía que brota caudalosa y limpia al mágico contacto de un dolor?

Escribo estas cuartillas en la casa de Isaac, á dos pasos de un féretro que, entre paños negros y trémulos resplandores, guarda un cadáver en cuyo gesto puso la muerte una grandeza abrumadora, una

seriedad y una tristeza que son una llamada á lo más grande y serio y triste que encierra, como un ataúd, el alma humana.

Por primera vez he visto seria la cara de aquel hombre que con reír alegre, con juguetón espíritu de un picaresco españolismo castizo vió siempre pasar la vida dedicando una frase de ingenio sutil á cada rasgo de sátira inocente, y cristalizando en una estrofa rimeña y donairosa todas las gracias que pasaban por su puerta.

Por última vez he visto grave y severo aquel rostro de ojos maliciosos que dejaban asomar un temperamento al parecer nacido para regocijar á los demás.

Antes que todo era Granizo un hombre de genio humorista y aplicaba á las cosas su criterio luminoso, soleado, cálido, como si para él un hada misteriosa y leve, hubiera tendido ante sus ojos un cendal que no le dejara ver, con piadosa cautela, este honor del morir, este resplandor tembloroso de unos cirios que envían sus reflejos á unos paños negros y á un ataúd que dá pavora.

En estos casos todos recuerdan detalles de la vida que acabó, y con esmero afectuoso todos queríamos ver en cierto modo testamentarios para cumplir no ya la voluntad del que murió sino aún para hacer en todo lo que el muerto haría si nos viera y nos hablara.

Y hé aquí que, aunque parezca impío, lo que haría Isaac sería rezar un Padre nuestro por su alma y entre lágrima y

lágrima recordar sus chistes agudos, recordar escenas de color, y... volver á abrazarse con la vida, dejando correr por el cauce de una alegría cristiana y saludable el fluir de la rítmica marcha, del acordado son de una poesía que no muere porque vive en la entraña de un espíritu inmortal.

¡La poesía! Ha surgido en estas cuartillas, al lado del cadáver de un poeta, la santa palabra inventada sin duda por el ángel bienhechor que tiene por misión generosa endulzar el vivir de los mortales y ocultar á nuestra vista todo lo negro y todo lo amargo que, en solemne síntesis, guarda un féretro, como un índice de congostas, de penas, de desastres, derrotas y naufragios.

Isaac era un poeta y ello explica el secreto de su vivir jubiloso y amable, de su sombra permanente y simpática, y sobre todo de un rasgo fundamental que por no sé que paradoja ocasionó siempre al poeta todas sus alegrías y todos sus pesares: no sabía decir que no.

Para él esta palabra breve, de dos letras solas, pero que niega y desagrada y aleja, era un imposible; no sabía negarse, no podía dejar de asentir, de colaborar, de ser amable, porque no sabía dejar de ser poeta y la dulce poesía penetraba su ser y le hacía ver todo si no bueno al menos disculpable.

Soñaba más que veía y veía mucho y bien: mirad si era soñador.

Dejaba pasar sobre sí las ingratas mo-

lestias, los amargos sorbos del divino licor de las penas que nos redimen, quitaba de ellas, en fuerza de benevolente agrado, cuanto podía quitar, y á poco vibraba de nuevo, como mandarín, su musa jovial que recogiendo aromas propios, no aprendidos, los dejaba caer con mano pródiga para formar un ambiente en que lo ingrato se esfumaba como un claro obscuro suave destacándose otra vez la silueta graciosa de la musa de perenne fragancia.

Al morir se ha llevado el secreto.

Nosotros, sus amigos, yo al menos, lucho ahora en vano por alejar la visión de los paños negros, del tembloroso resplandor que cae como un sudario sobre el féretro y es inútil llamar, con angustioso acento, á una poesía que no tiene virtud para volver un cadáver á la vida.

No sé hacer más, y ello es más eficaz que mil cuartillas rociadas con llanto, que rezar un Padre nuestro por el alma de un poeta amigo, un hombre de bien, un cultísimo ingenio.

MARIANO D. BERRUETA

(Diario de León)



¡Murió Isaac!

Hace meses que temíamos esta desgracia, pero ¡cuesta tanto trabajo persuadirse y convencerse de la realidad de la muerte! Por eso los que compartimos con él la labor periodística no quisimos decir nada á los lectores de *Diario*, porque, como le querían tanto, aun confiábamos en la salud de Granizo, y sentiríamos amargar, con una noticia, el amor que el Clero y los católicos leoneses tenían al fecundo poeta, hábil periodista, castizo escritor, abogado mañoso, don Isaac Martín-Granizo.

No tenemos tiempo de hacer, siquiera, un boceto de su figura, y el dolor que produce su muerte á los que le tratábamos, es como una enorme desgarradura del alma, que diría Ricardo León, impidiéndonos hacer otra cosa que siluetas toscas, desdibujadas y sin forma, que están muy lejos de aproximarse al retrato.

Dibujado queda por otra pluma su fisonomía moral, y la fama, que es gran pregonera de vidas y de cosas, se encargará de decir que fué buen hijo, buen esposo, buen padre. Que, á pesar de sus pocos años, era hábil y elocuente abogado, se encargarán de decirlo los clientes á

quienes defendió y para los cuales arrancó á la *justicia*, sentencias favorables. Y eso que á la abogacía se consagraba por amor... de los *garbanzos*, como decía él con donaire, porque sus aficiones, su carrera, su porvenir estaba en el campo de las letras, en el que había recogido ya no pocos laureles. Como escribía el periódico, lo sabían nuestros lectores que saboreaban con fruición artículos y poesías firmadas con el seudónimo de *Salvador del Nido*. Y eso que le hastiaba la política, y le producían náuseas, no pocas veces, los trabajos periodísticos, á los que se dedicaba «porque se lo mandaba su Obispo».

Su genio, su alma estaban en las bellas letras, en la poesía, y allí jugaba con las Musas, y estaba en su elemento. Sin querer hacía pareados que desternillaban de risa, y en medio de sus alegrías y donaires, se descubría el regocijo de su alma buena, y como buena, dispuesta siempre á reír, no de los hombres, sino de las acciones ridículas. Su genio era satírico, pero jamás estuvo torturado por aquellos pesares desgarradores que inundaban el alma de poetas tan de veras y tan desgraciados como Heine, Biron, y Leopardi. El chiste de Isaac era espontáneo, pasajero, sin los dardos envenenados de la burla cáustica—como que no hizo epigramas—, sus bromas eran picarescas, festivas, sobre todo pintando tipos y costumbres, y aunque era amigo del equívoco tenía siempre una sonrisa en los labios, para endulzar las amarguras que pudieran producir sus gracias y sus frases equívocas.

Reía como Rebelais, sin enfurecerse como Juvenal; leyéndole, podía alguno creer que era un Mefistóteles burlón y adusto; tratándole todos salían encantados de la finura de su trato, de la sonrisa perenne de sus labios, de las frases, ni parcas ni buscadas que salían de aquella boca modelada por las Gracias. Sin fé, Grani- zo hubiese sido un Larra, fino como Ariosto, sin los desenfadados grotescos de Aristofones, intencionado como Plauto. Pero, como era creyente, y creyente á lo viejo, sin mogigaterías empalagosas, todo su carácter satírico, estaba impregnado con los zumos de la caridad cristiana, y su *vis* jocosa y picaresca estaba saturada de ternuras y de amores, sin que la mueca sardánica del desprecio asomase á sus labios, sin que la hiel de la duda acibarase sus días anublados, hace tiempo, con presentimientos tristes.

Por eso decía á su madre en aquellas delicadas estrofas que hacen llorar de ternura, premiadas en unos *Fuegos florales*:

Más si en la lucha caigo rendido
herida el alma, mi fe deshecha;
¡ay madre mía, no me abandones!
¡que yo á mi lado siempre te vea!
y si la muerte cierne cobarde
sobre mi frente las alas negras
¡que tu recojas, madre del alma
mi postrer beso, mi última queja!

Porque era creyente hizo alarde de su fé; y recientes están algunas polémicas periodísticas—que no debía de recordar—

terminadas con aquella frase, que constará en *Diario* como su testamento, «conste á mi enemigo—un ateo—que tengo la *debilidad* de confesarme con frecuencia, aunque no tantas veces como debiera.» Porque era creyente hizo este verano ejercicios en Loyola, «no solo para ajustar cuentas atrasadas, me decía, sino para coger bríos, en los días que se avecinan».

Ese era Granizo, un gran poeta á quien Argüello, otro poeta leonés que no sabía siquiera que estaba enfermo su amigo del alma, pronosticaba triunfos y éxitos:

Impregnadas de luces y armonías
y esmaltadas de galas
tus bellas poesías
han de volar, aunque las faltan alas.

Y volarán, y con ellas, la fama de poeta que muere, en la flor de la vida, pero que deja, tras de si luminosa estela literaria, y lo que vale más, el recuerdo de sus virtudes que Dios habrá premiado ya.

J. GONZÁLEZ

(*Diario de León*)



ISAAC MARTIN-GRANIZO

A los veintiocho años de edad, en pleno vigor de la vida y cuando la literatura castellana esperaba más de su fecundo y privilegiado númen, ha dejado de existir en León el ilustre poeta Isaac Martín Granizo.

La noticia ha producido en mi alma honda pena; yo quería mucho á Granizo y le admiraba tanto como le quería. Era muy bueno y por su bondad contaba con mi cariño; era un gran escritor y como á tal le admiraba. Sus versos, producto de un espíritu siempre levantado y siempre robusto, llegaban á mi como la emotiva evocación de algo que sentía mi corazón y que ni mis labios ni mi pluma sabían expresar; cada poesía que escribía Granizo me parecía haberla soñado yo antes. ¡Y pensar que un escritor que tan bien se adelantaba á las percusiones del corazón humano, haya enmudecido para siempre!.. Porque lo que á mí me ocurría con las hermosas composiciones, debía sin duda, ocurrirles á los demás; todos los que le hayan leído habrán experimentado la sensación brusca de lo conocido llegando de lo desconocido, como si una misteriosa deidad viniera en la lectura para exornar con el espléndido ropaje de la forma bella el fondo que nosotros veíamos desnudo, incoloro, cadavérico, marmóreo, frío..

Con Martín Granizo han perdido nuestras musas uno de sus hijos predilectos y una esperanza legítima nuestra Literatura regional, pues Granizo antes que todo era un poeta castellano, con todas las energías, toda la fibra y todo el ideal de los grandes vates que pulsán sus lirás de oro en estas llanuras grises, llenas de sol, llenas de luz, llenas de vida.

Granizo ha bajado á la tumba cuando su concepción poderosa y su imaginación de fuego, puestas al lado de una cultura vastísima nos daban derecho á señalarle como á uno de los más legítimos triunfadores del arte. Lega á su patria muchos millares de versos, cada uno de los cuales es la síntesis de su alma bella, y á sus hijos un nombre glorioso, envidiable herencia que ansiamos transmitir á nuestra posteridad los que erramos por el mundo, dejando en las cuerdas de las arpas los más puros afectos del espíritu, los suspiros más hondos de los labios, las lágrimas más amargas de los ojos y los latidos más intensos del corazón.

He leído los artículos póstumos y las poesías necrológicas que al inspirado y malogrado vate han consagrado en el *Diario de León* sus redactores y hubiera deseado ser en aquellos momentos uno de estos distinguidos obreros de la pluma, para haber tenido un título legítimo con que llorar la inapreciable pérdida que aquellos lloran.

Era su director, su director dignísimo, y hoy lamentan el vacío que la muer-

te inexorable ha abierto entre ellos y el insigne periodista con quien compartieron las penosas tareas de nuestra ingrata profesión.

Acepten, sin embargo, estas humildes líneas y transmitan á la respetable familia del ilustre muerto el pésame más profundo y más verdadero del más verdadero amigo de Isaac Martín Granizo.

MARCIANO ZURITA

(El Día de Palencia)



Isaac M. Granizo

Ayer nos sorprendió, como á toda la ciudad, la triste noticia del fallecimiento de nuestro compañero en la prensa el director de *Diario de León* y particular y querido amigo don Isaac M. Granizo (q. e. p. d). Sabíamos que una traidora enfermedad amenazaba su vida, pero nunca se pensó que el peligro fuera tan inminente ni el desenlace tan fatal y tan próximo.

En plena vida, joven, robusto, animoso, entregado de lleno al bufete y al periódico, no hubiérase podido nadie imaginar que *la intrusa* había de arrebatarnos tan inopinadamente al querido compañero, segando en flor una existencia que parecía encerrar tan gratas promesas, cortando una vida que parecía comenzar á dar los más sazonados frutos en la literatura, en el foro, en la política, en la industria, en todos los ramos de la actividad. Nosotros los periodistas y cuantos amamos las patrias letras, hemos sentido profundamente, de un modo especial, la muerte del poeta, del cuentista, del periodista Isaac M. Granizo. Era uno de esos jóvenes que más descollaban por su estilo, por su inspiración, por su gracia espontánea, fresca, natural. El periodismo leonés pierde un incansable adalid; *Diario de León* un gran



director; la literatura regional un característico representante. Sus versos fáciles y chispeantes eran siempre celebrados y aplaudidos y desde muy joven acreditaron su firma, por el ingenio y la originalidad que le caracterizaban. Sus obras literarias ocuparon lugar muy estimable en la bibliografía leonesa, y su labor al frente del *Diario* será siempre altamente meritoria y ensalzada por cuantos conocen, siquiera someramente, las incontables dificultades que estos cargos traen consigo, y las energías, actividad y esfuerzo mental que consume esta diaria labor de la prensa.

Nuestro colega está de duelo y á él nos asociamos como compañeros, y con él queremos compartir el sentimiento, que, al fin y al cabo, somos todos los periodistas leoneses como una familia y aparte de nuestras ideas políticas ó religiosas, formamos una confraternidad especial por las que nos son comunes nuestras penas y alegrías.

Al periodista Granizo le lloramos en esta casa como desgracia propia, como pérdida considerable para la prensa y la literatura, como prematuro fin de un joven que honraba la mentalidad leonesa, continuando brillantemente la tradición de sus novelistas, de sus poetas, de sus publicistas, de sus luchadores constantes en el palenque de la prensa.

Ha muerto joven, casi al comienzo de su vida pública y todo daba derecho á esperar que ésta había de ser fecunda para

las letras patrias, para la prensa, por la que sentía entusiasta vocación y en la que á diario daba muestras de su competencia, de sus iniciativas, de sus especiales dotes literarias.

Reciba, pues, el colega *Diario de León* nuestro pésame más sentido y que sean estas líneas, puestas en lugar preferente, sincero testimonio del pesar que en esta casa nos aflige por tan inesperada desgracia. No es hecho bajo la impresión de los primeros momentos, el artículo necrológico, crítico y biográfico que merecía nuestro amigo Granizo, pero tampoco va nuestro propósito á otra cosa más que á condolernos como periodistas del fallecimiento de un compañero que siempre mereció nuestro respeto y amistad, nuestro entusiasmo y sincero aplauso.

Descanse en paz el malogrado Isaac Martín-Granizo y reciba también su distinguida familia nuestro pésame.

(León de España).



INDICE



	<u>Págs.</u>
Prólogo.....	III
La Cenicienta.....	13
Ministro.....	61
La marcha del estudiante.....	65
Celosa.....	69
El beso de la Condesa.....	72
La vuelta del rebaño.....	75
En la espadaña.....	77
Joyas que se van.....	80
La casa del hidalgo.....	82
La saludadora.....	85
Venganza campesina.....	88
Por la boca muere el pez.....	92
Donde las dan.....	95
La Hija del Boticario.....	98
Bendición de Dios.....	101
En el hipódromo.....	104
Covadonga.....	107
El aprensivo.....	114
El chistoso.....	116
Los castellanos.....	118
El poeta muerto (necrología).....	120
Murió Isaac (idem).....	124
Isaac Martín-Granizo (idem).....	128
Isaac M. Granizo (idem).....	131



INDEX

1	Introduction
2	Chapter I
3	Chapter II
4	Chapter III
5	Chapter IV
6	Chapter V
7	Chapter VI
8	Chapter VII
9	Chapter VIII
10	Chapter IX
11	Chapter X
12	Chapter XI
13	Chapter XII
14	Chapter XIII
15	Chapter XIV
16	Chapter XV
17	Chapter XVI
18	Chapter XVII
19	Chapter XVIII
20	Chapter XIX
21	Chapter XX
22	Chapter XXI
23	Chapter XXII
24	Chapter XXIII
25	Chapter XXIV
26	Chapter XXV
27	Chapter XXVI
28	Chapter XXVII
29	Chapter XXVIII
30	Chapter XXIX
31	Chapter XXX
32	Chapter XXXI
33	Chapter XXXII
34	Chapter XXXIII
35	Chapter XXXIV
36	Chapter XXXV
37	Chapter XXXVI
38	Chapter XXXVII
39	Chapter XXXVIII
40	Chapter XXXIX
41	Chapter XL
42	Chapter XLI
43	Chapter XLII
44	Chapter XLIII
45	Chapter XLIV
46	Chapter XLV
47	Chapter XLVI
48	Chapter XLVII
49	Chapter XLVIII
50	Chapter XLIX
51	Chapter L
52	Chapter LI
53	Chapter LII
54	Chapter LIII
55	Chapter LIV
56	Chapter LV
57	Chapter LVI
58	Chapter LVII
59	Chapter LVIII
60	Chapter LIX
61	Chapter LX
62	Chapter LXI
63	Chapter LXII
64	Chapter LXIII
65	Chapter LXIV
66	Chapter LXV
67	Chapter LXVI
68	Chapter LXVII
69	Chapter LXVIII
70	Chapter LXIX
71	Chapter LXX
72	Chapter LXXI
73	Chapter LXXII
74	Chapter LXXIII
75	Chapter LXXIV
76	Chapter LXXV
77	Chapter LXXVI
78	Chapter LXXVII
79	Chapter LXXVIII
80	Chapter LXXIX
81	Chapter LXXX
82	Chapter LXXXI
83	Chapter LXXXII
84	Chapter LXXXIII
85	Chapter LXXXIV
86	Chapter LXXXV
87	Chapter LXXXVI
88	Chapter LXXXVII
89	Chapter LXXXVIII
90	Chapter LXXXIX
91	Chapter LXXXX
92	Chapter LXXXXI
93	Chapter LXXXXII
94	Chapter LXXXXIII
95	Chapter LXXXXIV
96	Chapter LXXXXV
97	Chapter LXXXXVI
98	Chapter LXXXXVII
99	Chapter LXXXXVIII
100	Chapter LXXXXIX
101	Chapter LXXXXX

POESÍAS

OBRAS COMPLETAS

— de —

D. Isaac Martín-Granizo

POESÍAS

TOMO II

LEÓN

IMP DE MAXIMINO A. MIÑÓN

1910



Carta-Prólogo

Sra. D.^a Nila Fernández

VIUDA DE MARTÍN-GRANIZO

Muy señora mía: Cuando recibí el encargo de escribir algunas líneas que fuesen como el prólogo de este tomo de poesías escritas por su difunto esposo, acepté al punto la invitación dejándome en parte llevar del cariño que á Isaac profesaba, y en parte por un sentimiento de piedad y compasión hácia Vd.

Porque, bien ó mal pensado, yo entendía que por estas líneas no habían de campear otros sentimientos que los causados por la muerte del poeta, ni habían de moverse otras ideas que las que fuesen enderezadas á hacer el elogio de su labor literaria.

Es decir: que este prólogo debía ser una carta de pésame. Más siendo una

carta de pésame, nadie mejor que Vd. podía comprenderla y á nadie mejor que á Vd. podía ser dirigida. Y esa es la razón por la cual pongo su nombre á la cabeza de estas líneas.

Tenía Isaac un temperamento esencialmente poético; y prueba de ello es este mismo tomo de poesías, imposibles de catalogar por la diversidad de asuntos de que en ellas trata y por el diverso modo de tratarlos.

Acaso su sentido poético no se había fijado todavía, y buscaba como la abeja en el bosque y en el jardín, en el romero y en la azucena, en la naturaleza inculta y entre los refinamientos de la civilización los acopios de sus mieles.

Su musa es á veces cómica y satírica, como siempre que vé pasar al cacique con todas sus insolencias y sus apetitos, ó al lujo con sus... apetitos y sus insolencias; es á veces profundamente filosófica, á pesar de la aparente ligereza de las ideas, cuando vé levantarse, crecer, tocar las nubes y disiparse el torbellino de la vida humana; es á veces épica, cuando se detiene á sestear, como viajero cansado, á la sombra de las ruinas; es á

veces idílica y descriptiva, cuando corre por los campos y contrapone el vigor, la frescura y la sencillez de la naturaleza á la atmósfera tibia y enervante de las ciudades.

La musa de Isaac se ha parecido á los regatos que el deshielo forma en las faldas de la cordillera cantábrica que bajan hasta las llanuras de Castilla ya tranquilos, ya bullidores, reflejando siempre en su superficie las espadañas de las Iglesias de los mil pueblos que se asientan en sus orillas, aumentando siempre el caudal de sus aguas y variando siempre de forma según sean los contornos de la roca por cuya base pasan y según sea la configuración del valle que fertilizan.

Como los cantos del ruiseñor en los sotos del egido, cantos que no se parecen los unos á los otros sino en que todos son cantos, así las poesías de Isaac no se parecen las unas á las otras sino en que todas ellas son poesías.

Si quisiera buscarse la filiación literaria de nuestro poeta, quizá los críticos la hallarían en Sinesio Delgado para la satírica; en Gabriel y Galán para la idílica y en Campoamor para la filosófica. Creo que son los tres poetas que más influencia han ejercido en Isaac y en la juven-

tud española de los últimos años, de la juventud, se entiende, que ha tenido la suerte y el buen gusto de no contaminarse con el tifus del modernismo.

Porque fué este uno de los grandes méritos de Isaac; leyó mucho, corrió mucho por los campos de la moderna literatura, y no se le pegó el polvo de la poesía modernista, tan fina y graciosamente puesta en solfa por Muñoz y Pabón y Montoto en su TRÉBOL, y cuyos versos, los de los modernistas, parécense en su estructura según frase del primero á los pitos de un órgano, y que responden maravillosamente, hay que confesarlo, á la dislocación de las ideas y á la atrofia de los sentimientos que son, á mi juicio, los caracteres peculiares de la poesía modernista.

Las ideas de Isaac no están dislocadas; sus sentimientos no están atrofiados. Piensa y siente con el pensar sereno y el sentir hondo del alma castellana.

Y si porque era genuinamente castellano, luchó contra las invasiones de una cultura exótica, que tanto tiene de cultura como de dulcedumbre y tolerancia el filo de las espadas de los vándalos y el de los alfanges de la caballería de Muza; porque era cristiano y cristiano

viejo, supo empapar sus pensares y sentimientos en el rocío refrigerante del cristianismo; lo cual no es decir que fuera poeta místico, sino que era cristiano en todos los órdenes de la vida, única manera de ser cristiano.

Quizás por esto templó en sus poesías filosóficas, sin percatarse de ello, ese amargor que dejan en el alma las de su maestro Campoamor, como este templó los amargores del escepticismo de Victor Hugo, y Victor Hugo los de Goethe.

Creo que Campoamor hubiera puesto su firma sin empacho alguno en las seguidillas que escribió Isaac PARA UN ABANICO; pero también creo que no se le hubiera ocurrido á aquel acabar EL CUENTO DE LA DIVA con la estrofa de naturalismo sano é idealismo purificante con que lo acabó Isaac. Entre la mujer y la madre, acaso Campoamor hubiera elegido á la mujer para flajelarla; Isaac eligió á la madre para ensalzarla.

Mas estoy viendo que falta ya á la regla tan justamente cantada por Sinesio Delgado al hacer el prólogo de algunas de las poesías que se publican en este tomo:

No he de alabar yo el libro. Los lectores
Lo han de hacer, cuando gusten sus bellezas;
Que en el palenque artístico es inútil
El previo elogio de las cosas buenas.

Todos hemos llorado y lloramos aún la muerte de Isaac; hemos llorado al amigo y al poeta. Pero yo no debo medir aquí la cantidad de ese llanto, porque es nada al lado del dolor de Vd. que llora y llorará siempre al esposo y al padre de sus hijos.

Hace Vd. publicar estas poesías como un homenaje póstumo; haga Vd. que cuando sus hijos puedan comprenderlas, se compenetren con ellas, y será ese el mejor de todos los homenajes.

¿Hasta dónde hubiera llegado el poeta, si su vida no hubiera sido cortada en flor? Sí, señora; causa mucha pena el darle vueltas á ese pensamiento; pero piense Vd. también en lo que sigue.

Cuando entra Vd. en un jardín se complace en cortar y recoger y guardar las flores más bellas, los capullos que empiezan á abrirse; y sus amigas no la recriminan por ello.

Así ha obrado Dios.

De Vd. muy atento y affmo. S. S.

T. Muniz.





LA LECHERA

A que amanezca no espera
y antes que despierte el cielo
ya cruza la carretera
la más apuesta lechera
de Ferral y de Oteruelo.

Y aunque es de pecho sencillo
conculca la ley de Dios
el brillante cantarillo,
pues sale con un cuartillo
y á la ciudad llegan dos.

No es un milagro divino
este aumento que ella fragua
al venir por el camino,
¡es tan tentadora el agua
del arroyo cristalino!

Al fin llegó placentera
más como llega temprano
aun no ha abierto la portera
¡cómo rabia la lechera
y maldice al parroquiano!

Ya desarrugó el hocico,
ya despachó el cantarico
y ya ha comprado barato
un delantal para el chico
y un esquilón para el jato.

Y también lleva escondido
un corte para un vestido,
y una rueca primorosa,
¡todo con lo que ha obtenido
de la leche... milagrosa!

Y con paso desigual
recontando su caudal
vuelve por la carretera
la más apuesta lechera
de Oteruelo y de Ferral.



Amor constante



Teniendo á los dos mozos á su lado
así dijo el abuelo:

—Si sois unos chavales,
si sois unos muñecos,
si aun no hace muchos años que saltásteis
del regazo materno.

¿Y eres tú, mi chiquilla
la que quieres á esto?

¿Y eres tú el que la quieres
infeliz arrapiezo?

O los dos estais bobos
ó delirais á un tiempo.

Pero en fin, si queréis por mí no quede,
mi bendición, chicuelos os concedo;
pero no me digais después que nada
os predijo el abuelo.—

(Y como aquel que algún discurso empieza
sobre un asunto serio
el viejo se atusó su barba blanca
y así prosiguió luego).

—Pasarán aprisica esas semanas
donde todo se vé corriente y bello,
vendrán los zagalillos
(no te me ruborices sol del cielo)
y con ellos vendrán las cargas duras,
las hambres y tropiezos
los ayes y disgustos
los llantos y lamentos.

Que éste se fué á la era,
que el otro se ha caído en el reguero,
que el uno se os muere,
(no lo quiera jamás el Dios del cielo)
y en constante ansiedad viviréis todos
bregando como perros
pegados al trabajo
sin paz y sin sosiego.
Y el demonio me lleve, si al miraros
morir bajo ese peso,
no decís á la par: ¡qué brutos fuimos,
y qué razón tenía aquel abuelo!

*
* *

Han pasado los meses
en que todo se vé corriente y bello,
han pasado los meses
y los años enteros.
Delante de los padres
saltan los arrapiezos,
el mozo trabajando pasa el día,
la moza no descansa ni un momento,
llueven las desazones,
siguen los contratiempos,
más ¡caray! todavía no se cumple
la predicción del viejo.



Noche de invierno

Helada debe de llegar la noche
cuando el fuego ni alumbraba ni calienta
y las llamas devoran al instante
el tronco que, al morir chisporrotea.
Helada debe de seguir la noche
cuando del monte han vuelto las ovejas
y hasta el mismo pastor en la cocina
de tiritar no cesa...
Todos buscan la lumbre
todos en torno del hogar se estrechan,
y hasta los buhos que en la vieja torre
tienen su madriguera,
sus alas han plegado
y entre la pluma ocultan sus cabezas...
¿No les véis? á la reja de la casa
aún siguen él y ella.
Poco importa que el hielo en los cristales
deje su mano impresa,
poco importa que brillen rutilantes
allá en el limpio cielo las estrellas,
que en montes y llanuras
la escarcha se adormezca.
Parla que parla los dos mozos siguen,
él de hablarla no cesa
y ella también, muy bajo
á sus frases contesta,
los dos tan amorosos,
los dos con tanta fuerza.

Ya la lumbre es ceniza,
ya el tronco ni restalla ni se queja,
ya los viejos descansan en sus lechos
y ya el silencio en la cocina reina.
Pero apesar del frío
que hasta el alma penetra,
apesar de que brillan rutilantes
allá en el limpio cielo las estrellas,
ni el muchacho se marcha
ni la moza se aparta de la reja...



LA FIESTA DE MI PUEBLO

Es hoy día de San Roque,
del patrón de nuestra Iglesia,
corrió abundante el asado
y el vino de la bodega,
¡ese vinillo ligero
que en la copa burbujea,
que el apetito aguijona
y los cerebros alegra!
Y vá á empezar la corrida
que es lo mejor de la fiesta
lo tradicional, lo clásico
lo que distingue á mi tierra.
Con los carros de labranza
han formado la barrera,
el tendido donde ruje
una multitud inmensa,
donde se pegan los chicos
y se enfurecen las viejas.
Ya salieron las comparsas
de la mocedad resuelta,
¡mirad qué planta y qué garbo!
¡qué posturas académicas!
¡qué desplantes tan valientes!
¡y qué miradas tan fieras!
Sonó el clarín... Ya no hay mozos,
se los merendó la tierra,
aquella actitud saliente
en otra mansa se trueca,
y el que antes más galleaba
en la mal pisada arena,

antes de que se abra y suene
del toril la estrecha puerta,
se oculta entre los maderos
que limitan la barrera
jurando oír á su lado
los rugidos de la bestia.
Mirad, mirad el novillo
de piel reluciente y tersa,
mirad como por la plaza
nervioso caracolea
y alza sus ojos oscuros,
y hace girar sus orejas
viéndose señor y dueño
de la anchurosa plazuela.
¿Adonde están los valientes,
los *toreros* de mi tierra?
Uno tímido y medroso
desde un carro se descuelga,
más ¡ay! apenas ha puesto
sus dos piés en la palestra,
cuando el novillo le embiste
y le arrastra por la arena
y rencorosillo mete
su hocico en su faltriquera,
y le hiere con sus astas
y con sus piés le patea.
En su auxilio salen otros,
y prosigue la refriega
el torillo arremetiendo
cada vez con más firmeza
y los mozos aguantando
los embistes de la fiera.
Total: cuatro contusiones
que no se ven tan siquiera,
cuatro costillas que crujen
y al otro día están nuevas,

y una ambición desmedida
á conservar esta fiesta
que al año siguiente vuelve
á formar nuevas barreras
donde entre nubes de polvo
y aguantando un sol que tuesta,
se alborotan los rapaces
y se enfurecen las viejas.



MI TIERRA

Después de Dios que de mi vida es dueño,
de dos mujeres que mi amor veneran,
el de una esposa tan santa
y de una madre tan buena,
he puesto mis amores juveniles,
he dado mis ensueños de poeta,
en los bellos paisajes Leoneses,
en las grandes hazañas de mi tierra.

Yo recorrí sus campos y llanuras
que deslumbrante el sol luce y alegra,
donde la mies dorada por su fuego
como encrespado mar se balancea.

Yo he visto levantarse grandes trojes
en medio de las eras,
trojes que son auxilio y esperanza,
trojes que dentro llevan,
el pan de la familia
la dicha de la Aldea.

Yo, en sus montes de aromas saturados
sentado al pie de las encinas viejas,
he visto levantarse la bandada
de avejillas inquietas,
subir por el espacio,
cruzar la nave inmensa
perderse en la borrosa lejanía
en busca de otros nidos y otras tierras;
y en el cláustro severo
de su templo de piedra,
del santuario sublime,
de nuestra Catedral grande y esbelta,

donde en rasgadas hojas
la luz solar se quiebra,
donde ténues racimos de columnas
alzan naves inmensas,
he sentido el respeto á lo que es grande,
á la Fé leonesa
á la Fé que dió santos á los cielos
y guerreros invictos á la tierra.... ..

Y viviré cantando
sus glorias y bellezas
sus bosques y campiñas
sus joyas y leyendas,
y solo pido al cielo
que al morir dentro de ella
en premio á mis amores
piadoso me conceda
para el alma, un recuerdo de sus hijos,
para el cuerpo, un pedazo de su tierra.



LAS LAVANDERAS



Ya los viejos borriquillos
por la carretera marchan
abrumados por el peso
de ropa que ayer fué blanca,
y ya detrás van sus dueñas
custodiando aquella carga
al par que van murmurando
de la señorita lánguida,
de la *mamá* desplicente,
ó de la brusca criada.
Allí, en el inmenso fardo,
vá la diminuta almohada
testigo de aquellos sueños
sonrosados de la infancia.
Allí vá la blanca funda
de fino lienzo de Holanda,
donde la linda doncella
dió rienda suelta á sus lágrimas,
paladeó unos desdenes
saboreó una constancia.
Allí vá el pañuelo blanco
que una mano enamorada
bordó para dar en prenda
preciosa de una palabra,
allí vá la blanca toca
de una virgen pura y casta,
y revueltas y confusas
unidas ó separadas
vá lo que ha sido testigo

de alegrías y desgracias
de consuelos y tristezas
de ilusiones y esperanzas.
Ya llegan los borriquillos
junto á la corriente mansa,
ya caen los fardos al suelo
ya está la ropa en el agua,
ya recobrará muy pronto
su blancura inmaculada,
mas ¡ay! también la corriente
se llevará en sus entrañas
las ilusiones tan bellas,
las lágrimas tan amargas,
los juramentos tan firmes,
y las promesas tan santas.



MI REINA

Lejos, y en la arboleda medio escondido
tengo mi hogar humilde, tengo mi nido,
donde susurra el viento más blandamente,
donde más cristalina corre la fuente,
donde cantan las aves con más dulzura,
donde hay más alegría, paz y ventura.
Allí existe otra cara, linda y pequeña,
y como flor que envidian todas las flores,
allí bajo su techo vive mi dueña,
la enamorada reina de mis amores.

*
* *

Tesoros de hermosura su cuerpo encierra
más blanco que la nieve de la alta sierra,
y el arroyo su nombre dulce murmura
y le saben las auroras de la espesura
y envidia de su rostro siente la aurora
cuando al huir la noche los montes dora.
Que sus lábios son rojos como corales
y el sol puso en su frente sus resplandores,
y tienen en sus niñas luz á raudales
los ojos de la reina de mis amores.

*
* *

Cuando el sol tras los montes lento declina
y vuelve á sus hogares la golondrina
y las sombras invaden el horizonte
sus cendales tendiendo de monte á monte,

temblando de alegría llego á su reja
y escucho allí sumiso su ardiente queja,
¡queja que de su pecho tranquilo brota
como un suspiro dulce, como una nota!
Y hasta que el sol su lecho de rosas deja
y cantan su venida los ruiseñores
vivo felíz al lado de aquella reja
donde se halla la reina de mis amores.



Cuando rujen los cierzos en las montañas
y tiemblan los pastores en las cabañas
y no transita gente por los senderos
y de nieve se cubren valles y oteros,
mientras el seco tronco chisporrotea
y envuelta en el silencio duerme la aldea
en la vieja cocina triste y sombría
donde tiemblan de frío nuestros mayores,
cuento yo los anhelos del alma mía
á la reina querida de mis amores.



Lejos, y entre el ramaje medio escondido,
dejo mi hogar humilde, dejo mi nido
dejo aquella casita linda y pequeña
donde queda llorando su pobre dueña.
Voy á partir. El mundo no me intimida
porque sé que á mis viejos piadosa cuida,
y porque sé que espera mi vuelta ansiada
la flor, á quien envidian todas las flores,
la dueña de mi vida, la enamorada
¡la enamorada reina de mis amores!



LAZO ESTRECHO

Aquellas dos familias
destrozaban la paz del lugarejo
siempre en lucha tenaz, siempre rivales,
siempre en espera del mejor momento
para dar, á traición, al enemigo
golpes rudos, feroces y sangrientos.
Y si el Pedro adornaba los balcones,
con herrajes floridos y bien hechos,
allí estaba el tío Juan que al otro día
ponía miradores gigantescos.
Y si el uno en la feria de la villa
compraba para el jato algún cencerro,
el otro en la ciudad, á las seis horas,
les compraba por cientos,
poniéndoles después en los collares,
de vacas, y de mulas y corderos.
¡Qué mal ejemplo daban
al lugar los dos viejos!
¡Qué semilla tan mala iban sembrando
sus odios, sus traiciones y recelos!

*
* *

Crecieron los rapaces
fuertes, sanos y apuestos,
él, noble y arrogante,
ella, como un clavel flexible y fresco,
con labios como guindas por lo rojos,
con ojos como moras por lo negros.

El odio de sus padres
honda transformación sufrió en sus pechos,
y el amor, el sentir que era contrario
al sentir de los viejos,
hoy les junta en el valle,
mañana en el santuario de aquel pueblo,
y esta noche y la otra y la siguiente
en la puerta del huerto.
Y así, mientras los padres,
se maldicen rugiendo,
mientras lloran de envidia,
y se agitan, sin calma ni sosiego,
los dos mozos muy juntos,
bendicen sin cesar esos momentos,
en que pueden decirse, sin testigos,
frases de amor, de paz y de consuelo...

*
**

¿Que cómo fué? No sé, pero es el caso
que los dos se emperraron en hacerlo,
que ni voces ni lágrimas,
ni golpes ni lamentos
pudieron apartarles de su idea,
pudieron disuadirles del proyecto.
Y en el pueblo inmediato se casaron,
y felices vivían en el pueblo,
mientras que allá, en las casas silenciosas,
más pujantes, más fieros
odiándose seguían
los dos padres, los viejos.

*
**

Llegó lo que esperaban
los mozos en sus sueños

el chico revoltoso,
el zagalillo suelto,
con cara picaresca,
con ojos alegrillos y traviesos.
Y hoy el pueblo descansa ya tranquilo,
y hoy vive en santa paz el lugarejo,
apesar que los viejos aun persisten
en defender, pujantes, un derecho,
en disputar, tenaces, una presa,
en luchar, si es preciso, cuerpo á cuerpo
para saber quién sienta en su regazo
al chiquitín, al nieto.



LA FIESTA DEL AÑO

MEMORIAS DE UN RAPAZ

I

¡Caray lo que nos costaba
levantar el nacimiento!

Primero, unión de vecinos,
segundo, los presupuestos,
tercero, buscar el modo
de igualar gastos é ingresos
sin *superabit* flamante
y sin *déficit* molesto.

Primero: *unión de vecinos*.
Fácil problema en extremo,
yo llamaba al de mi casa,
éste al hijo del portero,
el del portero al de enfrente,
el de enfrente al del extremo,
y en dos horas mal contadas
nos juntábamos lo menos
veinte chicos de la calle
y otros tantos de más lejos.

Segunda: *cuestión de fondos*;
éste á un tío que es soltero
pediría *seis* perronas
pa los reyes, los más serios,
los más graves, los más fuertes,
los más caros, los más buenos;
(porque los reyes de entonces
costaban sesenta céntimos

lista civil fabulosa
para los años aquellos).
Aquellos hijos de la dueña
de un conocido comercio
daría al cajón un golpe
fuerte, seguro y certero.
(Pero la madre, señora
de olfato fino y abierto,
olía el presunto *atraco*,
los pasos seguía al reo
y al sorprenderle *infraganti*
con la masa entre los dedos
dejaba impreso en su rostro
los arañazos maternos,
y el pobre volvía triste
á contarnos el suceso,
con seis azotes de más
y con seis perras de menos).
Los demás, como *insolventes*
sin tener un sólo céntimo
sólo nos daban... las gracias
y nos prestaban... alientos.
Tercero: *igualar los gastos*
con los escasos ingresos.
Y aquí era Troya. Si Herodes
quería rico aposento
no habría arroyos ni fuentes,
ni zambombas ni corderos.
Si queríamos montañas
con picachos gigantescos,
había que dar de mano
á un cazador muy apuesto
que para el portal venía
con escopeta y con perro.
Pero, la *entente cordiale*,
se imponía desde luego

y en la mesa del pasillo
y en un rincón muy pequeño
(pues las madres procuraban
llevarnos á... lo más lejos),
airoso, bello, elegante,
con arroyos y con cerros,
con castillos y zagalas,
con ovejas y corderos,
alzaba su mole augusta
el infantil nacimiento.

.....

II

- Que *arrempujas*
 —No *arrempujo*
—Que no toques á ese perro
—Que esta vieja ya se ha roto.
—Que fué Juan
 —Que ha sido Pedro
—Que Pepe no *ajunta* ya
—Que me deis á mi Rey Negro
—Tómalo bruto
 —Llorón
—Animal
 —Bestia
 —Zopenco
—Ahí te vá *pa* que te acuerdes
—Arráscate esos *currelos*
¡Cataplún! Se cayó Herodes.
¡Cataplún! Se rompió el viejo.
Un golpe y se apaga el cabo.
Otro y se rompe el tablero.
Luego voces, luego gritos,
luego llantos y lamentos,
luego un rey que sale cojo,

un caballo sin el freno,
un Herodes sin narices,
un buey paciente sin cuernos
montón de patas y brazos
triturados en el suelo...
¡Caray! qué poco costaba
derribar el nacimiento!



EL ROSARIO (1)

No soy viejo pardiez más ya comprendo
la enorme diferencia que separa
los tiempos que hoy vivimos
y aquellos más remotos de la infancia.

Tiempos tal vez peores
sin industrias ni fábricas,
sin globos dirigibles, ni automóviles
ni rayos X .. ni otras zarandajas,
pero en que había paz en las familias
costumbres arraigadas,
y fé en los corazones,
y honradez en las almas...

Aun vivo está en mi mente aquel recuerdo
de esa edad sosegada,
aun vive en mi memoria aquella escena
tan noble, tan castiza y tan cristiana
y aun veo como el sol tras los picachos
vá escondiendo su disco de escarlata,
como torna á su nido la cigüeña
rasgando el cielo inmenso con sus alas.

Y siento aquel tañido melancólico
con que despide al día la campana
tañido que recorre la campiña
que en el éter sutil se desparrama,
que gime en lo frondoso del bosque
y muere en la oquedad de la montaña.

(1) Composición premiada en los Juegos florales de Santa Cruz de Tenerife.

Y siento la cencerra del ganado
que vuelve á la tenada
la canción campesina de los mozos
que dan suelta á las penas de las almas
y cantan sus amores
sus celos y venganzas
en cantos que son recios
en coplas que son bravas.

Y veo allá, en el fondo
de la cocina grande y sosegada
la tranquila silueta
del abuelo, del viejo patriarca,
del jefe de la tribu campesina,
del amo de una hacienda castellana.

Silenciosos ocupan el escaño
los hombres de la casa.
á sus pies se acurrucan las mujeres
que dejan sus labores fatigadas
y los chicos muy cerca de la lumbre
que crepita tranquila y sosegada
se tienden á dormir á pierna suelta
mientras el viejo empieza la plegaria,
y hace sobre su frente ya rugosa
la señal de la Cruz bendita y santa.

—Padre nuestro—murmura
con voz triste y cansada—
—Padre nuestro—repiten
otras voces más dulces y más claras—
y siguen susurrantes,
las rítmicas plegarias
saturadas de fé noble y sincera
de amores y esperanzas...

¡Religión de mis padres!
¡Fé de aquellas edades ya pasadas!
¡Tú que hicistes las almas de los hombres
firmes, recias y sanas,

aun los pechos te adoran,
aun vives en las almas,
aun lates en las cuentas del rosario
que estrecha el venerable patriarca!

.. Cesaron ya las voces,
las gentes se levantan,
el viejo en su sillón claveteado
su noble mano alarga,
y en ella van posando aquellos hijos
un ósculo de amor y de esperanza,
y en ella van dejando los criados,
que salen de la estancia
otro de reverencia y de respeto
de lealtad y sumisión y gracias...

Y salen silenciosos,
y cruzan los corrales de la casa,
y el pastor junto al hato enmudecido,
y el mozo en un rincón de la solana
con los cuerpos tranquilos
y serenas las almas
duermen en sus camastros dulcemente,
hasta el risueño clarear del alba...



VIDA Y MUERTE

En la torre la campana suena triste
por los idos, por los muertos,
por aquellos que dejaron en la vida
un vacío y un recuerdo.
En redor de los sarmientos que retuercen
sus tentáculos ya secos
se ha sentado la familia campesina
los rapaces, las mujeres y los viejos
que suspiran por los idos
que salmodian por los muertos
y que tiemblan al sentir aquellas quejas
que en la vieja chimenea finge el cierzo;
todos sienten la tristeza
en el fondo de sus pechos,
todos piensan en la muerte,
que custodia aquella noche el cementerio...

Pero allá, junto al escaño
ya gastado y ya deshecho,
él y ella, los dos novios, los amantes,
hablan bajo y en secreto.
Sus sonrisas son alegres,
son alegres sus acentos,
sus miradas son chispazos,
sus palabras son de fuego.
Ven la vida sonriente,
ven su nido tan risueño
ven su hogar dulce y tranquilo,
ven las caras infantiles de los tiernos rapazuelos
y no escuchan las plegarias
que se escapan de los lábios de los viejos,
los quejidos de la vieja chimenea,
la campana que se acuerda de los muertos.



NACIMIENTOS BARATOS

Un niño, como vosotros,
nervioso como una ardilla,
con un rostro de manzana
y con labios como guindas,
me ha pedido una receta
económica y sencilla
para hacer un «nacimiento»,
en la Navidad vecina.
Y yo que en una espetera
había puesto la lira
para buscar el «garbanzo»
en tareas menos líricas,
hoy la descuelgo de nuevo
y torno á la gaya liza
para daros la receta
en mi niñez aprendida.
Con que dejaros de voces,
sentaros en mis rodillas
y escuchad estas palabras
que la experiencia me dicta:
El primero de Diciembre
apenas el sol salía
(ó si era día nublado
cuando la luz encendían)
con voz quejumbrosa y triste
y con lágrimas finjidas
—«¡quiero nacimiento este año!»—
al instante balbucía.
Y esta frase, desde entonces
solo mis labios decían,
y en la casa y en el templo
y en paseo y en visita,
por el más fútil pretexto
el «nacimiento» salía.

El primer día, mi madre
á mi voz sorda se hacía,
el segundo ya notaba
que mis voces la aburrían,
y el tercero, no sin antes
propinarme una azotina
por machacón y pesado
y chinche y pelma y «llorita»,
me concedía el permiso
y hasta á veces se escurría
dándome «cabos de vela»
que casi siempre no ardían.
Concedido el «visto bueno»
en la panera vacía
colocaba el andamiaje
de mi obra sutilísima,
(andamiaje consistente
en una tabla y dos sillas).
Después al Parque escapaba
con uno de la vecina
y en el bolsillo insondable
del mandil que me envolvía,
traíamos para casa
musgo, raíces y hortigas,
y... un catarro de primera
que duraba algunos días.
Con cartones y papeles
hacíamos las colinas,
y con harina robada
de un cajón de la cocina
(lo que traía consigo
otros azotes y riñas)
de blanca y helada nieve
los picachos se cubrían,
un cristal era el arroyo
que por el verde corría,

un papel «de plata» era
la estrella del Mago guía,
y con algodón en rama
y tarjetas de visita
y palillos de los dientes
como patas delgadísimas
hacíamos los rebaños
que en las praderas pacían.
¿Figuras? No hacían falta,
pues con las noches tan frías
los pastores y zagalas
se estaban en sus guaridas
y para evitar los gastos
que los tres Reyes traían
plantábamos la República
en Belén por ocho días.
Tan solo necesitábamos
una Virgen benditísima,
un niño con un pesebre,
un San José de rodillas,
una vaca y una mula
un perro y unas gallinas.
Más nunca falta un abuelo
ó algún tío ó una tía,
que por veros satisfechos
desea soltar «la guita».
Lo demás ya es muy barato,
un puchero, una vejiga,
un sartén, unas tenazas,
un tambor, y unas esquilas,
y unos pulmones robustos
para cantar noche y día
los alegres villancicos
con que en las Pascuas benditas
atroneis á todas horas
á vecinos y vecinas.

EL SEÑOR

Le juzgais muy feliz, libre su espíritu
de las sombras que extienden la tristeza,
sin tener que luchar como vosotros
luchais sobre el baldío de las tierras,
bregando como esclavos,
rugiendo como fieras,
dejando en cada palmo de terruño
una gota de sangre de las venas
una gota de sangre que fecunde
sus entrañas, estériles y secas.
Le juzgais muy feliz por que abrasada
no se inclina hacia el surco su cabeza,
porque el sol no la hiere,
ni los vientos la quemán,
porque tiene en su casa pan sabroso,
y vino en las bodegas,
y trigo en las paneras insondables
y fuego en el hogar que le calienta.
¡Paisanos de mi tierra castellana,
qué falsa es la creencia,
qué engañados vivis de lo que es noble
y es amor y es riqueza!
Que la vida es alegre
cuando alegre se tiene la conciencia,
cuando el amor inunda los hogares,
cuando el hombre no cede ante las penas,
y sino tiene pan reza á los cielos
y en los cielos espera,
cuando el hijo nos pide una caricia
y duerme en el regazo á pierna suelta,

cuando la madre vive,
cuando la esposa es buena ..
¡En eso está la clave de la vida
la dicha, la esperanza y la riqueza!

*
* *

Agoniza el rapaz, aquel diablillo
que corrió con vosotros por las eras,
que robó pajarillos indefensos
en los ocultos nidos de las selvas,
el diablillo de pelo ensortijado
y mejillas risueñas
que llenaba de risas y rumores
los huecos de la casa solariega.
Cayó sobre la cuna
su cabecita yerta,
y un ángel de los cielos,
cerró sus ojos de pestañas negras,
batió las alas de blancura ténue,
y un alma á Dios llevó blanca y pequeña.
Y la caja se llevan los criados
al cementerio humilde de la aldea,
mientras que vuestros hijos como corzos
saltan por las veredas,
se bañan en las hondas del arroyo,
se esconden en las trojes de las eras,
y roban pajarillos indefensos
en los ocultos nidos de las selvas.
Y el señor, que es feliz, según vosotros,
el señor que no pena,
llora, viendo jugar á vuestros hijos,
llora, al veros bregar sobre la tierra...



LA ROSCA

Ya está el campo preparado,
ya está limpia la palestra
cuya bóveda es el cielo
cuyo piso es la pradera,
ya los dos jueces de campo
tienen la rosca sujeta
y en el aire la levantan
mientras los mozos se aprestan.

La gentè forma en dos filas
que señalan la carrera,
el alcalde y los más viejos
ocupan la presidencia
y al dar la voz *los padrinos*
se disparan como flechas
los dos mozos de más temple
los dos de más resistencia;
los mejores corredores,
los de más flexibles piernas.

Al vencido otro sucede,
al último otro releva,
y así, sin tomar descanso,
se pasan la tarde entera
sin que ninguno se entregue
y sin que ninguno ceda.

Al fin el de más empuje,
llega á ganar la carrera,
llega á recoger el premio
disputado en la contienda,
y sin limpiarse la frente
de polvo y sudor cubierta,
tira la rosca á las plantas
de la moza á quien corteja.

EL PASEO DE GUZMÁN

Un templete donde toca
la banda del Regimiento
escogidas melodías
que acreditan á un maestro,
unos árboles sin agua,
unas sillas en el medio,
á un lado las artesanas
luciendo su hermoso pelo,
á otro lado la *jai laife*
(perdonen como la suelto)
con esas blusas caladas,
con esos airosos cuerpos,
con las faldas rabicortas
y con flores los sombreros.

Y más allá, en el camino
apartado, corto y serio,
los señores formalitos,
los sesudos, los severos,
que critican á los pollos
(sin recordar que lo fueron)
y que traen á la memoria
añoranzas de otros tiempos.

Y como fondo del cuadro,
un polvillo fuerte y denso,
que se posa en los vestidos,
que se para en los sombreros,
que rodea las figuras,
que emborrona los objetos
y que subiendo en los aires
va por el eter diciendo,
que para higiene y limpieza
no hay como este Ayuntamiento.

El Maragato

Le dicen que es descendiente
de una raza soñadora
que fué dueña algunos siglos
de las tierras españolas.

Le dicen que hasta en sus trajes
esta influencia se nota,
y en sus costumbres hay dejos
de aquellas costumbres moras
tan hondas y apasionadas,
tan dulces y melancólicas.
Pero él si lo sabe, calla
ó aparenta que lo ignora,
pues como cristiano nunca
quiso nada con Mahoma.

Es trabajador á prueba,
es de una honradez notoria;
y antes que apunte en sus labios
del negro bozo la sombra
deja su región querida,
deja su amor y su choza,
y se lanza por el mundo
á buscar el pan con honra.
Y si la Diosa voluble
de la fortuna le sopla,
y si á fuerza de sudores
algunas ganancias logra
el Maragato no tiene
de avaricioso la nota,
y se contenta con poco,

y cuatro cuartos le sobran
para «mercar» unas bragas
negras, finas y sedosas
para volverse á su tierra,
al bello rincón de Astorga,
y allí con su maregata,
engalanada y vistosa,
al son de los tamboriles
bailar una danza mora.



LA MULTA

Cantando el *vals de las Olas*
salió al balcón la criada,
sacó el felpudo á la vista,
sacudiéndole con ganas,
cayó sobre un transeunte
un diluvio de filachas,
un dedal, tamo, un carrete
y otras cuatro zarandajas.

Y el *poli* que allá en la esquina,
despierto y vivo acechaba,
sacó el negro cartapacio,
tomó el nombre de la casa,
y fué á denunciar el hecho
al Concejo, de palabra:

Se extendió la papeleta,
fué el *poli* mismo á llevarla,
salieron á recibirle
los dueños y la criada;
ésta le llamó *cochino*,
aquéllos... otras palabras
tan cultas como decentes,
tan sonoras como bravas.

Y cuando el hombre, animoso,
va á exigir la multa intacta,
se encuentra con que el Teniente
ó el Síndico, ú otro que manda,
se la había perdonado
á la rebelde criada.

.....
Y como pocos tenemos
la voluntad tan gallarda,

que suframos los reveses
con resignación y calma,
el *poli* si ve una riña
ahueca al instante el ala,
si ve un borracho se aleja,
si ve un barullo se marcha,
y ni *pa Dios* se le ocurre
volver á meterse en nada.



El Curandero

Ni San Martín ni Jimeno,
ni Mariani ni Pulido,
ni Cajal ni Simonena
ni Reina, Espina ó Albitos,
han obtenido los éxitos
que en la región ha obtenido
el curandero de fama,
hombre sagaz, viejo y listo
que cuenta entre los clientes
lo más *sic* y distinguido
de los valles leoneses,
anchos, hermosos, floridos.
¿Clínica? La misma plaza
ó el portalón ancho y frío,
con una mesa vetusta,
una sartén y un hornillo
de donde salen á cientos
milagrosos específicos.
¿Instrumentos? La navaja
con que corta los chorizos,
ó se arregla la madreña
ó hace flautas á los chicos.
¿Antisépticos? El agua
del arroyo claro y limpio
que bordea la casucha
del curador peritísimo.
Y los clientes á cientos,
cojos, mancos y tullidos,
unos con dolor de muelas,
otros con dolor de oído,
el de aquí con *la reuma*
la de allá con el *histórico*.

Nuestro hombre les examina,
les toma el pulso seguido,
al quebrado le da un golpe
que le hace pegar un brinco,
y le hace ver las estrellas
y le hace llamar «borrico».
A la histérica receta
cocimientos de tomillo
con enjundia de carnero
ó cosa por el estilo,
al reumático le manda
darse unas friegas con vino,
(friegas que el enfermo hace
trasegando los cuartillos)
y los de aquí por *chiripa*,
y los de allá por *capricho*,
y los unos por ilusos,
y los otros por simplísimos,
se ponen buenos y engordan,
y cobran pronto los bríos,
y le aplauden y le alaban,
y le tienen por un *tío*.
Pero una vez se equivoca,
ó se cuele mejor dicho,
el enfermo no se cura
ó le mata el *específico*,
y la familia le coje,
le apalea de lo lindo,
y al *curandero* del pueblo
se le pierde el ojo clínico
y como un mortal cualquiera
tiene que dejar su oficio
y volver sobre el arado
y pasar calor y frío,
bregando sobre la tierra
como los demás vecinos.

A B A Y L A R N A

¿Quién había de pensar
que usted el poeta aguerrido
que tanto diera que hablar
cuando empezaron á *andar*
Sabas, Argüello y Garrido,

que usted el paladín cruel
que mojó la pluma en hiel
y dió mucho revolcón
se retirara al cuartel
de la cuesta Castañón?

Y allí dichoso y sujeto
á ese asilo solitario
viva feliz, sano y quieto
dando escarola al canario
y dando besos al *nieto*.

No, pardiez; hay que luchar,
hay que salir á ensalzar
lo noble, lo bello y santo.

¿No ve usted como yo canto
todo lo que hay que cantar?

¿Que su nieto es muy gracioso?
¿que es un verdadero hallazgo?
por lo sano y lo precioso?
Es que á usted el *abuelazgo*
le ha vuelto muy empalagoso.

Y se sentará á su lado
y le llamará monín,
rico y tesoropreciado
y se... quedará enterado
el risueño chiquitín.

Muy bueno es que usted le quiera
y que ordene á la niñera
se le dé tarde y mañana
¡pero mándenos siquiera
un *verso* cada semana!

La cosa es fácil y lisa,
entre sonrisa y sonrisa
que le dirija su *nieta*
puede hacernos un soneto
muy de prisa, muy de prisa.

Soneto que gustará
por ser de aquel paladín
que aún olvidado no está.
¡Soneto que nos traerá
las risas del chiquitín!



¡SOLOS!

I

Una vez me sentó en su regazo
y posando en mis labios un beso,
con acento muy triste me dijo:
«á buscaros el pan voy muy lejos.»

A mi madre después abrazóse,
ante un Cristo rezó un *padre nuestro*...
y al salir para siempre de casa
rechinaron las puertas del huerto.

II

Mucho tiempo pasó. Cierta día
á mi casa llegó un pobre viejo
y una carta entregó.. ¡pobre madre!
al leerla cayóse en el suelo.

.....
Tras las cumbres el sol se escondía,
las campanas tocaban á muerto....
y al salir el anciano de casa
rechinaron las puertas del huerto.



LA LOCA

A Sinesio Delgado

Una tarde de invierno borrascosa
en que el sol no alumbraba el firmamento,
y caía la nieve silenciosa
en copos que danzaban en el viento,
tembloroso y helado
mirando sin cesar al horizonte,
de regreso á mi pueblo abandonado
subía la pendiente de su monte.

Por el viento arrastrado y sacudido
llegó hasta mi un quejido.

Me paré con terror. No oía nada,
más al seguir la marcha interrumpida,
tiritando su carne amoratada
vi á la loca, convulsa, y desgredada
que hacia mi se arrojaba decidida.

Me aparté de su lado prontamente,
ella me contempló con sentimiento,
y al seguir su camino, indiferente
una triste canción lanzó en el viento.

.

Lentamente la tarde se apagaba.
La noche, que entre sombras avanzaba,
se extendía medrosa.

Al fin de la pendiente me encontraba,
y aun la canción aquella, quejumbrosa
en la cumbre del monte resonaba....



SU RETRATO

En el fondo de artístico estuche
de nácar y seda
su retrato conservo entre flores
marchitas y secas.

Su figura de mí no se aparta,
de mí no se aleja,
y estoy viendo á través de la caja
sus ojos azules,
su frente serena.

Mil traiciones, que hirieron mi pecho,
sus ojos encierran,
y en sus lábios sonrisa traidora
espira ligera.

Mirarle no quiero,
porque temo que al ver su belleza,
olvidando pasadas injurias
su perdón implore ..
¡y otra vez la quiera!



LA CRUZ DE LA RIBERA

A la entrada del pueblo,
en la hermosa ribera,
alza una cruz sus brazos
que aprisionan las ramas de una hiedra.
Nadie sabe su origen,
nadie su historia cierta,
y todo el mundo ignora
qué suceso ó qué acción allí recuerda.
En las noches de invierno,
cuando el ábrego suena,
cáe lenta la nieve,
y el tronco en el hogar chisporrotea,
los viejos me contaron
mil patrañas diversas,
mil consejas horribles,
que yo, niño, escuché con fé sincera .
Hoy, si de noche paso
ante la cruz aquella,
no sé qué me sucede
no sé qué me intimida ó qué me arredra,
un frío misterioso
en mis huesos penetra...
y tiemblo al ver los brazos
que aprisionan las ramas de una hiedra.



La Nochebuena en la Aldea

A Rafael de Ochoa

El tambor en la plaza alegre suena,
y hollando con sus pies la nieve helada
vá cantando la turba alborozada
al ancho templo que anhelante llena.
Sobre el limpio mantel, donde la cena
terminó la familia atribulada,
del hijo que marchó la carta ansiada,
lee el padre con voz clara y serena.
Al oírle, una niña candorosa
los ojos baja al suelo ruborosa,
y cerca del hogar lloran dos viejas
murmurando devotas oraciones,
mientras que allá, debajo de las rejas,
preludia la rondalla sus canciones.



Á BORDO

El cielo sigue azul. El mar callado
se agita entre las rocas perezoso,
y de la luna el disco, tembloroso
aparece en sus ondas reflejado.
Después que por su patria hubo luchado
torna á su hogar el héroe valeroso,
y en oscuro rincón busca el reposo
á su cuerpo rendido y destrozado,
De repente un sonido penetrante
entre el fragor de la revuelta espuma
surge alegre llevado por el viento.
El soldado despierta delirante,
y rasgando fugaz la densa bruma
se aleja hasta el hogar su pensamiento.



EL NIÑO EN LA CUNA

(Traducción del francés)

Marchad de su lado. Yo guardo su cuna.
¡Dejadle dormir!

Dejadle que ignore los duelos del mundo,
¡dejadle reir!

Dejad que en su oído murmuren las hadas
un cuento de amor.

Dejad que le lleven á estrañas esferas,
¡allí donde ignore lo que es el dolor!

Dejadme á su lado. Marchad al momento.
¡Dejadle dormir!

Mirad que es muy triste la vida, ¡y el niño
empieza á vivir!

• • • • •
Yo velo su cuna Marchad de su lado
que vá á despertar.

Dejadle que ignore los duelos del mundo!..
¡dejadle soñar!



LEYENDA

Á mi amigo Alberto L. Argüello

I

Visitando las ruinas del castillo
que del pueblo allá en tiempos fué tirano,
sentados una tarde en su rastrillo
un labriego sencillo
la historia me contó del castellano.

II

Casóse Don Tristán con Doña Juana,
una rosa lozana
que ostentaba otra rosa en sus blasones.
¡Bella debió de ser la castellana!...
En la ermita cercana
consérvanse en un lienzo sus facciones.
Más ¡ay! tras del placer vá la amargura
Por ley constante y dura
unidos á los dos la vida encierra...
Al empezar los días de ventura
la crónica asegura
que el noble Conde se marchó á la guerra.

III

A su fiel escudero confiada
dejó á su esposa amada.
Resistió de la lucha los azares,
y una vez concluida la cruzada,
con su fuerte mesnada
en alas del amor corrió á sus lares

IV

¿Qué fué lo que escuchó? Dudó un mo-
luego con ardimiento, [mento,
á su esposa abrazó, y ella llorando
«Perdonadle, Tristán, su atrevimiento»
—dijo con triste acento—
«¡En el nombre de Dios perdón demandol»

V

Ahora, mirad allí. ¿Veis esa espada
por el tiempo gastada?
—me dijo el aldeano conmovido—
Pues al nacer el alba sonrosada
en la torre clavada
tenía al escudero suspendido.

· · · · ·
Hoy, cuando algún muchacho bulli-
avanzando medroso, [cioso,
logra herir á pedradas el acero
al vibrar en la piedra, tembloroso,
exhala mil quejidos lastimero.



PETRILLA

Al pié de la fuente,
de la fuente que brota en el cerro,
sentada en las piedras
con la vista clavada en el suelo,
está la Petrilla,
Petrilla, la moza más linda del pueblo,
oyendo las frases,
las frases de fuego
que la dice Julián, el soldado
que vino de Cuba herido y enfermo

.....
«Enjuga tu llanto,
no llores por eso.»

«Ya te he dicho que yo te perdono,
¡que todo lo creo!

.....
«Pero no te marches,
espera un momento.»

«Deja que un instante
contigo recuerde los días aquellos
en que eterna pasión me jurabas
al pié del sendero.»

.....
«¿Que ya me olvidaste?»

«¿Que no soy tu dueño?»

«¿Que tan solo un recuerdo lejano
conserva tu pecho?»

«También yo te olvido,
¡también te aborrezco!»

«Para estar con el alma penando
más vale estar solo, más vale estar muerto,»

.....
El sol en las aguas
proyectaba su disco de fuego.

Siguiendo el camino
el soldado marchóse hacia el pueblo...
y al pié de la fuente,
de la fuente que brota en el cerro,
llorando se queda
Petrilla, la moza más linda del pueblo.



MUERTA..

Hundida en el lecho, con dulces palabras
alienta á su madre que llora en silencio,
y abriendo sus ojos, forzada sonrisa
se plega en sus lábios marchitos y secos.
Allí, ante una imagen envuelta en las
[sombras
dos cirios despiden sus tristes reflejos,
y haciendo mil signos, con mueca terrible
la muerte se esconde detrás de su lecho.
Recuerdo precioso, marchita una rosa
con ánsia aprisionan sus débiles dedos.
La lleva á sus labios. Más ¡ay! en sus labios
cual ola en la playa espiran sus besos.
La tarde termina; allá en los cristales,
el sol se refleja con disco de fuego.
Postrada de hinojos, la madre llorosa
murmura oraciones muy cerca del lecho.
.....
Flotantes sus rizos, cerrados sus ojos
oculto entre flores descansa su cuerpo,
y el alma, cual ave que busca su nido,
á ignotas regiones emprende su vuelo.



MENUDENCIA

La campana sonó. Cesan las voces.
Nubes de polvo ocultan la palestra;
y al estallar el látigo en los aires
y al sentir las punzadas de la espuela
al galope se lanza el noble bruto
rebotando sus cascos en las piedras.

El jinete redobla sus esfuerzos,
el caballo redobla su carrera,
y cuando ya, entre aplausos delirantes,
de los demás se pone á la cabeza,
una fuerte y nerviosa sacudida
al jinete despide con gran fuerza.

Y al ver como su cuerpo magullado
se retuerce en la tierra,
saliendo de su palco, indiferente,
exclama su señor: «perdí la apuesta.»



LA SEÑORITA

Nunca me cansaré de bendecirla,
¡es tan buena y tan guapa!
Negro su traje, sus ojuelos negros,
sus manecitas blancas.

.....
Todos los días al caer la tarde,
en el jardín sentada,
me saluda, al pasar con tal tristeza
que se me parte de dolor el alma...
Dicen las gentes que la pobre niña
de su amante fióse en las palabras,
y que este la engañó como un cobarde,
y ella después... le perdonó la infamia.

.....
Hoy la he visto otra vez. Entre azucenas
y flores de purísima fragancia,
los restos de la pobre *señorita*
para siempre descansan.
Parece sumergida en dulce sueño,
¡no quiero despertarla!
blanco su traje, blancas sus mejillas,
¡y sus manos más blancas!...



PASTORIE

I

Era Clori la más linda pastora
que en la comarca aquella
lucía su hermosura encantadora;
y al tener tales dotes la doncella
escusado es decir, caros lectores,
é inutil afirmar, bellas lectoras,
que la adoraban todos los pastores
y la envidiaban todas las pastoras.

Más ¡ay! su corazón era de piedra.
Las súplicas de todos rechazaba.
Y sólo, allá, en su pecho,
apasionado amor tierno guardaba
á su pastor Fabricio
el pastor más inculto y desgreado
que apacentaba ovejas por el prado,
¿cómo es posible—me direis ahora—
que la pastora al tal Fabricio quiera?
¡Caprichos de su mente soñadora!
(Porque debo advertir que la pastora
era un tanto ideal... allá en su esfera.)

II

El sol tras la montaña se escondía,
y su disco inflamado
en el azul del agua reflejado
fantástica linterna parecía.
Al pié de un arroyuelo que corría
entre el cespéd del prado,
sobre la verde hierba reclinado,

Fabricio su rebaño apacentaba
y arrancando unas flores escuchaba
las palabras que Clori le decía.

«Escucha mi pesar, Fabricio ingrato,
¡templa ya tus rigores!

y deja que una vez mi pecho herido
á tí mi bien querido,

el más bello de todos los pastores
te cuente su penar y sus dolores»

«¿Mi corazón á tí no se ha entregado?»

«¿No están cansados de llorar mis ojos?»

«¿No subo por la noche á la montaña,
y mientras tu durmiendo en la cabaña,
te olvidas de mis quejas,

no cuido sola yo de tus ovejas?»

«¿No guardo para ti, Fabricio amado,
la dulce miel que labran mis abejas
y el cordero más tierno y regalado?»

«¿*Mis huertos no te dan frutas y flores?*»

«¿No es Clori la zagala

por quien suspiran todos los pastores,
y á la que en hermosura nadie iguala?

«¿Entonces por qué esquivas mis caricias?»

«¿Porque mi pena avivan tus rigores?»

«Contesta de una vez, Fabricio amado,»

«¡Calma con tus palabras mis dolores»

Y el pastor, que se había ya dormido,
á Clori contestó... con un ronquido.



A una máscara

Al pasar á mi lado alborozada,
entre una alegre confusión de voces
soltando una estridente carcajada,
dijiste: «¿Me conoces?»
Y á pesar de que huiste de mi lado,
y ocultó el antifaz tus lábios rojos,
tu imagen en mi pecho se ha grabado,
¡eran negros tus ojos!



A un escéptico

Me dices que no hay Dios, y que no existe
la hermosa creación,
que todo lo que ves es de la mente
• una pura ficción,
la existencia del hombre en tus delirios
te empeñas en negar...
¡y hoy al morir tu madre, á ella abrazado,
aprendiste á llorar!



La noche de ánimas

I

Noche de difuntos,
¡qué noche tan negra!
Las nocturnas aves
á la torre llegan
y de agudos gritos
los espacios pueblan.
Silba recio el viento
por las chimeneas,
en el campanario
cruje la veleta,
y turbando el sueño
de la pobre aldea
lanza la campana
notas lastimeras.

*Y aquel son,
triste, muy triste, resuena
en el yerto corazón.*

II

Tristes los pastores
á la choza llegan,
del hogar al lado
tímidos se sientan,
y mientras el tronco
que arde entre la leña
se retuerce seco
y chisporrotea,

con voz temblorosa
el más viejo empieza
á contar historias
y horribles consejas
de fantasmas, muertos,
y ánimas en pena,
que á la tierra bajan
en la noche aquella...
Luego en la cabaña
el silencio reina.
Solo allá, en la torre,
de la pobre aldea
lanza la campana
notas lastimeras.

*Y aquel son
triste, muy triste, resuena
en el yerto corazón.*



Carnaval

Aborto de la Roma corrompida
que brotaste al calor de tus pasiones,
¡ya la turba celebra tu venida
con grotescas y agudas contorsiones!

Mas ¡ay! que será breve tu reinado
pasará tu dominio prontamente,
y al huir de tí mismo avergonzado,
¡la ceniza caerá sobre tu frente!



¡Vae victis!

¡Pobre España! Tu historia ha terminado.
Ya no eres tu la juvenil España
ante cuyo valor y patriotismo
sus frentes las naciones inclinaban.

En tu cuna gloriosa se mecieron
los Guzmanes, los Cides y los Albas
y otros mil que en las hojas de tu historia
escribieron sus hechos con sus lanzas.

Tu raza se halla ya prostituida.
Tus hombres de hoy son hijos sin entrañas
que celebran el duelo que te aflige
con locas y estridentes carcajadas.

Y mientras tu llorando te deshaces,
la multitud hirviente allá en la plaza
aplaude al diestro que en la seca arena
hace al toro rodar de una estocada.

· · · · ·
Si es que quieres ganar nuevos laureles,
vuelve á tu Dios, empuña nuevas armas,
¡que la cruz vencedora del Auseba
fué la cruz victoriosa de Granada!
Pues si á tu corazón la fé no alienta
y sigues á tus vicios entregada,
tal vez dentro de poco tus hogares
hollarán sin piedad guerreras plantas.

Y entonces derramando acerbo llanto
y convertida en repugnante esclava,
temblando escucharás aquel «Vae victis.»
que resonó en las bóvedas romanas.

NOCTURNO

Desierta la calle. Silencio profundo.
Oculto entre nubes está el firmamento.
La lluvia descende copiosa y menuda.
La tierra descansa sumida en el sueño.
El viento en las calles retuércese airado.
Sus roncocos gemidos repiten los ecos,
y allá, ante una imagen, envuelta en las sombras
despide una llama sus tristes reflejos.

.....
Pegado á una reja, oculto en la capa,
un hombre se encuentra mirando hacia adentro.
Palabras de fuego sus labios murmuran
¡Palabras y frases que arrastran los vientos!
De pronto, en las sombras, fatal carcajada
rasgando los aires resuena á lo lejos.
La reja rechina. El hombre se aparta
¡Temblando en sus manos fulgura un acero!

.....
Dos sombras se estrechan, se apartan, vacilan
se atraen, se oprimen luchando en silencio...
¡y al par que en los aires se pierde un gemido,
feroz carcajada repiten los ecos!



LO DE SIEMPRE

.
.
Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

CAMPOAMOR

I

Siguiendo las revueltas de un sendero
que naciendo en la falda del otero
se pierde en un rincón de la montaña,
al pié de una cabaña
cuyos bordes, de cespced matizados,
roza el caudal de cristalina fuente,
una vez en las piedras ví sentados
á los recién casados,
él amoroso y ella sonriente.
Cerca de ellos pasé, mas no me vieron,
y no sé qué palabras se dijeron
y lo que allá, entre dientes, murmuraron,
que al volver la cabeza
hacia el risueño grupo con presteza
ví que entre grandes risas se abrazaron.
Proseguí mi paseo, indiferente.
Y al pensar que en aquellos corazones
el amor no se unía á la perfidia,
hostigado por tristes reflexiones,
lector, yo te confieso ingénuamente
que á la gentil pareja... tuve envidia.

II

Un año se pasó, y á la montaña
volví por el sendero,
y al pié de la cabaña
que se eleva en la falda del otero,
sobre el cespéd sentados .
les encontré otra vez... ¡más no abrazados!
Al verme aparecer se sonrieron,
más... ninguna palabra se dijeron,
y al volver la cabeza,
observé que ella atenta me miraba
mientras que él... á su lado bostezaba.
Y al seguir mi paseo acostumbrado
y al ver aquel idilio terminado,
no sé por qué, lector pio y clemente,
pensé, te lo confieso ingénuamente,
que debí yo de ser el envidiado.



¡Nadie!

Nadie en mí repara
nadie á mí se acerca.
Hasta los jilgueros
que al nacer la aurora saltan por la huerta,
cuando yo los miro
presurosos vuelan.

.....
Sé que no me quiere,
sé que me desprecia!
¡Sé que mis palabras risa la causaron!
¡Sé que soy un pobre sin hogar ni hacienda
¡Yo si que la quiero! Cuando anochecido
llego del trabajo, me siento en su puerta
y espero á que salga,
pero nunca, nunca, he podido verla.
Nada la conmueve,
nada la interesa.
¡No sé como encierra un cuerpo tan blanco
un alma tan negra!

.....
Nadie en mí repara
Todos me desprecian.
¡Hasta los jilgueros
que al caer la tarde saltan por la huerta.
cuando yo les miro
¡como si me odiaran, presurosos vuelan!

Primavera

A mi amigo Quintiliano Saldaña

Pasaron medrosas
las noches tan largas de invierno
los fríos cesaron,
las nieves huyeron.
De azul se coloran
la tierra y el cielo
y al llegar de la tarde el crepúsculo
resuena, allá, lejos
el trino del ave
el soplo del viento
y el leve murmurio
del límpido arroyo que corre ligero.
De olorosas flores
se matiza el suelo,
brilla el sol sin nubes,
en el firmamento,
y rasgando el aire
con rápido vuelo,
vá la golondrina
su nido buscando, las alas batiendo.
Pasaron medrosas
las noches tan largas de invierno,
los fríos cesaron,
las nieves huyeron.
Tan solo mi alma

agitada por tristes recuerdos
halla en torno suyo
soledad y hielo.

*
* *

Bellas ilusiones
que turbais mi sueño,
pasadas quimeras
que bullís en mi mente de enfermo,
huid presurosas,
huid, que en mi pecho
envuelto en las sombras, con manto de nieve
se alberga el invierno.



La Humanidad

(*Fantasia.*)

Se oyen las carcajadas
y el choque de las copas.
Torrentes de armonía
en mil raudales brotan
de las vibrantes cuerdas
que blancas manos rozan.
Y ardiendo por la fiebre,
riendo como loca
en brazos de la orgía
la juventud se arroja.

.....

De pronto un ruido extraño
retumba por las bóvedas,
el suelo se extremece,
el trono se desploma;
y al par que mil quejidos
se escapan en las sombras,
rasgándose la gasa
que ante la puerta flota
su faz amarillenta
un esqueleto asoma

.....

Estallan nuevas risas
que ahuyentan la zozobra,
el espumoso vino
desbórdase en las copas,
y en tanto que las arpas
preludian nuevas notas

ardiendo por la fiebre,
saltando como loca
la juventud alegre
exclama con voz ronca:
«¡Los vivos á la danza!»
«¡Los muertos á la fosa!»

LA CONCHA

A la orilla del mar, en una playa,
una concha nació,
y flotando arrullada por las olas
á una roca se unió!
Jamás esfuerzo alguno, de la peña
la pudo desprender,
hoy con ella ya vive confundida
formando un solo sér.

.....
Cómo quieres que olvide tu cariño
y oculte mi pasión,
¡si mi pecho está unido con la roca...
que llamas corazón!



LA COMPAÑERA

I

Al despertar la hermosa Primavera
y al morir el invierno,
rozando con sus alas los cristales,
con su lazo en el cuello,
á mi padre una oscura golondrina
saluda al regresar de su destierro,
y abriendo su balcón, embelesado
la escucha el pobre viejo.

II

El invierno pasó. La Primavera
con sus galas alegre el universo.
Las flores dejaré sobre su tumba,
¡fué mi padre tan bueno!
Creyéndole dormido en sus mejillas,
dejé posar un beso.
¡Pareció que al sentirle, se alegraba
su semblante de hielo!

III

También ella ha venido á visitarle,
con su lazo en el cuello;
muy cerca del sepulcro hizo su nido,
¡no quiere abandonar al compañero!

• • • • •
Canta otra vez oscura golondrina,
resuenen en el aire tus acentos.
Canta otra vez! Tal vez desde su tumba
te escucha el pobre viejo!



CUENTOS

Con ella fui á la escuela,
y allá en las tardes del invierno helado
muy cerca de ella, en el hogar sentado,
los cuentos escuché de nuestra abuela.
Y cuando yo, después que anocheceía,
su parecer pedíala anhelante,
«qué bonito es el cuento, me decía,
en que de mal de amor muere Lucía
al ver que ingrato la olvidó su amante.»

Una vez mi carrera terminada
á la aldea volví y ¡oh suerte mía!
con un amigo la encontré casada.
Y al recordarla el cuento, en que Lucía
muere tras amorosos sufrimientos,
me contestó radiante de alegría:
«¡Ríete de los cuentos!»



EL LOCO POR LA PENA ..

(Cuento del Quijote)

En Córdoba un loco había
y cuenta que su manía
era llevar en la mano
un canto *no muy liviano*,
y si algún perro veía
poniéndose cerca de él
con una rabia cruel
el canto caer dejaba,
y siempre aullando marchaba
el magullado lebrel.

Cierto día el loco fiero
al perro de un bonetero
con el canto logró herir
y airado el dueño al sentir
su ladrido lastimero,
al loco que se marchaba
se asió con fiero ademán,
y al compás que le azotaba,
«¿no sabes tú - replicaba,—
que era podenco mi cán?»

.....
.....
Maltrecho el loco quedó
y cuentan que se enmendó,
pues si algún perro veía,
«este es podenco»--decía—
¡y el canto jamás soltó!



AMOR DE ALDEA

Al despuntar la aurora placentera
Juan el pastor, y Pedro el hortelano,
sentados á la orilla de una era
platicaban un día mano á mano.

Con la pastora Juana,
una fresca aldeana
que fama de hacendosa allí tenía,
iba á casarse Juan al otro día.

Por eso presagiando su ventura,
á todo lo que Pedro preguntaba
Juan gozoso, al momento contestaba

—¿Es la muchacha hermosa?—

—No señor, ni por pienso. ¡Es poca cosa!

—¿Es buena?

—¡No lo sé!—

—¿Te ha cautivado
con sus palabras?—

—Nunca he reparado
en ello!

—¿Entonces cómo
tu matrimonio, amigo Juan, se esplica?
Y Juan le contestó con mucho aplomo:
—¡Porque tiene una huerta grandecica!—



CUENTO VIEJO

Pues Señor, en un lugar
enclavado en Aragón
y que no quiero nombrar
por la sencilla razón
de que le debo callar,
un matrimonio existía
que al pueblo escandalizaba,
pues la mujer se dolía
de que el marido la daba
mil palizas cada día.

Tan mal seguía la cosa
que, aconsejada la esposa
por las vecinas prudentes,
cierto día fué llorosa
á quejarse á sus parientes,
tantas quejas exhaló
y tanto, y tanto lloró,
que del llanto conmovido
un pariente se plantó
en casa del buen marido:
«Desde hoy mismo han de cesar
—dijo nada más entrar—
esas leyes inhumanas.»
«Si la quieres castigar
hazlo con frases *cristianas*.»

Así prometiéndolo hacer
el marido afectuoso,
más á poco la mujer
al pariente fuese á ver
quejándose del esposo.

Al verle entrar, enojado,

dijo al pariente el marido:
con frases la he castigado
y aunque ella se haya quejado
yo cumplí lo prometido.»

Y después que así le habló,
una vara le mostró
donde escrito se leía:
«A mí mujer quiero yo»
«Padre nuestro.» «Ave María»

Sinceridad Campesina

La boda estaba arreglada
y al ir á ver á su amada
Pedro, saltando de gozo,
la halló en la puerta sentada
de palique con un mozo.

Pedro entonces la llamó
y al preguntarla anhelante
—cuando cerca de él llegó—
«Si hablaba algo interesante,»
ella así le contestó.
«¡Pues qué habíamos de hablar!
Como él me ha sido tan fiel,
si yo llegara á enviudar
créeme que, sin tardar,
me casaría con él.»



CUENTO

El maestro se moría,
y aunque el pobre conocía
que mejoraba de suerte,
á morir se resistía
dando largas á la muerte.

El cura que le apreciaba,
y cerca del lecho estaba,
con santo celo y unción
poco á poco le ayudaba
á acabar la confesión.

«¿En cuaresma has ayunado?»
—Preguntóle con dulzura—
y el maestro desgraciado
contestóle ya extenuado;
«¡todo el año señor cura!»

.
.

«Al fin hemos concluido.
Como cristiano has vivido
no tiembles, no llores, Blas
que en el cielo llevarás
el premio que has merecido.»

Y el mísero recordando
cuando estaba agonizando,
el hambre que pasó aquí,
preguntó al cura llorando
«¿Y nos pagarán allí?»



Contestación cumplida

Allá, en las guerras que en Flandes
nuestros reyes sostenían,
un alférez de los tercios
que de bravo alarde hacía,
(aunque de él se susurraba
por todas las compañías
que tenía gran respeto
á las balas y á las picas)
al capitán de las tropas
en una carta decía:

«Deseo mandar un *ala*
en la primer embestida.»

Y el capitán que al alférez
y sus hechos conocía
en el dorso de la carta
contestóle de seguida
«Si quiere mandar un *ala*.,.
mándemela de *gallina!*»



El Príncipe «juega...»

(Anécdota histórica)

I

Cansado de ganar reinos
y de extender sus dominios,
encontrándose achacoso
y por los años vencido,
el Coloso de la guerra
el Gran César Carlos Quinto
antes de abdicar el trono
con gran arte saber quiso
las prendas y cualidades
que adornaban á su hijo:
Y al valeroso Alarcón,
aquel grande distinguido
que brillaba en las batallas
por su valor y heroísmo,
le encargó que con cuidado
y con secreto y sigilo
al melancólico príncipe
expiara de continuo.

II

En un lujoso aposento
de tapices revestido,
contemplando su armadura
cabizbajo y pensativo,
pensando en la edad pasada
está el César Carlos Quinto.

De pronto rápidamente
alza sus ojos hundidos
y vé que por una puerta
entra triste y comedido
el valeroso don Pedro,
el expía de su hijo.

—¿Qué traes? le dice al instante

—Señor, un triste motivo,
¡El Príncipe, «juega!»

—¿Juega?

¿Lo has visto?

—Señor, lo he visto.

Y sin oír las palabras
que el de Alarcón después dijo,
tropezando, vacilante,
por su fiel guardián seguido
se encaminó hacia la cámara
donde habitaba su hijo.

Más al llegar á la puerta,
y aplicar allí su oído,
oyó que con duras frases
y que con agudos dichos
el príncipe se burlaba
de los grandes y ministros,
que allí, en su mismo aposento,
prestábanle sus servicios.

III

—¿No dijísteis que «jugaba,»

—Señor, mantengo lo dicho.

Su alteza, el príncipe, juega ...
¡juega con sus favoritos!



GUENTECILLO

Un ricachón de *Bolonia*,
hombre desprendido y pródigo
para celebrar sus bodas
á los convidados todos
lo que pesaron en bruto
se lo entregó en onzas de oro.

Y un andaluz, de Sevilla,
al leerlo en un periódico
soltando una carcajada
exclamó con grande aplomo:
«No me eztraña. Ezas cozitas
solo las hace... *un bolonio*».



TERQUEDAD ARAGONESA

En su borrico un baturro
á su pueblo regresaba
y cuanto más le animaba
andaba menos el burro.

Tantos palos dió sin tino
sobre el borrico el matraco
que el burro, ya viejo y flaco,
se echó en medio del camino.

«¡Ridiez!» —dijo el baturrico
cuando en el suelo se vió. —

«Mas terco que tu soy yo
¡y eso que eres un borrico!»

En el suelo bien se está
y aunque al oirlo te espantes,
¡mientras tu no me levantes
nadie me levantará!»

El sol brillaba en el cielo
y el sol aun volvió á ocultarse
y el burro... sin levantarse
y el baturrico .. en el sue lo.



El cuento de la abuela

- ¡Abuela! Cuente algún cuento
—¡Cuéntenos un cuento abuela!
—El de *La Princesa Rubia*.
—El de *Blanca la Princesa*!
—Yo me siento aquí.—Yo allí
—Este es mi sitio.—¡Que atiendas!

Al fin las voces se callan,
en silencio todo queda,
y con su voz temblorosa
la anciana á contar empieza
un cuento que siendo niña
oyó contar á su abuela.

«Pues señor, este era un príncipe
célebre por su belleza,
y yendo de caza un día...»

- ¡Yo quiero el de *La Princesa*!
—¡Que se calle!—¡No me callo!
...¡Testaruda!.. ¡Tonta!.. ¡Necia!

Las voces van en aumento,
uno llora, otro pateá,
y despues, sin acordarse
del cuento ni de la abuela,
dando gritos, á la plaza
salen todos con presteza.

Y sola, tras los cristales
sin abandonar la rueca
murmura bajo, muy bajo,
al verles reir la vieja:
«Qué edad más feliz la suya ..
¡Qué edad más triste la nuestra!»

LIBERTAD, FRATERNIDAD E IGUALDAD

Yo, misero oscurantista,
al jesuita entregado,
vendido casi al Cabildo
y á los padres Franciscanos,
hoy te entono alegre un himno
¡Oh lema republicano!

Lema que reinas y vives,
lema que estás ensalzado
en esas horas terribles
para el hombre solidario,
para el krausista confuso
para el verbo ya apagado.

¡*Libertad!* Tu nombre cantan
los que siguen á Soriano
y ni respirar aún dejan
á los amigos de Blasco.

¡*Fraternidad!* Hoy te ensalzan
esos insignes hermanos,
que se llenan de dicterios,
de bochornosos vocablos,
de epítetos denigrantes
y de conceptos muy bajos.

¡*Igualdad!* Tu nombre dicen
esos hombres congregados
para nombrar otro jefe
fuerte y revolucionario,
y en el local no permiten
entrar á republicanos
que pueden echar por tierra
ese proyecto tan cándido.

Por eso, al ver yo ese lema
amoroso, dulce y santo,
puesto en labios que se insultan,
maltrecho y apaleado,
el mísero oscurantista
que está al Cabildo entregado,
que se alimenta de aceite
de lámparas de santuarios,
entona en tu honor un himno
¡oh lema republicano!
y ensalza tus excelencias
y pregona tus encantos.



Himno á la Armada Española

Cortando sus quillas los rizos de espuma,
y siendo sus barcos los dueños del mar,
marchando ligera envuelta en la bruma,
la flota española á América vá.

Rápida surca
las blandas ondas,
ligera corre
á Nueva York.

Nadie resiste
su bravo empuje,
¡llevan los barcos
nuestro pendón!

De Churruca, Gravina y Galiano
que sois hijos sabreis demostrar,
y antes, si, de encontraros vencidos,
¡dormir en el fondo del mar.

Surca ligera,
flota española,
las blandas ondas
del ancho mar.

Que, aunque te venzan,
vendrás con honra,
¡como volviste
de Trafalgar!



EL PEREGRINO

Yo le hé visto avanzar por la pendiente
del áspero camino
bajo el cálido fuego
de un sol abrasador, de un sol de estío.

Yo le hé visto avanzar penosamente
apoyado en su báculo bendito,
caer en los guijarros,
herirse en los espinos,
besar la piedra que rasgó su frente
y sonreír al encontrarse herido...

Muy cerca de él sonaba rumorosa
la corriente del río,
del río en cuyas aguas transparentes
apagaban su sed los pajarillos,
los perros del rebaño,
las reses del aprisco...

La sed quemaba sus reseca s fáuces,
se entreabrían sus labios contraídos
al sentir abrasada su cabeza
por aquel sol de estío...

¿Si la vió? No lo sé. Vi que sus ojos
al cielo se elevaron doloridos,
ví, que por un impulso violento
llegó al borde del río,
y ví que, sin beber, por otro impulso
más profundo y más vivo,
se alejó de las aguas rumorosas
y se borró entre el polvo del camino.



RAREZAS

Es frecuente, tan frecuente
que se ve todos los días,
hallar sujetos que tienen
la demoniaca manía
de echar pestes de los curas,
de las gentes que practican,
de los frailes y las monjas,
y tríduos y cofradías.

Y hoy se burlan del que entierran,
como la Iglesia consigna,
hoy se ríen del que hace
la cruz con agua bendita
y mañana al ver un cura
que por su acera transita
se van corriendo á la otra
por no oler á sacristía.

Hasta aquí yo estoy conforme,
yo aplaudo esas gallardías,
á mí me encantan los hombres
que siguiendo una doctrina
ni se rinden, ni se bajan,
ni se asustan, ni se achican.
Pero lo usual, lo corriente,
lo que se tiene á la vista,
lo que aquí, como en mil sitios,
sucede todos los días,
es que al morirse ese hombre
que ni cree ni practica,
que se burla de los frailes
y que odia á la clerecía,
por disposición expresa

del mismo ó de su familia,
tiene un entierro cristiano
con rezos y agua bendita,
con salmos y padre-nuestros,
con cruces y con *vigilia*,
con tañidos de campanas
y rezos de cofradías.



SONETO

¡AÑO NUEVO!

Ya sonó la argentina campanada
que en la torre preludia el nuevo día.

Ya cantaron los gallos á porfía
al ver del sol la faz ensangrentada.

Ya la turba que huella la nevada,
sábana inmensa, de blancura fría,
lanza al aire mil gritos de alegría
celebrando del año la llegada.

Solo un corazón, hecho pedazos,
quiere romper de su dolor los lazos
y busca en él la calma peregrina.

Más ¡ay! que cuando el alma sufre y
[llora
no llega nunca la esperada Aurora,
¡que el año del dolor nunca termina!



UN PEDANTE

Vestido á la *dernière*, hecho un paquete,
con hechuras y porte de magnate,
parece algún marqués, y es un petate
que solo tiene de hombre algún ribete.

Pasea con caciques, de bracete,
por llegar en política á primate;
y en su afán de ser algo, es... botarate
con meollo y enjundia de zoquete.

Razona con los pies cuando discute;
de ocurrente y gracioso se da pote
con guasitas que pasan de matute;
y aunque el pobre es más tonto que Pichote,
le priva los sentidos el disfrute
de imitar, en lo necio, á D. Quijote.



PARA UN ABANICO

A LA NIÑA J. MARTÍNEZ

I

Por favor en el baile
tu me pediste
que unos versos te hiciera
¡lo conseguiste!
y ahora estoy viendo
que al repararles, niña,
te estás riendo.

II

Más ¡ay! pronto en el mundo
harás tu entrada,
y al recordar tu mente
la edad pasada
estoy pensando
que al repararles, niña;
lo harás llorando.



A MARÍA

Me dices que jamás la lira mía
Tus dones y bellezas ha cantado,
Y aunque peque tal vez de exajerado
Me voy á disculpar, bella María:

Un poema de lágrimas y duelos
Tu pecho virgen en su arcano encierra...
¡Más son poco los cantos de la tierra
Para alabar á un ángel de los cielos!

A LAS INDIAS

Creció la envidia en su mente,
surgió el deseo tenaz,
flotaron ante sus ojos
las delicias de la mar,
los encantos del dinero
que traían los de allá.

Y encontró pobre su aldea,
amargo y duro su pan,
pobre su faja encarnada
y miserable su hogar.

Y aquel mozo laborioso,
para el trabajo tenaz
con los suyos obediente
y amable con los demás,
sintió extrañas rebeldías
amargura y sequedad,

sed de riquezas, deseos
de vivir y de gozar.

Y así marchó de su aldea,
y así marchó de su hogar,
y así cruzó aquel camino
que acaso no cruce más,
mientras que otros compañeros,
bregando sin descansar
trabajando sudorosos
sobre la tierra feraz,
al verle subir el monte
cantaron este cantar:

*«A las Indias van los hombres,
á las Indias por ganar,
las Indias aqui las tienen
si quisieran trabajar.»*

Trabajó como trabajan
los que sin amparo están,
los que viven con trabajo,
del ajetreo tenaz,
sin descansos y sin treguas
sin sosiego y sin parar
como trábajan los parias,
en lucha fiera y brutal
con el terreno rebelde
con aquel suelo inferaz,
lejos del suelo nativo
lejos del risueño hogar
y el trabajo no le daba
más que un pedazo de pan
y las riquezas no llegan,
y no llega el bienestar.
La tierra no era la tierra
amorosa del hogar,
el sol no era el sol clemente

de las montañas de allá,
y aquél suelo le abrasaba,
y le abrasaba el brillar
de aquel sol que iluminaba
el cielo meridional.

Creció el dolor en su mente
surgió el deseo tenaz,
la visión de aquella aldea,
donde era sabroso el pan,
dulce el sol que la alumbraba,
verde el prado y el jaral,
alto el pico de la sierra
que el cielo baja á besar.

Y volvió en busca del suelo,
noble, amoroso y natal,
y volvió á abrazar al padre,
que no dejó de llorar,
y contento y satisfecho
sobre la tierra feraz,
hace brotar de su pecho
las notas de aquel cantar.

*« A las Indias van los hombres,
á las Indias por ganar,
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar. »*



ANÉCDOTA

Luis catorce á un cortesano
ordenóle cierto día
que en breve tiempo quería
que aprendiera el castellano.

Trabajó con mucho ardor,
por que se llegó á pensar
que le querían mandar
á Madrid de Embajador.

Y después que con esmero
supo hablar el castellano
á ver á su Rey, ufano
fuese un día el caballero.

Ante el trono se inclinó,
y al decir con alegría
que ya el español sabía
así el Rey le contestó:
«Quise que usted cuanto antes
el castellano aprendiera
para que hoy mismo leyera,
el *Quijote* de Cervantes.»



EL BAILE LEONÉS

Ni la *jota* tan bizarra,
ni el *vals* seductor y lento,
ni la *petenera* triste,
ni el *galope* cancanesco,
ni la *sardana* severa,
ni la *danza*, ni el *aurresku*,
tienen la dulce cadencia,
los pausados movimientos,
del baile que en nuestros campos
se baila al son del pandero.

Baile agradable y sencillo,
sin flexibles escarceos,
sin posturas *sicalípticas*,
y sin desplantes groseros,
baile que es baile de veras
y es saludable y honesto
y da descanso á las almas
y energías á los cuerpos.

Lugar de la escena: el campo
si está caluroso el tiempo,
la plaza si es el otoño,
la escuela si es el invierno.

Protagonistas: la moza
que va á sonar el pandero,
la de voz mejor timbrada,
la de físico moreno.
la más guapa. la más linda
la mejor moza del pueblo.

Y el corro que forman todos,
chicos, mujeres y viejos,
y dentro la gente moza,

que baila con gran contento,
en conjunto abigarrado
chillón, llamativo y bello,
que forman los colorines
de refajos y pañuelos.

Ronco el pandero acompaña
el canto sonoro y nuevo,
la copla alegre y sentida,
el estribillo travieso.

Y la moza cantadora
á su compás vá diciendo
aquellas nobles leyendas
de damas y caballeros,
en que las damas se mueren
de amores puros y honestos,
y los pajes se entristecen,
y luchan los caballeros,
la muerte de *Delgadina*
la hazaña de *Don Gaifero*.

Este es el baile de veras,
este es el baile del pueblo,
baile que no tiene nada
de chavacano y grosero,
baile que dá paz al alma
y da energías al cuerpo,
baile agradable y sencillo
digno, pausado y honesto.



LA FACENDERA

Tocó alegre la campana
con suave tintineo,
la oyeron los venerables
patriarcas de mis pueblos,
y envueltos en sus pañosas
que parece son de hierro,
abandonan las cocinas
donde entre humo espeso y denso
hablan de la sementera,
de las vacas, del ternero,
del diputao del distrito,
de las Cortes y el Gobierno.

En el atrio de la Iglesia,
se reune aquel concejo,
el venerable Senado
reliquia de aquellos tiempos
en que ni había alguaciles
ni jueces ni carceleros,
pero en que la paz reinaba
aquí y allí, fuera y dentro.
La *facendera* se aprueba,
la facendera es un hecho,
los brazos del pueblo todo
prestarán auxilio presto
y la fuente y el camino
han de quedar como nuevos,
pues el pueblo se lo exige
y hay que obedecer al pueblo.

Y tal día en tal camino
se juntan mozos y viejos

y dan un golpe á la azada
y á la cántara dan ciento
hasta que el vino alegrillo
dá la pez en un momento
y cogen los azadones
y se retiran al pueblo.

La fuente quedó como antes
el camino no está nuevo,
pero habrá otra *facendera*
que decretará el concejo
y entonces... entonces juro
por lo más santo y más serio
que... han de quedar como antes
esos servicios del pueblo.

EL FILANDERO

Alegrilla va la moza
camino del *filandero*,
alegrillos los colores
que matizan su pañuelo,
más alegres las sonrisas
que abren sus labios bermejos,
y más alegres sus ojos
grandes, rasgados y negros.

Sabe que allá, en la cocina,
la espera un hogar con fuego,
la espera el copo de lino
y la espera el mozo apuesto,
el galán que la corteja,
que la ha rendido su afecto,
que la entona dulces coplas,
y la pone ramos nuevos,
y la cuenta sus sentires

castos, honrados, intensos.

Fría es la noche de nieve,
fría es la noche de invierno,
frío es el cierzo que ruje
por las plazuelas del pueblo,
pero la moza camina
con paso firme y ligero,
que si está fría la noche
en su corazón hay fuego.

Ya entró en la vieja cocina
llena de mozos y viejos,
ya se acercó al amorcico
de las llamas del sarmiento
que se queja tristemente,
que crepita ronco y viejo,
ya tiene preso en sus manos
el copo blanco y espeso,
ya llamó con su mirada
al que la rindió su afecto

Y es feliz la leonesa,
feliz en aquel momento
en que el lino se adelgaza
en las yemas de sus dedos,
en que se encuentra al abrigo
de los frios del invierno,
y en que dulces y suaves,
en su oído van cayendo
promesas que son caricias,
palabras que son consuelos,
alegrías y esperanzas
ilusiones y recuerdos.



UN RETO

Prendaron los asturianos
unas vacas en el puerto
que eran de Juan, aquel mozo
guapo, gallardo y apuesto,
que se comía una oveja
con patas y con pescuezo;
mozo que echando la *barra*
ó *aluchando* por los pueblos,
se ganaba los laureles
del valor y del... esfuerzo.

Y allí están los asturianos
tan alegres y risueños
con las vacas que prendaron
y que guardan satisfechos
y allí están con sendos palos
de avellano bien derechos
dispuestos á armar *camorra*,
en defensa de su fuero,
y á dar á los leoneses
garrotazo y tente tieso

Oyó Juan la su desgracia
en la taberna del pueblo,
corrió á su casa enseguida
buscó el garrote soberbio
con porra claveteada
y empuñadura de cuero,
subió á la peña más alta
vió á los astures riendo,
y alzando la cachiporra
noble, esforzado y soberbio,

así dijo á los de abajo
con voz terrible de trueno:
«Malos demonios os lleven,
asturianos los de Oviedo;
mala peste entre al ganado
que está en los prados paciendo,
mala bruja dé el mal de ojo
á vuestros hijos pequeños.
Y si mis frases os duelen
y os ofenden mis *conchetos*,
venid con los avellanos
á medir los palos nuestros,
que á *mandrias* nadie os gana,
y á fanfarriosos y necios.»
«Yo vos reto en esta peña,
aquí á todos os espero,
y si es que tenéis coraje
y lleváis calzones puestos,
venid con Juan á la riña,
asturianos los de Oviedo.»

Los asturianos, que no eran
ni pacíficos ni quietos,
templaron sus avellanos,
escalaron aquel cerro,
y Juan sacudió la porra,
y los otros le siguieron,
y cansados de dar golpes,
de sangre y sudor cubiertos,
uno y otros se marcharon
por los caminos opuestos.

Y el leonés victorioso,
á la entrada de su pueblo,
limpió la sangre enseguida,
limpió el traje descompuesto,
clavó la gorra en el palo,
puso en la faja el pañuelo,

y entró gallardo en su casa,
altivo, noble y apuesto,
como lo hiciera el buen Cid
al regresar de un torneo...



CARTA ÍNTIMA

A Alberto L. Argüello

Desde aquella edad sincera
en que juntos nos lanzamos
tras la musa *sarzulera*,
y en que casi nos ganamos
una silba de primera.

Hasta este momento actual
en que la pluma he mojado
en tintero colosal,
los dos hemos capeado
idéntico temporal.

Tú cantaste, yo canté,
tu escribiste yo escribí,
tu musa aplaudida fué
yo... *en todas partes dejé
memoria amarga de mí.*

Y para estrechar la unión
de esta mútua estimación
nacida en tiempos ya idos
hoy, tu y yo, estamos vendidos
á la *negra reacción.*

Y juntos con ella vamos
y con valor la ayudamos,
aunque haya algunos *señores*
que en burla, digan que estamos,
ordenados de menores.

Cosa, que en parte, es verdad,
pues por gracia del Señor,
yo estoy en la intimidad
ordenado de menor,
de un *menor* que es mi rapáz.

Y ora le doy mil palmadas,
y ora admiro sus hechizos
y, oro río sus monadas.
¡Hacemos tantas bobadas
los *señores primerizos!*

En él cifro mi ilusión
y él me roba la atención
y absorbe todo mi ser
y él me aparta del deber
y él... me moja el pantalón.

Por lo tanto apenas puedo
tomar parte con denuedo
y en poco os puedo ayudar
en ese hermoso luchar
sin desmayos y sin miedo.

Soy un insigne padrazo
y es mi labor buscar pan,
para el que está en mi regazo
Conque... recibe un abrazo
de tu amigo y *sacristán.*



CONTESTACIÓN A UN DESAFIO

Su epístola singular
me viene á desafiar,
y hoy le debo repetir
para que lo vuelva á oír,
que no le quiero matar.

Para que se entere usted,
que es mi espada vencedora,
en secreto le diré,
que á quince maté en Zamora,
¡los quince con que luché!

Riñendo en otra ocasión
una oreja en Torre vieja
corté á un inglés de Londón.
Y me valió una ovación...
juntamente con la oreja.

No lo tenga por mentira,
y aunque sé que muy bien tira
á la espada y al florete,
grande compasión me inspira.
¡Sólo yo valgo por siete!

De sus *roncas* no me cuido,
que ya las eché en olvido,
más si vuelve por sus fueros
como hacen los... majaderos,
con un trompis le despido.

Mañana hay un funeral
por una prima carnal
que hace un año subió al cielo,
si no lo toma usted á mal
puede acompañarme al *duelo*.

Hoy, amigo, estoy de boda,
pues se casa mi vecino,
y debo seguir la moda.
Puede usted si le acomoda
venir también de *padrino*.

Si á pesar de todo intenta
lavar con sangre la afrenta
y el sable empuña su brazo,
debe tener en cuenta
que quizás lleve *un sablazo*.

Y si insiste en su opinión
pidiendo satisfacción
y me envía los padrinos,
aunque asuste á los vecinos
¡los tiro *por el balcón!*



SÁTIRA DE LOS CACIQUES

No extrañes, Fabio, que mi lira amada
que antes cantó la vida de la aldea
hoy vibre entre mis manos irritada.

Deja que rayo en este día sea
y en un arranque varonil y recio
se lance sin temor en la pelea.

Voy á herir á esa turba á quien desprecio,
turba que el suelo castellano asola,
que humilla al sabio y ajiganta al necio.

Turba que altiva su pendón tremola,
¡parásitos que sorben nuestra sabia
récia, fecunda, noble y española!

Dios me dé fuerzas, corazón y *labia*
y desde aquí te juro, noble amigo,
que han de sentir el peso de mi rabia.

.. ¿No le ves? arrugado como un higo
avanza con soberbio continente
sepultado en los pliegues de su abrigo.

Es el primer cacique, el que la gente
respetaba como un Dios, el que altanero
vendimia la provincia mansamente.

Todo el mundo le quita su sombrero
y él, bajando con gracia la cabeza,
contesta con un gesto lisonjero.

Dejadle que camine con presteza,
¡tiene mucho que hacer! y ante ese ruego
sería el detenerle una torpeza.

¿Dónde camina tan nervioso y ciego?
A ver al Diputado á quien acosa
al Obispo, al Alcalde, y al Juez luego.

—*Ayer ha dado á luz, mi cara esposa
y quiero para el chico que ha nacido
un pequeño destino en cualquier cosa.*

—*Señor Alcalde, ruego que el marido
de mi prima carnal, figure en lista
y cobre algún jornal sano y crecido.*

—*Señor Juez: Ayer tarde en El Cronista
me llaman vividor. Yo aquí le imploro
que hoy me meta en chirona al periodista.*

—*Sería Su Ilustrísima un tesoro
si á mi primo le dá una canongía
¡El pobre tiene tanto amor al coro!*

Y el Alcalde la nómina le envía
y el Juez atiende atento aquella queja
y el rapaz *paga* ya á su ama de cría.

Una vez que arreglado todo deja
se retira á su casa sosegado.
Si es que vuelve á salir . ¡Dios nos proteja!

...¿Quién es ese de rostro abotagado
que á la ciudad se acerca lentamente
en lomos de un rocín mal encarado?

Es... Don Fulano, un rico de repente
el cacique *rural*, el que al gobierno
vá á prestar un apoyo con su gente.

Aunque parece un monstruo del Averno
no señor, es un hombre muy sencillo
tan bueno como el pan sabroso y tierno.

¿Que dá con interés su dinerillo?
¿Que por puertas á muchos ha dejado?
El no tiene la culpa el pobrecillo.

La tiene todo aquel que lo ha gastado,
la tiene todo aquel que lo ha perdido
y al buen Señor se lo pidió prestado.

Ya vió al Gobernador, ya ha prometido
que el candidato ha de salir á flote
aunque el pueblo se ponga enfurecido.

Y cumpliendo el programa, el barbarote
dá al candidato un triunfo verdadero
empleando ora el vino, ora el garrote.

Y en pago de aquel triunfo lisonjero
el prohombre le llena su bolsillo
y el Gobierno le nombra *caballero*.

Ya no quiero luchar con tanto pillo
y hoy por hoy ya medroso cierro el labio,
y antes que verme entre sus garras, Fabio,
¡que me mate el Señor de un tabardillo!



LA TRIBUNA GITANA

Por el áspero camino
que á morir viene en las eras,
silenciosa caravana
lentamente ya se acerca.

Van delante los muchachos
que corren, saltan y juegan,
van en medio las mujeres
en los lomos de unas bestias
que caminan torpemente
inclinando sus cabezas
buscando entre los rastros
matujas de fresca hierba.

Y cierran la caravana
hombres de carnes morenas,
con sombreros de anchas alas
y encinturadas chaquetas.

El sol tuesta aquel camino
que por el valle serpea,
la codorniz en las mieses
lanza su canción eterna
y la tribu va adelante
jadeante y sonnolienta,
sin techo que la dé sombra
ni hogar que albergue la ceda.

Las mujeres al mirarles
cierran airadas las puertas
y recogen las gallinas
que en la calle cacarean,
los perros alzan sus frentes
y enderezan las orejas,
y acojen con sus ladridos
á la gente forastera.

—Son gitanos—dice un chico
que va corriendo á la escuela.

—Son moros—dice una joven.

—Son malos—grita una vieja,
y los mozos atrevidos
les insultan y motejan
y hasta alguno rencoroso
lanza á la tribu una piedra.

Callan las extrañas gentes
y siguen por las callejas,
temerosos los muchachos,
los hombres con caras fieras,
las mujeres silenciosas
y fatigadas las bestias.

Y cruzan el pueblo todo
y salen á las afueras
sin que una voz compasiva
les pregunte por sus penas,
sin que una mano cristiana
pan moreno les ofrezca,
sin techo que los dé sombra,
ni hogar que albergue les ceda.



LA LEONESA

Yo la he visto sudorosa
segar la heredad pequeña,
sintiendo sobre su frente
la lumbre de un sol que ciega,
el fuego de un sol fecundo
que hasta la sangre caldea.

Yo la he visto allá en las tardes
sombrias y cenicientas,
cuando la nieve ha cubierto
los montes, valles y sendas,
subir la cuesta empinada,
buscar las matas resecas,
cargar el haz en sus hombros
y traerle hasta la aldea
para entregar á los suyos
calor, energía y fuerzas.

Yo la he visto laboriosa
tomar la delgada rueca,
hilar el copo menudo,
tejer las menudas hebras
para dar á los rapaces
abrigo que les proteja.

Soltera, tienen sus ojos
miradas dulces y bellas;
casada, guarda al esposo
sumisión grande y completa,
y robusta en las montañas,
y menuda en las laderas,
y blanca allá en los picachos,
y en las llanuras morena,
es sufrida y resignada,
y es obediente y es buena.

Y su humildad es tan grande,
y su ambición tan pequeña,
que cifra todo su anhelo
de una vida larga y recia,
en morir en su camastro,
teniendo á su cabecera
los hijos á quien abraza
y el crucifijo á quien besa.



La noche de Reyes

Ya nadie espera los Reyes,
Ya aquellos sujetos cándidos
Que con farol y escaleras
Pasaban la noche en claro,
Y ora en la Puerta Castillo,
Ora en la Puerta del Arco,
Y ya en el Parque sin hojas
O ya en las cercas sin tallos,
Esperaban la llegada
Victoriosa de los Magos,
Perdieron sus ilusiones,
Y sus proyectos dejaron,
Y metidos en las tascas
Pasan la noche en un trago
Sin sentir que por las calles,
Galopando, galopando,
Pasan tres hombres, tres Reyes,
Tres venerables ancianos
Que miran á los balcones



Y dejan en los zapatos
Juguetes y golosinas,
Burros y perros y gatos.

Huyó aquella poesía,
Aquellos tiempos cambiaron
Y hasta el rapaz inocente
Que hasta los diez ú once años
En las faldas de su abuela
Escuchaba aquel relato,
Y creía en la leyenda,
Y se tragaba el *bolazo*,
Con el rabillo del ojo
Está en la cama esperando,
Que la madre se le acerque
Y el padre pase descalzo,
Llevando medio escondido
Un automóvil muy rápido,
Una escopeta de «veras»,
O un hermoso acorazado.

¡Las nueces y las castañas
Que daban en otros años
Ya son viles golosinas
Ya son muy pobres regalos!
Y los rapaces se emperran,
Y se nos ponen huraños,
Sino exprimimos el bolso
Y nos gastamos los cuartos!

Reyes de nuestros abuelos!
¡Blancos y nobles ancianos!
dejad vuestra caminata,
fingid un gran constipado,
quedad en aquellos valles,
dulces, bellos y templados,
porque los tiempos se ponen
negros, horribles y caros,

y cada visita vuestra,
cada viaje y cada año,
nos cuesta á los pobres padres
¡una infinidad de cuartos,
un puñado de pesetas
y unas rabieta de encargo!



MUSA ESPAÑOLA

Herodes

De mi niñez venturosa,
de aquella edad sosegada
sin ambiciones febriles
y sin pasiones bastardas
como querido recuerdo,
como joya veneranda,
conservo de un rey Herodes
la figurilla menguada.
Cayeron de su corona
las turquesas y esmeraldas,
del armiño de su manto
ya no queda casi nada,
y sin duda en una lucha
sostenida en las montañas
con los Magos del Oriente
ó las legiones romanas,

su nariz de curva regia
perdió el infeliz monarca,
y en ella perdió sus manos
que blandían una espada
terror de todas las madres
verdugo de la comarca.
¡Pobrecillo rey Herodes!
Tu altiveza y tu arrogancia
fueron perdiendo el empuje
de las épocas pasadas,
y su tormento de sueños,
sangriento tigre de Hircania,
héroe de los nacimientos
que hacíamos en la infancia
hoy sirves de juego y risa
con tus narices tan chatas,
con tu corona raida
y con tus manos cortadas,
al consuelo de mi vida
al hijo de mis entrañas.
Pero yo no te desprecio,
ni me burlo de tu cara,
pues viéndote á tí, recuerdo
aquellas noches tan santas,
aquellos días felices
de bullicio y algazara,
las luces del nacimiento,
el cespéd de sus cañadas
los cartones de sus montes,
los cristales de sus aguas,
y el pastor con su escopeta,
y la mula con albarda
y otros mil anacronismos
que de quicio nos sacaban.
Y perciben mis oídos
las dulcísimas tonadas,

los villancicos alegres
que de los labios brotaban,
al compás de los rabeles
las castañuelas y latas.
Rey Herodes Rey Herodes,
cuánto bien haces al alma,
cuántos minutos felices
me proporciona tu cara.
Por eso yo no me río
de tu ridícula facha,
por eso yo no te arrojó
con lo que no vale nada,
y por eso yo conservo
como joya veneranda
tus narices descompuestas,
tus vestiduras manchadas,
tu silueta despreciable
tu figurilla menguada.



AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

En un diván de seda reclinado
con postura indolente,
y el hastío en su rostro reflejado,
el donoso Marqués de Benavente,
grande de España, dueño de un Ducado,
hombre alegre; soltero disipado,
que gastaba contento sus caudales,
con atención miraba
cómo de su cigarro se elevaba
el humo, en caprichosas espirales.

Al regresor del *Club*, á media noche sepultado en el fondo de su coche, observó que una vieja miserable, que estaba en el arroyo tiritando, una limosna le pidió llorando.

Y, por primera vez, compadecido de la angustiada queja que se hallaba aquel pecho dolorido, dió orden de parar á su cochero, y á la harapienta vieja una moneda la arrojó altanero.

Á su casa llegó malhumorado, y después que á un criado ordenó que cerrase los salones, en el diván reclinado

empezó las siguientes reflexiones:

- «Es preciso mudar, mudar de vida,»
- «Mis rentas disminuyen lentamente,»
- «Aumentándose van todos mis gastos,»
- «Desconfía de mi toda la gente.»
- «Las salidas son más que las entradas»
- «Mis fincas empeñadas»
- «Mi crédito perdido y humillado»
- «¡Y mi blasón ilustre mancillado!»
- «Me debo de enmendar. Mía es la culpa»
- «¡Más una duda al empezar me asalta!»
- «¿Por donde empezaré? ¿Por la comida
- «¿Por el Real? ¿Por el *Club*? ¡ah! no, no
[quiero»
- «¡El problema acerté! ¡Ya hallé salida!»
- «¡Desde hoy queda en mis gastos suprimida la propina que doy al cocinero!»



DE ANTAÑO

De aquella raza tan fuerte,
de aquella raza ya muerta,
tan valiente como noble,
y tan noble como buena,
en el querer muy constante
y en el batallar muy recia;
queda tan pobre recuerdo
y tan débil descendencia
que el coraje se desata
y la sangre se caldea
al comparar estos tiempos
con las edades aquellas.

Y nietos de aquellos hombres
que asombraron á la tierra
paseando por dos mundos
la castellana bandera
son los valientes de ahora,
los héroes á la moderna,
que «conquistán»... corazones
en la Bombilla ó las ventas
y que por cualquier pretesto
echan mano á la herramienta
para mostrar á las gentes
que son hombres de vergüenza.

Y descendiente inmediata
de las mujeres aquellas,
de aquellas hembras de empuje
que con sangre de sus venas
en el libro de la Historia
escribieron mil proezas,
es la juventud de ahora
esa juventud excéptica

que se burla impertinente,
de las tradiciones viejas,
y que tilda de ignorantes,
oscurantistas y necias
á las razas que pasaron
y á la juventud aquella
tan valiente como noble
y tan noble como buena...



Septiembre

(MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE)

.. Pasaron ya los calores
rigurosos del verano,
huyeron las golondrinas
del alero del tejado,
y huyeron las *vacaciones*,
con sus meses codiciados,
con sus *siestas* adorables
con sus placeres baratos.

¡Adiós hondonadas verdes,
adiós, arroyuelos mansos,
testigos de mi vagancia,
de mi soledad hermanos,

Y adiós hija del alcalde,
que entre suspiros incautos
amorosa me entregabas
en la falda del cercado

de tu corazón, las llaves,
¡y de tu padre, el tabaco!

Partiré como partimos
los estudiantes honrados,
con el *reló* en el bolsillo,
con el pañuelo bordado
con un gabán en buen uso,
y una breva entre los labios.

Me levantaré á las once
iré al café y al teatro,
no pagaré á la patrona
no pasearé *los claustros*,
y cuando se acerque Junio
estaré tan enterado
que dudaré en el examen
(si me acosa el Catedrático)
si la célebre *Instituta*
del célebre Justiniano
era un código de entonces
ó una zarzuela en dos actos.

Y me atizará un *suspense*
más grande que un dromedario
y volveré... como vuelven
á sus hogares los vagos,
sin el *reló* en el bolsillo,
sin el pañuelo bordado,
sin el gabán en buen uso
y sin la breva en los labios.



¿TE DIVERTISTES?

(DIÁLOGO)

—Pero vamos, en concreto, ¿tu la corriste, Marciano?

—Hombre, te diré, Licinio, no te aseguro en *astrazto*, que yo me haya divertido como un grande de Palacio, ó como uno del Casino ú de otro lugar análogo, pero que pasé *una* risa, y dí bromas con tal garbo (que á poco más me revientan á patadas y estacazos) y bebí veinte cuartillos y me corré el gran bromazo, es cosa que yo no niego aunque me corten los cuatro remos que me dió *natura* (como dice el calendario).

Y sinó, larga un pitillo de esos buenos del estanco (porque las *colis* no abundan y ando muy mal de tabaco) y escucha los pormenores de lo que pasó á Marciano

Tu ya sabes que soy hombre metódico en *tós* mis actos y que soy más consecuente que Abarzuza y que Mellado.

Pues bien, jamás en mi vida de disfraces he cambiado y desde el Domingo al Miércoles ando vestido de ganso

que es un traje muy decente
original y acabado,
y que no falta al decoro
de lo civil, ni eclesiástico.

Ayer fiel á mi programa
salí á correrme un bromazo,
pá demostrar á las gentes,
que el Carnaval no ha marchado
y que hay humor y energías
y sal y pupila y garbo.

Pero el demonio lo hizo,
apenas doy cuatro pasos
cuando me encuentro al *Chiripa*
que milita con *Soriano*
y que me tiene gran tirria
por ser yo *reazionario*
y cantar en los entierros
y tener en casa un santo,
y ser pujando pendones
lo que es Maura gobernando.

Y claro, al verme las botas
pues me conoció *izso fazto*,
y cogiéndome del pico
me gurgutió por lo bajo,
las frases «mal Nozceleda»
«clerical» «tiruferario».

Esto del *tiru* exaltome,
lo creí un concepto malo,
le largué cuatro mamporros,
él me devolvió otros cuatro
y si no vienen los *pólis*
y nos dán dos bastonazos,
pues me quito la careta
y rabioso é indiznado...
echo á correr *pá* librarme
de los golpes de aquel bárbaro.

—¿Y después?

—Después Licinio
no doy cuenta de mis actos,
me envilecí con las copas,
y en esta dos, allá cuatro,
aquí seis, más allá siete,
el caso es que con los tragos
empezé á sentir mareos
y á dormir me eché en un banco.

—En concreto, ¿tu gozaste
ó no gozaste, Marciano?

—Hombre la verdad, aun no he hecho
el resúmen de mis actos,
pero si el *Chiripa* calla
y no me dá aquel mal rato,
y si yo no bebo un dedo
de aguardiente y de morapio,
y no me doliera un ojo
y no estuviera cansado,
te juro por mi, Licinio,
¡que me corro el gran bromazo!



EGO SUM...

Yo soy más liberal que el mismo Riego
y aunque albañil he sido por herencia,
hoy ejerzo otro oficio más conforme
con mi «carazter», opinión é ideas.

Y no me busque usted en el andamio
remendando agujeros y goteras,
sinó en el «cluz», ¡en la mansión gloriosa
donde va el Canalejas!

¡Allí está la verdad! Allí he sabido
que es un «mandria», el babieca
que se quema las cejas en la fábrica
ó pierde *carculando* la cabeza.

¡Viva la libertad! Ese es mi grito.

¡Muera la reacción! Ese es mi lema.

Por dos pesetas hablo contra el clero,
pido su destrucción por dos y media,
y si usted me da tres y me asegura
que es liberal de veras,
cuenta con la humildad de mi persona.
para hinchar á un presbítero la jeta.



LA VUELTA

—Hola Juan ¿Cuándo has llegado?

—Pus atiyer seña Pepa.

—Dame un abrazo chiquillo.

—Ahi van cuatro.

—Bueno, aprieta;

—¿Y tu madre?

—Pues ansiosa

esperaba ya mi vuelta.

—¿Qué grado tienes?

—Ninguno,

siempre á cero seña Pepa;

de corneta fuí á la Habana

y hoy me güelvo de corneta.

—¿Qué negro estás?

—Pues pa chasco

usted no cae en la cuenta

de que en aquellos países
se ven las cosas mu *negras*.

—¿Te has batido?

—Como un héroe,

en veinte acciones de guerra

he matado más mambises

que pelos *tié* mi cabeza.

—¿Y qué es del hijo de Pedro?

—Pués tiene la fiebre negra.

—¿Y Fermín?

—Fermín el pobre,

se halla debajo de tierra.

Figúrese usted que un día
nos mandaron á él y á menda
pa que fuésemos á un monte
á traer un haz de leña;
nosotros obedecimos,

tomamos la carretera,
y por fin cuando del monte
subíamos ya la cuesta,
unos cuarenta insurrectos
nos enseñaron la geta.

Al ver que aquello iba serio
oztamos por la defensa,
carguemos nuestros fusiles,
y por toda la rimpuesta
les mandamos, sin aviso,
de plomo gruesas almendras.

Yo, al ver que ellos contestaban
con ozsequios de igual fuerza,
dije á Fermín por lo bajo
«chico agacha la cabeza
no se escape alguna bala
y se cuele en la mollera».

Al pobre no le dió tiempo,
pues antes que concluyera
de darle aquel buen consejo
moribundo cayó á tierra,
y yo encontrándome solo
arrojé la impedimenta,
y más ligero que un galgo
corriendo por la maleza
llegué por fin al poblado
¡ay! por poco me revientan.

—¿Y tú no has tenido lances?

—¡Ya lo creo! seña Pepa.

El día cuatro de Marzo
(fecha que llevo aquí impresa)
al asaltar un poblado,
me hicieron en la cabeza
un siete tan. . regular,
que me encontraba ya en puertas
de marcharme al otro barrio

sin despedirme siquiera.

Pero el médico es mu listo,
y es hombre de tanta ciencia
que sólo en cuatro semanas
me la puso como nueva.

—¡Ay hijo! dame otro abrazo,
deja que esta pobre vieja
de gozo llore.

—¡Por vida!

déjese usted ya de penas
esta tarde con mi madre
nos vamos á la Almudena,
y después que allí recemos
tomamos una *manuela*
y vamos á las Vistillas
para celebrar mi güelta.



Menudencia

Las palabras y frases amorosas,
Huyeron de tus labios presurosas,
Que así muestres tu olvido no me extraño,
¡Ya el mundo me ha enseñado, entre otras cosas,
Que es la mujer sinónimo de engaño!



PARÉNTESIS LITERARIO

I

Sonó el silbato, retembló el suelo
y entristecido, con el pañuelo
el baturrico su adiós le dá,
y la baturra llorando queda
sin que un consuelo prestarla pueda
la viejecica que llora más.

II

El tren paróse y alborozado
del negro coche salta un soldado
que á la baturra dá un beso al fin,
la vista luego gira impaciente
y al suelo entonces baja la frente
¡la viejecica ya no está allí!



¡UN AÑO MÁS!

Rojos tus labios, tus mejilas rojas,
al escuchar mis ruegos,
«Un año más espera todavía»,
me dijistes riendo.
¡Un año! Loca estás. Largo es el plazo,
más no tiembles... te espero,
¡no quiero averiguar si son mentira
tus palabras de fuego!
Te volveré á creer aunque me engañes.
Ya lo sabes, te espero,
¡aunque una voz me grita allá en el alma:
«un año más... una esperanza menos!»

EL TREN CORREO

POEMA INÉDITO

I

Yo no sé si lo creo ó no lo creo,
pero, Nila, te digo
que al expreso maldigo,
y soy admirador del tren correo.

El exprés con su marcha de centella
el alma me acobarda y me intimida
pues me hace ver que aunque la vida es bella
es muy fugáz y efímera esa vida.

En cambio el tren correo
no produce las ansias del mareo,
y corriendo con marcha acompasada
demuestra claramente y yo lo creo
que en el mundo no hay prisa para nada.

Y cruza el tren exprés con rauda brio
el valle inculto y la feráz llanura
llevando allá en su seno grande y frío
almas en donde reina la amargura,
¡almas roidas ya por el hastío!

Y lanzando mil notas penetrantes
se desliza el correo por el suelo
llevando en sus entrañas palpitantes
cartas dulces y amantes
¡portadoras de paz y de consuelo!

II

Y escúchame una historia
que al fin te va á saber á miel y á gloria.

...Llegó el tren. Una cara sonriente
á otras caras se acerca prontamente,
y hay señora que llora,
y también hay señora
que incapaz de llorar baja la frente.

Y antes que dé el vapor roncós silbidos
te voy á describir si tu lo quieres,
á la mujer, modelo de mujéres,
y al hombre aquél, espejo de maridos.

Alta, firme y delgada,
ella es un conjunto de primores,
y en su cara pequeña y bronceada
aparecen dos ojos ¡dos traidores!
y dos labios ¡dos granos de granada!

El ni guapo ni feo,
ni devoto ni ateo,
más con un corazón grande y profundo,
y quiere á la mujer que lleva al lado
con un amor muy firme y arraigado,
¡con un amor .. que yano hay en el mundo!

El cura del Pilar de la Oradada
que según una vieja
como todo lo dá no tiene nada,
ante una imagen bella y adornada
acaba de casar á la pareja.

Y como en esa fase de la luna
toda la gente cansa é importuna
es natural que marchen enlazados
á ocultar esos mimos prolongados
en una población bella y moruna.

La hora de partir ya se avecina,
ya la señal el jefe dió con tino
¡«que coma bien»! —le dice la madrina—
«¡que vuelva bien»! le dice su padrino —

Se agitan en el aire los pañuelos
el tren avanza ronca y lentamente
y allá, desde los cielos,
el viejo Sol les mira sonriente.

III

Y ahí tienes esa historia
que no es original y... sabe á gloria.

Yo no sé si lo creo ó no lo creo
pero ahora te digo
que al expreso maldigo
y soy devoto fiel del tren correo.



CÁSATE... Y VERÁS

(Consejos á un amigo)

Tus líneas cariñosas
he recibido
en las que tu me dices
regocijado
que á una chica andaluza
has elegido,
pues quieres al momento
cambiar de estado.
Dices, entre otras cosas,
«que la *infrascrita*
es de familia noble
y acaudalada;
que tiene buenos ojos;
que es muy bonita;
¡que el padre te la entrega
muy bien dotada!;
que baila por lo fino
—también me dices—
que su gracia y su salero
te han cautivado »
¡Malo! No las prometo
muy felices.
¡Va á ser tu casa un baile
continuado!
aunque son muy laudables
tus intenciones,
al casarte cometes
una locura.
¡No traerá el matrimonio
más «bendiciones»

que las que al desposaros
os eche el cura!
¡No sé como por novia
fuiste á Sevilla!
¡Aquí también podías
haberte *ahorcado!*
¡Hoy en cualquiera parte
se halla «costilla»
para vivir con ella
«descostillado»!
No vayas á enfadarte
con mis consejos;
No quiero que te irriten
mis dichos viles;
que aconsejar tan solo
pueden los viejos. .
¡y apenas he cumplido
los veinte abriles!
Escucha dos palabras,
y he terminado:
tras de la cruz se dice
que está el demonio;
más ya muchas personas
han demostrado
¡que es tras la cruz pesada
del matrimonio!



HUMORISMAS INTIMAS

I

Dices que yo me enfado y que te asusto,
y en eso, Nila, mientes
¡que solo yo me enfado por el gusto
de que tu me contentes!

II

Se casó con un cuerpo sandunguero
¡y hoy bendice su vida de soltero!

III

Se casó con un alma bella y pura
¡y á su mujer adora con locura!

IV

Yo no sé si te quiero ó no te quiero
pero habrá algún motivo
cuando lejos de ti, Nila me muero,
y cerca de tí, vivo.

V

Dormido y no dormido
no sé más que pensar en nuestro nido.

VI

No me digas que soy indiferente
y á tu lado me aburren tus destellos
pues me sé de memoria los cabellos
de los rizos que caen sobre tu frente.

VII

Ya veo nuestro hogar en mi memoria
y créeme, me olvido de la Gloria.

VIII

Bebí fuego en tus ojos cierto día
y. . ¡siempre tengo *sed* morena mía!

IX

Es nuestro amor tan puro
que á tu lado soy bueno ¡te lo juro!

X

Me dicen que al amor sigue el hastío,
¡pero yo, Nila, de ese amor me río!

XI

Que tus labios jamás me digan nada
si no dice lo mismo tu mirada.

XII

¡Si seré mentiroso y embustero
que me atrevo á decir que no te quiero!

XIII

Ha poco que nos vemos, más repara
que me sé de memoria ya tu cara

XIV

¡Ay! cuándo será el día
que te pueda llamar del todo mía!

XV

¡Cuándo podrán dos bocas muy pegadas
recitar á la vez mis humoradas!



A TU PRIMERA CANA

(INTIMA)

En el seno reluciente
de aquel rizo ensortijado
que roza tu blanca frente,
hoy amaneció imprudente
un hilillo plateado.

¡Una cana! Con temor
la arrancaste de aquel nido
tan negro y tan seductor
y hoy como prueba de amor
yo, mi bien, la he recibido.

En mi pecho está guardado
en mi pecho que es el foco,
de un amor desesperado
y con entusiasmo loco
yo mil veces la he besado.

La he besado porque es fiel
retrato de mi dolor
que destila amarga hiel
la he besado porque en él
beso mi primer amor.

Y aunque pobre y despreciado
en mi pecho eternamente
he de conservar guardado
el hilillo plateado
de aquel rizo de tu frente.



LA GOLONDRINA

I

Al despertar la hermosa primavera,
y al morir el invierno,
rozando con sus alas los cristales,
con su cinta en el cuello,
á mi padre una oscura golondrina
saluda al regresar de su destierro,
y abriendo su balcón, embelesado
la escucha el pobre viejo.

II

El invierno murió. La primavera
con sus galas alegra el universo.
Las flores dejaré sobre su tumba.
¡Fué mi padre tan bueno!
Creyéndole dormido, en sus mejillas
dejé posar un beso.
¡Pareció que, al sentirle, se animaba
su semblante de hielo!
También ella ha venido á saludarte;
con su cinta en el cuello;
Allí, sobre un ciprés hizo su nido
¡No quiere abandonar al compañero!
.....
Canta otra vez, oscura golondrina.
Inunden los espacios tus acentos.
Canta otra vez. Que allá desde la gloria
¡te escucha el pobre viejo!



EL CACIQUE RURAL

Apenas la rosada y blanca aurora
despliega las bellezas que atesora
por el llano y el monte,
tiñendo con su luz el horizonte,
pone la albarda nueva á su pollina,
rellena la insondable fiamblera,
y á la ciudad cercana se encamina,
donde el señor gobernador le espera.

Ya sube por la cuesta accidentada,
ya salió á la escampada,
ya sonríe el paleta
al ver que cuanto abarca su mirada
es suyo, pero suyo por completo.

¿Es suyo? No, mas como si lo fuera,
porque, en verdad os digo,
que al fin de la cosecha todo el trigo
no sé por qué se junta en su panera.

Se acerca á la ciudad, tenue neblina
de su fondo hacia el cielo se encamina
y se esfuma entre nubes de topacio;
ya surge su silueta caprichosa;
ya se ve destacar en el espacio
su Catedral magnífica y hermosa!

Una moza rolliza y desgredada
abre el viejo portón de la posada;
él se apea del asna, diligente,
la cual, olfateando la cebada,
lanza un rebuzno seco y estridente
que resuena en la calle abandonada
y se apaga en el aire prontamente.

Ya trasegó la copa de aguardiente;
ya brotó aquél regüeldo majestuoso

que despide un estómago potente,
y ya comiendo un pan sabroso y tierno,
paso á paso, con aire perezoso,
se dirige á la casa del Gobierno.

Allí, sin separarse de la vara,
que de un chopo ha cortado,
con el ujier se encara:

—¿Está el gobernador?—pregunta airado;
y el ujier amoscado
le responde:—Es preciso
darme su nombre para darle aviso.—
Y cuál no fué del mísero el asombro
ver que el gobernador sale á su encuentro,
y se lo lleva adentro
dándole palmaditas en el hombro...

.....
—Ya sabe usted para lo que es llamado,
don Pepito Celeste
quiere ser diputado,
y hay que *sacarle*, aunque sacarle cueste
hacer el disparate más sonado.
Y puesto usted lo sabe, con franqueza
pídame lo que crea conveniente.

Nuestro hombre se rasca la cabeza,
muerde la vara, límpiase la frente,
y al fin, dando disculpa á su torpeza,
responde lo siguiente:

—Sabe usía que sólo he conseguido
de lo poco, muy poco que he pedido,
hacer mi mayor depositario,
y síndico al soltero,
al sobrino portero,
al yerno juez, y al nieto secretario.

Más me queda un pariente,
para el cual yo no pido *mayormente*
que le nombren ministro, pues no es listo

(aunque cosas mayores ya se han visto)
sino que le destinen á *escribiente*,
porque si bien no sabe el majadero
ni escribir un renglón para un apuro
yo desde aquí le juro
que ha de saber cobrar como el primero.

¿Concedido, verdad? También deseo
que el muchacho mayor de mi Mateo
que dirige en el pueblo la rondalla
y ha entrado en suerte, aunque con poco tino
aunque es alto y derecho como un pino,
quede *corto de talla*
y la dé en su lugar el del vecino.

¿También lo doy por hecho? ¡Ah!, se me
[olvida,
quiero dar en el pueblo una comida
con pollos y jamones de *principio*
(á cuenta del ilustre Municipio).

No extrañe, por lo tanto, que le pida
que en las cuentas me pase esa partida.
¿También me lo concede? Pues quisiera
—y ya ve que no pido una quimera—
que á la cárcel se lleven amarrado
al hijo del suplente del Juzgado,
que ayer tarde en la era
me llamó *aprovechado*.

¡Qué calumnia tan baja y tan rastrera!
Y crea que si veo conseguido
lo poco que le pido,
don Pepito Celeste va al Congreso
aunque á algún elector le cueste un hueso.

... Y se marcha de allí con nuevo asombro
de la gente que espera,
que ve al gobernador en la escalera
darle nuevas palmadas en el hombro.

Y contento abandona la posada,
y se vuelve á la aldea,
viendo desde la blanca carretera
que todo cuanto abarca su mirada
irá pronto á parar á su panera.



EL PRIMER PECADO

I

¿Que quién tuvo la culpa del pecado?
no puedo responder.
Las mujeres al hombre le han culpado
Los hombres culpan siempre á la mujer.

II

Del árbol de la ciencia una manzana
nuestra madre alcanzó,
y después de morderla, á Adán ufana
ofrecióle... y Adán también mordió.

III

Comieron de la fruta prohibida,
y aunque los dos pecaron,
aún se hallan muchas Evas en la vida,
¡pero ya los Adanes se acabaron!



EL COLMO

El que la salud consume
en tugurios y tabernas,
el que arrastra por el suelo
girones de su vergüenza,
el que acude á la calumnia
y busca el arma rastrera
para herir á un enemigo
que se bate con nobleza
en fin, esa masa inútil
de la sociedad moderna
que ni trabaja ni sabe
realizar una acción buena,
es la que á diario dice
en círculos y plazuelas
¡que deben morir los frailes
por vagos y sinvergüenzas!



¿NO ME LA DAS!

Pensativa y soñolienta
con una sombra en el alma
en un ángulo del templo
suspiras arrodillada.

Ya pagastes el tributo
á la diversión profana,
aún lucen en tu cabeza
las alfileres doradas,
y aún suenan en tus oídos
las notas de aquella danza,
las voces roncadas y fuertes,
las amorosas palabras.

Y en un ángulo del templo
suspiras acongojada
y al sentir esos suspiros
que de tu pecho se escapan
rezando otro Padre nuestro
dirá una vieja beata.

«¡Dios mío, esta pobrecilla
ahora sale de la cama!»

Pero á mí que te conozco,
á mí que veo tu cara,
no me la dan esos ojos
que há poco vertieron llamas,
no me la dá esa mantilla
que oculta revueltas galas;
pues sé que al ver en tu frente
poner la ceniza santa
¡detrás del cura el demonio
se reirá á carcajadas!



FABULILLAS DE ACTUALIDAD

Con sus mejores trajes adornados,
por el rey de las selvas convocados,
en sus lujosos reales
juntáronse una vez los animales,
pues á instancia de un can y de un jumento
que acaudillaban todo el movimiento,
los demás animales afirmaban
(y allí con grandes gritos lo decían)
que si al lobo en la corte no admitían
al punto sus franquicias renunciaban.

Hubo tal *maremagnum* de opiniones,
que el buen león cansado
de tantas discusiones,
sin oír á la oveja,
que en contra protestaba con su queja
á instancias de un raposo marrullero,
que era su consejero,
poniéndose de pié sobre el estrado,
así dijo al concurso alborotado:
«A vuestra libertad dejo espedita,
para que ella le admita ó no le admita;
pero he de castigar sin remisión
á todo el que no vote su admisión.»
Y de esta *libertad* fué el resultado
que el lobo es admitido y aclamado.

.....
La moraleja de la fabulilla
aciértala lector. ¡Es muy sencilla!



TRISTEZAS DE UN SUSPENSO (1)

¡Ay mísero de mi, ay desgraciado!
ante sabios doctores
como víctima humilde, resignado
pasando mil fatigas y sudores,
sufrí, como estudiante, los rigores
¡los rigores del hado!

A vosotras ¡oh musas del parnaso!
culpo de mi fracaso;
y explicaciones pido rencoroso,
pues por hacer os caso
mucho tiempo perdí ¡tiempo precioso!

Mi tímido carácter, tan propenso
á rendirse al impulso denodado
del saber y la ciencia,
hizo con gran prudencia,
que al sentarme en el banco malhadado
quedara de terror mudo y... *Suspenseo*.

¿Que no contesté nada?

¿Que en la silla quedé petrificado?

Es que pensé, con mi conciencia honrada,
que Sancho, al buen callar, siempre han
[llamado.

La prosáica planta,
ya mucho no me espanta,
por que en ella de luz veo un destello,
pues sabrás bien lectora conmovida,

(1) Era Isaac muy joven, contaba apenas 16 años cuando hizo esta poesía en circunstancias originales.

Acababa de ser examinado en la Universidad de Valladolid, y oyó del bedel la lectura de notas, á él le habían suspendido, y con el lápiz escribió estos versos en los claustros de la Universidad, mientras los demás suspensos lloraban ó escondían su desgracia.

que si amarga es la vida,
es dulce como dulce de cabello.

¡Oh musas cariñosas,
que á mi con vuestras alas misteriosas
me señalais la senda del destino!
bajad hasta mi cuarto presurosas
y mirad las quimeras engañosas
tornadas en pepino.

Y tu, lira insensata
que has metido la pata,
y en la enramada umbría resonando,
vibrando en el espacio placentera,
para quedar vengado
del tiempo que contigo he malgastado
colgada vivirás de una espetera.



Leyenda del calvario

Melancólica luz rasgó los aires
ténue, sedosa y fina,
el aura, sacudiendo su pereza,
arrulló dulcemente las olivas,
y sintiendo aquel beso misterioso,
se entreabrieron sus hojas conmovidas,
y, piante, subió de entre sus ramas
la bandada de oscuras golondrinas.

Bandada que rozó el azul del cielo
bandada que llegó á las nubes mismas,
que, en caprichosos giros,
subió del monte á la enriscada cima,

bajó hacia el valle, que el Cedrón fecunda,
alegre, inquieta y viva.

Y cansada de huir, buscó el reposo,
cansada de volar sintió fatiga,
y fué á posarse en una cruz del monte,
y allí plegó sus alas movedizas.

Era la cruz de Cristo,
y aún su cadáver de la cruz pendía.

Su faz pálida y yerta
descansaba dormida,
flotaban en el aire sus cabellos
movidos por la brisa,
y manchones de sangre,
de una sangre rojiza
ocultaban sus labios sacrosantos
aquellos labios que también decían,
aquellos labios, fuentes abundosas
de amor y de doctrina,
rojos como las moras de Judea
dulces como la miel de Alejandría.

Y oprimía sus sienes virginales
la corona de espinas,
corona que arrancó de su cabeza
fragmentos de una piel sedosa y fina ..
Una miró á las otras vacilante,
batió sus alas firme y decidida
y se acercó á las sienes del Cordero,
y cayó al suelo la primera espina.

Y la bandada levantó su vuelo
y rozando la frente adormecida
fué sacando una á una
las puas agudísimas,
las espinas crueles
agudas, penetrantes, incisivas.

El cuerpo de Jesús tembló un instante,
la sangre circuló por sus mejillas,

y en sus cárdenos labios, amorosa
se entreabrió una sonrisa,
sonrisa de esperanza y de consuelo
de amor y de caricias.

Y alegre y satisfecha
la bandada de oscuras golondrinas
abrió sus alas, azotó los aires,
y se perdió en la inmensa lejanía.



LA CRUZ DE MAYO

Cruz bendita de mis valles,
cruz bendita de mi tierra
que en ella alzabas tus brazos
de humildes flores cubierta,
con campanillas azules
con peonías sangrientas,
yo te adoro de rodillas,
te adoro con fe sincera
por ser algo de mi alma,
algo bello que recuerda
aquellas tardes suaves,
aquellas verdes praderas,
aquella gente tan moza
y aquellas almas tan buenas.

En torno de tí saltaba
la mocedad de mi tierra
cantando alegres tonadas
riendo con risas frescas
cubriendo tus secos brazos
con margaritas abiertas,

con campanillas azules
con peonías sangrientas...

Hoy te cantan nuevas voces,
nuevas flores hoy te llevan,
nuevas risas de tu lado
en este día resuenan,
pero yo que no las llevo,
yo que no estoy de tí cerca,
te adoro con fe contrita,
con fe amorosa y sincera,
y con el alma te miro,
cruz de mayo, cruz esbelta,
cruz bendita de mis valles
cruz hermosa de mi tierra.



¡RESURRECCIÓN!

...Te contemplo en el huerto aquella noche
dulce, serena y cálida,
viendo correr por tus divinas sienes
gotas de sangre redentora y santa,
gotas de sangre que el dolor destila,
gotas de sangre que el amor derrama.

Te contemplo al sentir sobre tu boca
el beso del infame que te abraza,
el beso del traidor, que en tus mejillas
deja una inmunda baba.

Y te veo marchar por unas calles
angostas y apartadas
y te siento gemir, cuando te azotan,
llorar, cuando tu frente despedazan,
suspirar, cuando hieren tu costado,
perdonar, cuando muere tu mirada.

Y siento tus sudores en mi frente,
y fuego en mis entrañas,
un suspiro en el fondo de mi pecho,
y angustias en los pliegues de mi alma.

Más al ver que la piedra del sepulcro,
cae rota y destrozada,
al ver que tu silueta
en aquel fondo oscuro se destaca
y asciendes por la bóveda tranquila,
coronado de nubes erizadas,
rodeado de luz resplandeciente,
de magestad, de vida y esperanza,
el corazón respira,
la sangre se desata,
la tierra se despierta,
el sol vierte radiantes oleadas,
y á mis labios afluje
el canto del *Hosanna*
¡el canto más fecundo de la vida!
¡la estrofa más viril de la esperanza!



QUITERIA

El más apuesto mozo de aquel valle
era el sin par Basilio,
el luchador más fuerte,
el zagal más temido,
noble con la nobleza del cachorro
fuerte con la pujanza del novillo.

Cantando, le envidiaban las calandrias
de los bosque sombríos,
corriendo, los *rebecos* de las peñas
se quedaban muy chicos,
y tirando á la barra
le admiraban sumisos
los mozos más robustos y briosos
de los pueblos vecinos.

En fin, que en la comarca
cortaba el bacalao el tal Basilio.
Camacho era un ricacho
liberal, vanidoso y presumido
el que para casarse con Quiteria
y hacer una *sonada* en aquel sitio,
mandó alfombrar un prado,
mandó traer manjares exquisitos
y de pollos, jamones y embuchados
colgó las ramas de elevados guindos...

Y la sin par Quiteria
era una rosa del pensíl florido,
una flor de muy pocas primaveras,
guapa, gentil, de hermoso talle y brío.

Es verdad que venía paliducha
á *tomarse los dichos*,
pero ¿á qué novia en vísperas de boda
no sucede lo mismo?

Basilio es de Quiteria—según dicen—
Quiteria es de Basilio,
pero ni éste se casa con aquella,
ni aquella á éste llamará marido.

¿Por qué? Por lo de siempre,
por lo que está muy visto,
porque Basilio es pobre
porque Camacho es rico.
Más ¡ay! el amor tiene
recursos infinitos,
y Basilio apelando á su inventiva
finge muy bien un trágico suicidio;
y entonces al mirarlo ensangrentado
y en el suelo tendido
Quiteria enamorada
le da un *sí* acompañado de suspiros,
un *sí* claro y sonoro
que resucita al *muerto* (que es un *vivo*).
Y los grupos se alteran
y se lanzan mil gritos,
y en las mismas narices de Camacho
Quiteria se desposa con Basilio.
Y prosiguen las bodas comenzadas
y poco á poco caen los embutidos,
y Basilio se lleva á su Quiteria
y Camacho se lleva... *el primer mico*.



EN LA ARCADIA

—Respóndeme, zagala encantadora,
¿has visto discurrir por la pradera
hace una media hora,
con su rostro que envidia á la aurora
y su talle flexible, de palmera,
á mi linda señora?

¿Has visto si al pasar el arroyuelo
que entre el césped del suelo
camina murmurando

su pie menudo se mojó saltando?

¿Y viste si en los pliegues de su falda
traía una guirnalda

(guirnalda que orlará pronto mi frente)
de humildes flores y pintadas rosas
frescas, bonitas, grandes y olorosas?

¡Contesta prontamente!

—Sí la he visto, pardiez, mas en la falda
no llevaba señor, una guirnalda,
y si teneis empeño,

en saber, si su pie lindo y pequeño
se mojó en la corriente bullidora,
á esta zagala interrogais en balde.

¡Preguntádselo al hijo del Alcalde
que fué con quien saltó vuestra señora!



EL SR. MAESTRO

Quedaste encerrado?
Sería por bueno...
Por ser tan granuja,
Por ser tan travieso.
¡Si no paras nunca!
¡Si nunca estás quieto!
También te castigo,
Hoy no hay pan ni queso;
¡Si acaban con una
Estos rapazuelos!
(¡Qué bien hizo en dejarte encerrado
El señor Maestro!)

.....
Deja ya ese llanto,
Toma mi pañuelo,
Sécate esas lágrimas
Que te pones, muchacho, muy feo.

.....
¿Que como otros días
El señor Maestro
Al dejarte libre
Hoy no te dió un beso?
¿Y por eso lloras?
Rapaz, toma ciento...
¡A ver si te enmiendas!
¡A ver si eres bueno!
Ven á mi regazo,
Toma pan y queso.
(¡Si le vuelve á encerrar en la escuela
Le digo tres frescas al señor Maestro!)



LA CARAVANA DEL HAMBRE

La vi pasar. Cumpliendo su destino
una triste mañana
por la curva pendiente del camino
se alejaba la pobre caravana.

Un carrucho mugriento
tirado por escuálido jumento
con débil marcha caminaba al frente
¡y chillaban sus ruedas tristemente
al saltar en el duro pavimento!

Una mujer llorosa le escoltaba,
una niña descalza la seguía
y la pobre lloraba

al ver que cuanto más ella corría
la mujer más aprisa caminaba...

La vi pasar. Cumpliendo su destino
huía resignada aquella gente,
y sólo protestando de su sino
se quejaba el carrucho amargamente
al saltar en las piedras del camino.



A T Í



¿Que jamás en mis versos te menciono?
¿Que nunca he pregonado tus bellezas,
y que á tus ojos negros cual la noche
no he lanzado un soneto tan siquiera?

Tienes razón, mi bien, mas dime al punto
si serías feliz si te dijera

que tus mejillas son dos frescas rosas
y que tus ojos son dos moras negras
y que las ninfas tristes de los lagos
y que las dulces brisas de la selva
envidian tu hermosura,
tu virtud, tu perfil y gentileza.

(Todo lo cual y más si viene al caso
dicen en verso multitud de *pelmas*)

En prosa vil te he dicho que te quiero,
en prosa vil te digo que me quieras
y á donde está un retazo de esa prosa
tan sublime, tan útil y tan buena,
¡están de más las ninfas de los lagos
y están de más las auras de las selvas!



La Cruz de piedra

I

En un cerrillo
de la pradera
alza sus brazos
la cruz de piedra.
Vistasas cintas
sus brazos cuelgan,
flores y ramos
cubren la hiedra,
y cuando el alba
su lecho deja,
bailando en torno,
en torno de ella
canta, riendo, la gente moza
baladas tiernas.

II

Todos los mozos
llevó la guerra
mas ¡ay! ninguno
tornó á la aldea,
ya nadie baila
junto á la hoguera
ni dulces trovas
los aires pueblan
y allá, en el cesped
de la pradera
sola, muy sola,
negra, muy negra,
alza sus brazos entumecidos
la Cruz de piedra.



LA NIEVE

Es la historia de siempre. El potentado que forrado de pieles se pasea y cómoda berlina de salón en salón, rauda le lleva al ver como los copos blanquecinos danzando en el espacio se atropellan, «bien venida la nieve»—exclama alegre—...detrás de las vidrieras.

Pero el mendigo que en la misma calle se acurruca en el hueco de una puerta oculto en los girones de una capa haraposa y mugrienta, lanza una maldición á cada copo que, saltando se posa en su cabeza.

Moraleja final: Es esta vida un valle de amarguras y de penas, ¡mas pueden convertirle en paraiso las pícaras riquezas!



AYER Y HOY

Antes, caro Lupercio, los pastores
por capricho de algunos trovadores
que rondaban las faldas del Parnaso
y á cuyo frente estaba Garcilaso
tocando el tamboril
al prado conducían su redil,
y tegiendo guirnaldas olorosas
con flores gayas y pintadas rosas,
iban á las cabañas
de las pastoras tímidas y hurañas
y allí, al son de la flauta y del rabel,
las cantaban endechas á granel.

Hoy ya todo ha cambiado;
ni flauta, ni zampoña, ni cayado
gasta el pastor rural,
¡y se pasa las horas en el prado
leyendo el folletín de *El Imparcial!*



AMOR MATERNAL (1)

Ya sé, madre del alma, que á mis canciones
faltan notas sublimes y dulces sonos,
ya sé, madre adorada, ya sé, bien mío,
que morirán mis cantos en el vacío.

Testigos de tus dichas son mis cantares
y ellos son el reflejo de tus pesares.
En ellos te va el alma de amor sedienta,
que el mundo les desprecie no me atormenta,
pues sólo es mi deseo, mi bien querido,
¡que suenen muy suaves allá, en tu oído!

*
* *

Aun recuerdo mil pruebas de tu cariño,
de tu cariño, madre como ninguna,
¡las horas que pasabas cuando era niño
contando alegres cuentos junto á mi cuna!

Recuerdo el estribillo de tus canciones
conque al llegar la noche me adormecías
¡y aun recuerdo con ansia tus oraciones
que repiten mis labios todos los días!

Que en mi cuerpo hizo presa la calentura
que la fiebre quemaba mi débil frente,
y que envuelto en tus brazos, en mi locura
¡tu nombre repetía constantemente!

Que pasabas las noches junto á mi lecho
y que en él endulzabas mis agonías
poniendo tu cabeza junto á mi pecho
y poniendo tus manos junto á las mías.

Que tierna me abrazabas con ansia loca
y me dabas un beso sonoro y fuerte.
¡Cómo sería el beso que dió tu boca
que hasta allá, en su agujero, lloró la muerte!

(1) Premiada en los Juegos florales de 1901 celebrados en Lugo.

Recuerdos que á mi pecho tornan la calma
y hacen más llevadera mi triste vida.
¡Recuerdos que esculpiera dentro del alma
con sus besos mi madre, madre querida!

Viviréis en mi pecho y allí grabados
arrullaréis las horas de mi existencia.
¡Recuerdos perdurables é idolatrados
de la edad de los sueños y la incencia!

* * *

Ya sé, madre adorada, que á mis canciones
faltan dulces acentos y tiernos sonos,
ya sé, madre del alma, ya sé bien mío,
que han de morir sus notas en el vacío.

Mas si al ir con tu nombre, madre, escudada
mi canción obtuviera la flor preciada
y por capricho raro de nuestra suerte
sonriendo en el trono pudiera verte,
tuyos serán mis lauros, tuya mi palma,
y sólo pido en premio, madre del alma,
que unidos nuestros rostros por un abrazo
vuelva á decir mis versos en tu regazo.



LA CIEGA

Todas las tardes, cuando el sol medroso
traspasaba los picos de la sierra
y la noche avanzaba entre las sombras
y al aprisco tornaban las ovejas,
saltando de alegría
me acercaba á su puerta
y después que en mi brazo, temb'oroso
apoyábase el de ella
camino de la fuente del Otero
arrastraba á la ciega.
Allí juntos los dos y reclinados
sobre la verde hierba
oíamos los ruidos de la tarde
con emoción intensa.
Y al escuchar los cantos y tonadas
con que la gente moza de la aldea
dejaba su trabajo
animosa y contenta
á sus niñas inmóviles y frías
ví muchas veces asomar dos perlas.

.....
¿Que cómo volvió á ver? «Es un milagro»
—dicen las pobres gentes de la aldea—
y yo al verla rodando por el mundo
sin honor ni vergüenza
digo que no es milagro. ¡Dios no quiere
que un alma pura caiga y se envilezca!



RECUERDOS...

¿Recuerdas cuando sentados
los dos en torno del fuego
transcurrían las veladas
de aquellas noches de invierno
oyendo tristes leyendas
y escuchando tristes cuentos?

Todo pasó. Con el ansia
de ver paisajes más bellos
huí de aquellos lugares
y olvidé mi amor primero,
y en alas de mis quimeras
y abandonado á mis sueños
llegué á remotos países
creyendo encontrar en ellos
mujer de labios más rojos
y mujer de ojos más negros.

.....
¡Huyeron mis ilusiones
y mis quimeras huyeron!
Ante mi vista pasaron
mujeres de ojos de fuego
¡mujeres en cuyos labios
puso la pasión su beso!
Pero al hallarme tan solo,
tan solo y de tí tan lejos
los recuerdos de la infancia
en mi mente revivieron
y entonces comprendí, niña
de ensortijados cabellos,
¡que eran tus labios más rojos
y eran tus ojos más negros!



EL PENDÓN CASTELLANO

En los oscuros claustros de un convento
y en un rincón plegado,
descansa de sus glorias y fatigas
el pendón castellano.

Vencedor recorrió toda la España,
él convirtió mil reyes en vasallos
y en sus rasgados lienzos representa
cada girón, un reino conquistado.

Él ondeó en los riscos del Auseva,
él flotó en las galeras de Lepanto
¡y él fué el pendón que en la gentil Granada
nuestros reyes clavaron!
Su historia es nuestra historia. En cien combates
acaudilló los tercios castellanos,
y en sangre de muslines
sus sedas, ya marchitas, se bañaron.

Pero todo pasó. Si ayer fué grande,
hoy en el viejo claustro
descansa bajo el peso de los siglos
y el polvo de los años.

.....
¡Que el viento vuelva á acariciar los pliegues
que las brisas un día acariciaron!
Que al frente de las huestes españolas
conquiste nuevos lauros
y flote al despertar un nuevo día
en los muros más altos,
la vieja enseña de la madre Patria
¡El pendón castellano!



EMPEÑO INÚTIL

No te empeñes, mujer, en tu venganza;
cubierta está la herida
y á mi pecho no llegan y a los dardos
de tu cruel sonrisa
Inútil es que escites mi locura
mostrando tu perfidia
y á la lucha me llames con los ojos...
¡para salir vencida!
No, no quiero luchar. Sigue tu senda,
yo seguiré la mía.
¡No busques que en mi pecho resucite
la venganza maldita!
Ni pretendas, mujer, que en mi desgracia
el cielo otra vez pida
que los labios que hoy mismo te bendicen
¡mañana te maldigan!



EL SILLÓN DE LA ABUELA

En aquellos recuerdos tan amados
ya viejos y olvidados
mi corazón encuentra paz y calma,
y aunque se alegra mi alma,
cuando recuerda con amor la mente
como al salir saltando de la escuela
corríamos los nietos prontamente
á echarnos en los brazos de la abuela.

Junto al hogar y en su sillón sentada
á la infantil mesnada

la anciana sonriendo recibía.

«¿Quién no ha enredado hoy?» - luego decía -
y al ver como el concurso se callaba,
irguiéndose en su asiento
nos decía—«¿Lo véis? Yo lo esperaba.
Hoy perdisteis el cuento!»

Nos miraba fingiendo mil enojos,
mas al ver que al instante
el llanto se agolpaba á nuestros ojos

«¿Véis—decía triunfante—
por qué predica siempre vuestra abuela
que estéis muy quietecitos en la escuela?»

Después que este prefacio repetía
le empezaba á contar ¡ya se sabía!

.....
.....

Hoy, querido lector, todo ha pasado,
y cree que mi pecho se consuela
llorando ante el sillón abandonado
que me recuerda el cuento de la abuela.



BUCOLICA

Pastorcitos que mi dicha
envidiáis á todas horas
al verme con la zagala
más apuesta y más hermosa
que corre por nuestros prados
y que habita en nuestras chozas.

No me envidiéis, pastorcitos
al verme con la pastora
que la temo más que al lobo
que nuestros rebaños ronda,
¡pues si él roba mis ovejas
ella el corazón me roba!

.....
No esperéis que mis rediles
de la montaña recoja
ni que torne á la cabaña
cuando el crepúsculo torna.

En la soledad del valle
quiero evocar su memoria
sin que del lobo el ahullido
me haga huir entre las sombras,
¡que si él roba mis ovejas
ella el corazón me roba!



LA MARIPOSA

Declinaba la tarde. A tu regazo
vino á arrojar el viento
una gentil y blanca mariposa
helada por el frío del invierno.
Desplegaste sus alas y crueles
tus nacarados dedos
con agudo dolor atravesaron
su delicado cuerpo.
Y al sentir que empezaba la agonía
del tembloroso insecto
riendo como loca le clavaste
en la cinta más alta del sombrero...
La causa ignoro aún. Mas poco á poco
fué mi pasión cediendo
y hoy al verte pasar junto á mi lado
con el rostro risueño,
sin que lo pueda remediar, mis ojos
escudriñan, temblando, tu sombrero.



¡NO LO COMPRENDO!

No comprendo, pastoras
por qué envidiáis la vida cortesana
ni por qué en las praderas
tan serenas, tan dulces y calladas
soñáis con las ciudades
donde se agita sin cesar el alma.
Ni comprendo tampoco
cómo al ver esas fuentes de agua clara
que cruzan vuestros prados
y dulcemente vuestras chozas bañan,
¡pasáis años enteros
sin lavaros las manos ni la cara!



DESPEDIDA

¿Que no marche me dices? Dame un beso
y alárgame los guantes.

Ya te enseñé la carta en que, llorando,
dice la viejecita de mi madre
que me vuelva á la aldea
pues por última vez quiere abrazarme.

Te estoy agradecido, lo confieso;
y cree que jamás podré olvidarte.
Grande es tu corazón mas considera
que si el tuyo es muy grande
mucho más, mucho más debe serlo
el que vive en el pecho de una madre.

¿Mas por qué lloras tú? Coje el pañuelo
y á secar esas lágrimas á escape
¿Que dilate mi marcha por un día?
¡Pero mujer, si ya estará esperándome!
Vamos, no llores más Seca esos ojos
y recoje mis guantes.

Me quedaré otro día, pero conste
que el lunes por la tarde
parto de aquí. Se entiende, si no lloras.
Porque si lloras... ¡no me voy ni el martes!



¡CASTILLA!

¿Yo recorrí tus campos y llanuras
castellana región, gloria de España,
yo en tus viejos castillos almenados
testigos de mi! épicas hazañas
recordando leyendas de otros días
dejé vagar el alma
y sentado en tu hogar, donde el sarmiento
se retuerce y estalla
he sentido el amor á tus costumbres
tan severas é hidalgas
¡el amor á tus viejas tradiciones!
¡á lo que nunca muere y nunca pasa!

.....
Silencio hermoso. El sol, allá, en el cielo,
brilla con claridad inusitada
y recoge sus rayos ardorosos
la tierra polvorienta en sus entrañas.
Los pájaros se esconden en el surco,
la codorniz no canta
y tan solo interrumpe aquel silencio
de la siesta que pasa
el soñoliento rechinar del trillo
que lentamente por la miés resbala.

.....
El sol tras la colina se ha ocultado,
el crepúsculo avanza
y el esquilón rajado de la ermita
con triste acento una oración demanda.

El segador suspende su faena,
murmura débilmente una plegaria
y al recordar de pronto de su tierra

las verdes *pomaradas*
y el castañar y la mansión humilde
donde le espera una mujer con ansia,
con voz robusta y fresca lanza al aire
la canción asturiana ..

Luego, nada. El silencio de una noche
serena y sosegada,
y solo allá, en el nido de la torre
cubriendo á sus hijuelos con sus alas
la silueta gentil de la cigüeña
en el fondo del cielo se destaca.

.....
Yo recorrí tus campos y llanuras,
yo he conocido tus costumbres francas,
y sentado á la sombra de tus trojes
llenos de miés dorada
tú nombre he bendecido muchas veces
¡castellana región, gloria de España!



CREPÚSCULO

A través de la reja
ví su rostro de hielo,
y en el fondo nevado de su toca
brillar sus ojos negros.
No pude más. Crucé la obscura nave,
clavé mi vista adentro,
y ví caer sobre las losas frías
los rizos de su pelo!
El órgano lanzó ronco alarido.
Las monjas á su lado se pusieron
y en sus mejillas blancas como el mármol
estamparon un beso.
Sólo el templo quedó. Mudas fantasmas
el coro abandonaron en silencio
y al hundirse su cuerpo entre las sombras
del claustro triste y negro
con sonido muy triste rechinaron
las puertas del convento.



La máscara negra

Mil gritos alegres repiten los ecos.
Del wals cadencioso las notas resuenan
y triste, muy triste, se ajita en las sombras
la máscara negra.

Ninguno sus ojos en ella detiene.
Ninguno á su lado risueño se acerca
y tiemblan los rostros de aquellos que mira
el negro fantasma, la máscara negra.

.....
En vano tu yugo sacuden los hombres
tus ojos les siguen, tu faz les arredra
y á doquiera que guíen sus pasos
á ocultar su maldad y su afrenta
sentirán que á su lado camina
¡el negro fantasma, la máscara negra!



EL FEMINISMO

Tienen razón los viejos. Este siglo
va á llamar la atención entre los otros,
y los que hoy empezamos la carrera
vamos á presenciar graves trastornos.
Las mayores rarezas y caprichos,
los más grandes abortos,
se van á realizar á nuestra vista
¡por el afán de trabucarlo todo!

«Romped los moldes» — dice esa falange
de necios y de tontos
que incapaces de hacer algo que valga
y de pensar muy hondo
buscan *lo original*, desconociendo
aquel proverbio docto
de que ya bajo el sol no hay nuevo nada
y de que es viejo todo.

Por eso no me extraña, francamente,
que la mujer, el ideal hermoso,
lo más perfecto que en la vida existe
y por lo tanto lo mejor de todo,
pretenda sacudir el dulce yugo,
con detrimento, es claro, de nosotros.

El ángel del hogar será el marido,
él cuidará á sus hijos amoroso,
y mientras su mujer, su linda *dueña*,
(en este caso el sustantivo es propio)
toma el pulso á un enfermo
ó echa discursos en el *club* ó el foro,
el pobre esposo enseñará á los niños
los cantares del corro.

Protesto, sí señor, y mi protesta
baso en un argumento de gran fondo.
Bueno que la mujer, si es holgazana,
entretenga sus ocios
leyendo obras amenas é instructivas
ó haciendo calendarios con el novio.
Pero no es admisible que las cátedras
se nos llenen de faldas y de moños,
¡habiendo en tantas casas tantos pares
de calcetines rotos!



MI REINA ⁽¹⁾

Cuando en los pliegues de tu regazo
soñé contigo por vez primera,
tú recogiste, madre del alma,
mi primer beso, mi primer queja.

¿Te acuerdas, madre, de aquellas noches
de aquellas noches tristes y negras
en que furioso rugía el cierzo
y golpeaba nuestras vidrieras?

¿Recuerdas, madre, cómo tus brazos
iba medroso buscando á tientas
y al poco tiempo me adormecía
al son tan dulce de tus endechas?

De tus endechas, tristes, muy tristes.
¡Ay, pobre madre, tan tristes eran,
que al entonarlas ví muchas veces
en tus mejillas temblar dos perlas!

¿Por qué llorabas? ¿No me lo dices?
¿Quién fué la causa de tu tristeza?
¡Dímelo, madre, que ya comprendo
lo que son lágrimas, lo que son penas!

Por tí á la lucha voy decidido,
nada me asusta, nada me arredra,
¡que aunque soy pobre y aunque soy débil
tu santo nombre llevo por lema!

(1) Premiada en los Juegos florales de Zamora.

Si victorioso vuelvo á tus brazos
deja que en ellos otra vez duerma,
como dormía cuando era niño
al son tan dulce de tus endechas.

Mas si en la lucha caigo rendido
herida el alma, mi fe deshecha,
¡ay, madre mía, no me abandones!
¡que yo á mi lado siempre te vea!

Y si la muerte cierne cobarde
sobre mi frente sus alas negras,
¡que tú recojas, madre del alma,
mi postrer beso, mi última queja!



Asturias

Ya no hay Asturias, la Asturias
de las edades pasadas,
ya la tradición hermosa
se alejó de sus montañas,
ya las fuentes cristalinas
por sus praderas no saltan,
ni ya resuena en los aires
el eco de la praviana
«Válgame Santa María
y la Virgen Soberana.»

Del progreso la piqueta
ha horadado sus entrañas
el vapor rompió el misterio
de aquellas selvas calladas,
y caen marchitas sus flores
y los pájaros no cantan
y no alegran sus festejos
los sonidos de las gaitas.

Oculta el humo su cielo
ruge, potente, la máquina,
lanzan mil notas agudas
las sirenas de las fábricas,
pero la hermosa leyenda
se alejó de sus montañas,
y su belleza perdieron
las costumbres veneradas,
y no repiten los montes
el eco de la praviana
«Válgame Santa María
y la Virgen Soberana »

EL CASTILLO

Muchas veces he llegado á las plantas del castillo;
muchas veces he llegado á su viejo torreón;
muchas veces he pensado traspasar aquel rastrillo,
donde dice la cigarra su monótono estribillo,
donde el alma se satura de respeto y emoción.

Mas del puente levadizo por los tiempos oxidado
nadie tiende al pasajero sus cadenas de metal,
ni una voz arrastra el eco del recinto sosegado
y testigo de su gloria, solo, roto y olvidado,
se levanta entre sus torres el escudo señorial.

Los embates de los siglos quebrantaron su cimera,
y en los huecos que ha dejado su penacho vencedor,
en la hiedra que ha trepado como verde enredadera
han formado nido abierto y escondida madriguera
la sencilla golondrina y el lagarto trepador.

Unos dicen que fué un marqués el señor de la morada;
otros dicen que fué un conde sanguinario y muy cruel,
y hay quien dice que en sus cuevas vive oculta y olvidada
una dama de otros tiempos, una dama atribulada
que el esposo sanguinario encerró por serle infiel.

Que se han visto graves sombras circular por los salones;
que el acero de sus cascos a'guien jura vió brillar;
que los hijos de la dama, victoriosos campeones,
en las noches tormentosas con rugidos de leones
van en busca de la madre que no pueden encontrar.

Que el espíritu precito de aquel conde sanguinario,
cuando toca la campana de la iglesia á la oración,
se dirige á la capilla del castillo legendario
y allí entona con voz ronca triste canto funerario
que termina con horrenda y espantosa maldición

Y en las noches invernales en que el ábrego temido
por los valles y hondonadas no se cansa de rugir,
suena allí en la vieja torre melancólico quejido
que los ecos de los muros con dolor han repetido
y en las cumbres de los montes misterioso va á morir.

Y los viejos de la aldea se santiguan asustados,
y los moros de la aldea se estremecen sin querer,
y los chicos de la aldea temblorosos y azorados
del hogar de la cocina se retiran desolados
y en las faldas de las madres se procuran esconder.

Y sus puertas ningún hombre traspasar ha pretendido
y ninguno ha presenciado lo que guarda en su interior;
sólo saben lo que existe tras su muro derruído,
los que guardan la cimera del escudo envejecido:
la inocente golondrina y el lagarto trepador.



LA SEQUÍA

FRAGMENTO

Qué pena dá mirar á los sembrados
por el sol agostados,
ver que el seco rastrojo amarillea,
ver marchita la hierba de los prados,
y ver que los ganados
poco á poco perecen en la aldea.
¡El hambre! la panera está vacía,
se vendió en la ciudad la mejor cría
se vendieron también los corderillos,
y hasta el dinero con afán ahorrado
del arca se ha sacado
para que coman pan los rapacillos.
Nadie les dá un consuelo,
nadie en auxilio de la aldea asiste,
¡todos están tan secos como el suelo!
que hasta el mismo cacique enriquecido
de su casa se ha ido,
en busca de otro pueblo menos triste

.....
Bajo los rayos de aquel sol de fuego
que, al mirar, deja ciego
acude el pueblo á la lejana ermita.
La Virgen pura escuchará su ruego
¡que jamás abandona
al que acude con fé santa y bendita
la Virgen del *Camino*, la patrona
de mi tierra bendita!
Sale la procesión. Con voz ahogada
con voz que lanza el alma desgarrada,
la salve entonan á la Virgen pura
y avanzan con fervor por la llanura
y recorren la tierra calcinada...

Allá en la cumbre del lejano monte
que cierra el horizonte,
desparramada sube
blanca vedija de esponjosa nube
y otras y otras después. Magestuosas
avanzan por el cielo silenciosas,
ya empieza á gotear, ya se desata
de su seno la ráuda catarata,
sube el olor de la mojada tierra
y esconde el sol su disco de escarlata
tras los negros picachos de la sierra....

.....
.....
.....



LA ORACIÓN DE LA NOCHE

Mi rapaz es un nervioso
como todos los rapaces de estos tiempos
en que vienen á la vida los chiquillos
con la fiebre de este siglo bullanguero,
movedizos como briznas de los campos
intranquilos como pájaros inquietos.

Y ahora viene á mi regazo
para irse al mismo instante al del abuelo,
y ahora coge su caballo encartonado
á quien pega con las puntas de sus dedos
para irse presuroso en busca de otro
que está cojo y sin cabeza y ya deshecho.

Y se agita como azogue
con nerviosos movimientos,
siempre alegre y bullicioso,
fuerte, sano y satisfecho
recorriendo los pasillos de la casa
en continuo y mareante movimiento.

Digo mal; hay un instante
en que muere ese mareo
en que el rostro movedizo de mi niño
queda inmóvil, queda serio,
en que cesan sus sonrisas inocentes
en que cesan sus revueltas y paseos.

Y ese instante es cuando sube
al regazo de su madre el arrapiezo
cuando cruza sus manitas sonrosadas,
cuando clava su mirada de muñeco
en el ángel de *biscuit* que ante su cuna
amoroso á mi juguete guarda el sueño

Y murmura la plegaria de los niños,
virginal como su pecho,

inocente como el alma de una virgen
pura y casta como el beso
que en la boca de su madre enloquecida
posa el niño que en sus brazos busca el sueño.

Y así dice con su lengua tartamuda
el cristiano tan pequeño:
—«Ángel mío de la Guarda,
ángel mío puro y bueno,
tú que cuidas de los niños
que son pobres y son huérfanos,
líbrame de las tinieblas de la noche,
líbrame de los sombríos pensamientos
que acometen á los malos
que se apartan de los ángeles del cielo.»

Y termina su oración y cae rendido,
se duerme mi pequeño,
y sus labios se sonríen
amorosos y risueños
viendo al ángel que baja hacia la cuna
y en su frente pura y casta deja un beso.



¡ERÁ POETA!



ACE un año que murió Isaac Martín Granizo, y al llorar su muerte prematura dijeron los periódicos y los amigos: ¿no habrá quien recoja sus poesías para que difundan con la memoria del poeta el aroma y la fragancia que las dió el autor?

López Argüello brindó la idea de editar las *cosas* de Isaac á varios literatos leoneses, y tuvo el poeta muerto la mala suerte de que fuera yo el que se encargara de recojer estas composiciones que andaban sueltas y medio olvidadas, por las columnas de los periódicos, ó confundidas entre el fárrago de papeles cuριαlescos que Granizo tenía en su despacho de Abogado.

Argüello quería que las *cosas* de Isaac fueran expurgadas, que el escalpelo rígido de la crítica seleccionara la prosa y los versos del poeta, ofreciendo al pú-

blico, un tomo ó dos de poesías, con el retrato del autor.

Otros opinaban que sería mejor publicar toda la labor literaria del joven poeta, para que los lectores juzgaran y vieran la evolución rápida del cantor leonés hacia los moldes castizos y tradicionales, en los que comenzaba á remansar todo el sedimento de su alma legendaria y cristiana.

Y á esto ha quedado reducido, como observará el lector el trabajo del coleccionista.

Publicamos sus poesías sin orden cronológico, sin clasificarlas, para que se vea mejor, cómo Granizo empezaba á orientarse, después de haber mariposeado por todos los géneros artísticos, menos por el modernismo,—¡que á tales locuras no le llevó jamás su alma castellana!— empezando á sentir el alma regional, pletórica de vida, plácida y risueña, esmaltada de colores, sin atavíos barrocos, llena de armonías vírgenes, impregnada de aromas.

Le gustaba ya más el *Romancero* leonés, del que tenía colecciones preciosas, que los versos más ó menos originales de Campoamor, prefería la *Diana* de Montemayor, mojando el blanco pie en

las olas del Esla, que las estrofas ardientes y viriles de Espronceda, sabía de memoria á Gabriel y Galán, y no era capaz de aprender un fragmento de Núñez de Arce.

Persuadido de que en el siglo xx no había poetas españoles, cada día tenía más fé en los poetas de España, porque, cuando el todo nacional está atado con cuerdas de hierro, y faltan las lazadas internas, es inútil pedir libertad al artista que no puede vivir la vida esclava del positivismo, ni tiene pulmones para respirar el ambiente nebuloso y frío del egoísmo que nos despedaza y nos convierte en manadas de ilotas, ó en rebaños de histéricos.

Unos años más, y Granizo hubiera hecho escuela en León, como la hace Maragall en Cataluña, como la hicieron, Galán en Salamanca y Cuesta en Asturias, como se hizo la poesía española, empezando por las regiones hasta llegar á la poesía nacional.

Eso hubiera hecho el poeta dadas sus aficiones literarias, y la orientación que le señalaba la realidad, si Dios no le hubiera llamado tan pronto hacia sí.

Que era poeta, basta con leerle, porque, si poesía ha de ser la «fermosa ves-

tidura de verdad» según el Marqués de Santillana ó «la razón cantada» en frase de Lamartine, Granizo hacía poesías.

Era de los que como Courier *decía* cosas sin *decirlas*, para gozarlas después con el comentario; no era de los que al decir de Revilla, necesitan tener la masa encefálica á 200 grados sobre cero, para producir algo que semeje arte, nó; Granizo, como Ovidio, como Lope, hacía arte, sin darse cuenta; por eso cuidaba tan poco de la forma, y era tan desigual en sus composiciones.

Sus versos no están tirados á cordel, como las calles de un jardín; son raquíuticos y encogidos á veces, desiguales, como los árboles de un bosque, pero todos ellos son versos que destilan armonías, que despiden sonidos de música que producen encantos.

Así como hay flores de invernadero y flores de campo, y música de violines y música de cascadas, así hay arte acicalado, cultivado en el invernadero de la reflexión, y arte sin reglas, salvaje, espontáneo; y el arte de Granizo es de este último género. Tiene rumores sin pentágrama, tiene flores de hojas desiguales, pero más aromáticas sin duda, que las cuidadas por experto y paciente jardinero.

Sentía la impresión del placer honesto, pero nunca regó con lágrimas las cuartillas en que escribió, haciendo frases para que los demás rieran.

Creía en la miel de la vida, y era porque, como las abejas, llevaba el almibar en el alma de donde la rezumaba la sonrisa perenne en los labios y la alegría franca en el semblante.

Como Berbey mojaba la pluma en tinteros de diversa tinta, según era de jocosa ó satírica la musa que le inspiraba. Como Moratin rasguñaba la realidad tonta del vivir fingido, pero los rasguños de Isaac no sé qué tenían que nunca se enconaban; los curaba con el bálsamo de una sonrisa y los vendaba con la gasa de un aticismo pulcro y cristiano.

Hacía chistes, pero tenía miedo á llevarlos á la imprenta, ó los consultaba antes con el amigo ó con el consejero.

A primera vista parecen frívolas y ligeras sus estrofas, pero percíbense en ellas, la impresión sincera, la escena jugosa, el retrato fiel, la burla fina, la forma esbelta, sin atavíos, huyendo del modernismo estulto, del amaneramiento empalagoso, de la cursilería ridícula y gastada.

Hay poetas que encierran en el alma

ricos veneros de poesía, pero necesitan esforzarse para que broten las armonías, puliendo las frases para que suenen á cadencias; para éstos la poesía es como mina oculta en la que hay que escombrar muchas capas de tierra, para sacar los metales preciosos; otros poetas poseyendo esa difícil facilidad tantas veces citada, son como aguas de fuente que fluyen espontáneas y limpias, y siempre más limpias, cuanto menos se escarba en la fuente.

He ahí porqué me parece que la diversidad de formas poéticas cultivadas por Granizo, dan al poeta más atractivos, porque mientras ponderan unos la ironía transparente de las poesías satíricas, otros gustan más de las notas suaves que arranca á la lira el amor á León, y de ese modo, acertó el bardo leonés á ser universal y subjetivo, á la vez, pero vibrando, siempre, unísonas las dos cuerdas que recogían los ecos de su alma, el amor á la religión de sus padres y el amor á su tierra.

Desde Gil Carrasco acá, nadie supo contar la vida leonesa, con tanta intensidad, como Granizo. Con la diferencia de que el autor del *Señor de Bembibre*, es Berciano, y no conoció de León, más

riberas que las del Sil, mientras que Granizo recoge leyendas y tradiciones, romances y leyes consuetudinarias de toda la Provincia.

Del Bierzo y del mismo Ponferrada es el «*Castillo*»; en un viaje á Gradefes hizo la hermosa y tierna «Cruz de la ribera». En Vegas del Condado concibió la *moratinesca* sátira contra los caciqués, y oyendo hablar de costumbres montañesas, se inspiró para hacer los preciosos romances, el *Baile Leonés*, la *Facendera*, el *Filandero*, un *Reto* y de *Antaño*, y viviendo en León aspirando el aroma de los siglos, en la Catedral y en San Isidoro, escribió el *Rosario* y *Mi tierra* en donde pide al cielo:

que al morir dentro de ella,
en premio á mis amores,
piadosa me conceda,
para el alma, un recuerdo de sus hijos,
para el cuerpo, un pedazo de su tierra.

Y un pedazo de tierra leonesa cubre los restos del poeta, y una prueba de que sus paisanos le recuerdan, es la publicación de sus obras, recogidas á

impulsos de la opinión unánime de los leoneses, que quieren conservar como en un relicario las poesías de un poeta que, sobre todo, fué eso: un poeta cristiano y leonés.

José González

Febrero 2-1910



+

INDICE



Págs

Carta-Prólogo.....	I
La Lechera.....	7
Amor constante.....	9
Noche de invierno.....	11
La fiesta de mi pueblo.....	13
Mi tierra.....	16
Las lavanderas.....	18
Mi Reina.....	20
Lazo estrecho.....	22
La fiesta del año.—Memoria de un rapaz..	25
El Rosario.. .. .	29
Vida y muerte.....	32
Nacimientos baratos.....	33
El Señor.....	36
La Rosca.....	38
Mi tierra.....	39
El paseo de Guzmán.....	41
El Maragato.....	42
La Multa.....	44
El Curandero.....	46
A Ballarna....	48
¡Solos!	50
La Loca.....	51
Su retrato.....	52
La Cruz de la Ribera.....	53
La Nochebuena en la Aldea.....	54
A Bordo.....	55
El niño en la cuna.....	56
Leyenda.....	57
Petrilla.....	59
Muerta.....	60

	Págs.
Menudencia.....	61
La Señorita.....	62
Pastoril.....	63
A una máscara.....	65
A un escéptico.....	65
La noche de ánimas.....	66
Carnaval.....	68
¡Vae victis!.....	69
Nocturno.....	70
Lo de siempre.....	71
¡Nadie!.....	73
Primavera.....	74
La Humanidad.....	76
La Concha.....	77
La compañera.....	78
Cuentos.....	79
El loco por la pena.....	80
Amor de aldea.....	81
Cuento viejo.....	82
Sinceridad campesina.....	83
Cuento.....	84
Contestación cumplida.....	85
El Príncipe juega.....	86
Cuentecillo.....	88
Terquedad aragonesa.....	89
El cuento de la abuela.....	90
Libertad, fraternidad é igualdad.....	91
Himno á la Armada española.....	93
El Peregrino.....	94
Rarezas.....	95
¡Año nuevo!—(Soneto).....	96
Un pedante.....	97
Para un abanico—A la niña J. Martínez.....	98
A María.....	99

	Págs.
A las Indias.	99
Anécdota.	102
El baile leonés.	103
La facendera.	105
El filandero.	106
Un reto.	108
Carta íntima.—A Alberto L. Argüello. . .	110
Contestación á un desafío.	112
Sátira de los caciques.	113
La tribuna gitana.	116
La leonesa.	118
La noche de Reyes.	119
Musa española.—Herodes.	121
Año nuevo, vida nueva.	123
De antaño.	125
Septiembre —(Páginas de un estudiante). .	126
¿Te divertistes?—(Diálogo).	128
Ego sum.	131
La vuelta.	132
Menudencia.	134
Paréntesis literario.	135
Un año más.	135
El tren correo.—(Poema inédito).	136
Cásate... y verás.—(Consejos á un amigo)	139
Humorismas íntimas.	141
A tu primera cana.—(Íntima).	143
La golondrina.	144
El cacique rural.	145
El primer pecado.	148
El colmo.	149
¡No me la dás!.	150
Fabulillas de la actualidad.	151
Tristezas de un suspenso.	152
Leyenda del Calvario.	153

	<u>Págs.</u>
La Cruz de Mayo.	155
Resurrección.	157
Quiteria.	158
En la Arcadia.	160
El Sr. Maestro.	161
La carabana del hambre.	162
A tí.	163
La cruz de piedra.	164
La nieve.	165
Ayer y hoy.	166
Amor maternal.	167
La ciega.	169
Recuerdos.	170
El pendón castellano	171
Empeño inútil.	172
El sillón de la abuela.	173
Bucólica.	174
La mariposa.	175
¡No lo comprendo!	176
Despedida.	177
¡Castilla!	178
Crepúsculo.	180
La máseara negra.	181
El feminismo.	182
Mi Reina.	184
Asturias.	186
El Castillo.	187
La sequía.	189
La oración de la noche.	191
¡Era poeta!	193

PROS

L

1

GRANIZO

PROSA CUENTOS

Y

POESIAS

LOCAL

1379